

ESTAMPAS



DE

MARTIRIO

F. VILLANUEVA S.S.

D. Pedro Al R. Sr.
Berruti con de-
voción y afecto de hijo
y como recuerdo de su
visita a Sevilla en la Pri-
mavera de 1942

el autor

G. Villanueva

Estampas

de Martizio

Estampas de Mattizio

Por

F. Villanueva, S. S.



1942

ESTABLECIMIENTOS CERON
Y LIBRERIA CERVANTES, S. L.

CADIZ - MADRID

Imprimi potest
FLORENTIUS SANCHEZ
Præpositus Piæ S. S.

Nihil obstat
LIC.^{TUS} PETRUS J. BRAVO
Can.^{US} Censor

Imprimatur

Gadibus 7 Octobris 1941

DR. EUGENIUS DOMAICA
Vic. Cap. (S. V.)

DECLARACION:

Declaramos haber dado al término Mártir y palabras similares en la presente obra, un significado meramente natural y humano, acatando los juicios de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, de la que nos profesamos obedientísimos hijos.

Homenaje
de la
Inspectoría Bética Salesiana
a sus *Mártires*



D. M. A. C. T.

Dedicatoria

Hermanos...! El frío cierzo de la ausencia, robusteció la floración del amor fraternal. Flores místicas que convertidas misteriosamente en mariposas, trasponen los umbrales en alas del recuerdo, para depositar sobre vuestras tumbas benditas de Mártires, todo nuestro afecto convertido en plegarias ...

Presentación

NO podían salir a la luz pública estas **ESTAMPAS DE MARTIRIO** que dedicamos a nuestros Hermanos, sin unas breves líneas de presentación.

Acabo de leerlas despacio y aún tengo húmedos los ojos y abiertas y sangrantes las heridas del corazón. El recuerdo de los sucesos ha vuelto a poner en mi alma escalofríos de tragedia, nostalgia de Hermanos queridísimos, caricias tiernas y amorosas de divinas misericordias...

A la distancia de cinco largos años las impresiones se remansan, las perspectivas se fijan, los apuntes hechos a raíz de los sucesos, despojados del sabor personalísimo que les prestaron sus autores, pueden ya aspirar al rango y a la categoría de historia.

Pasaron sólo cinco años y la guerra liberadora se yergue otra vez ante los ojos con todas sus dimensiones ecuménicas de Cruzada, con todo el atuendo bélico de reconquista nacional. Otra vez nos sentimos soldados, héroes, mártires... Y el ruido de las armas y el gemir de los heridos, y el humo de los incendios, y el crujir de las ruinas, y la serena fortaleza de los mártires, y las oraciones inocentes de los niños, y las lágrimas de las madres, y el luto de los hogares, se nos meten de nuevo en el alma en toda su trágica y aterradora realidad.

¡Cuántos surcos mojados de sangre!

¡Cuántas tumbas florecidas de martirios!

También la Congregación Salesiana, a los 55 años de su asentamiento en nuestra Patria, tuvo su martirologio glorioso. Son 110 (42 sacerdotes, 35 clérigos y 33 coadjutores) los Salesianos y 2 las Hijas de María Auxiliadora que

ofrendaron su sangre generosa por Dios y por la Patria, en la fría tapia de los cementerios, en las calles o plazas, en los frentes de batalla, en las cárceles, en los hospitales...

Aunque las «Estampas» que hoy ofrecemos se refieren solamente a las 19 víctimas de la Inspectoría Bética, entendemos no obstante, rendir con ellas un homenaje colectivo a todos nuestros Hermanos de la España Salesiana pertenecientes a las tres Inspectorías o Provincias, Bética, Céltica y Tarraconense.

Circunstancias ajenas a nuestra voluntad las han retrasado hasta hoy; pero celebramos infinito el involuntario retraso, porque ello nos proporciona el placer indefinible de ofrecérselas a nuestro Santo Fundador, en el año Centenario de su Primera Misa y de la creación de su obra fundamental, los Oratorios Festivos.

San Juan Bosco que fué, en el año 1886, el profeta de nuestro Movimiento, como se dice en el Epílogo, sea también el que en este año de su doble Centenario, deposite sobre las tumbas de sus hijos bien amados, muchas de ellas anónimas, las primeras flores de nuestro amor y de nuestro cariño.

Hubiéramos preferido publicar cada una de las «Estampas» en tomo aparte, dándoles toda la extensión que por la abundancia y la importancia de los hechos se merecen, pero—y ésta es una de las principales causas del retraso con que aparecen al público—dificultades de todos conocidas, nos obligaron a juntarlas en apretado ramillete y ofrecerlas, con todo el cariño y el fervor de nuestras almas de Hermanos, a la Congregación y a su numerosa y vasta Familia de Cooperadores y Exalumnos.

Y ya que he nombrado a los Cooperadores y Exalumnos, he de hacer constancia en las humildes páginas de este Prólogo, de la labor admirable de protección y de defensa de personas y de cosas salesianas que nuestros queridísimos Cooperadores y Exalumnos han realizado en los Colegios respectivos y en la zona variadísima de sus actividades sociales.

Fueron también muchos los que ofrendaron su vida por Dios y por la Patria, muchos los que cayeron, hecho pedazos el corazón, por el odio marxista, pero fueron también muchos los que ejercitaron con sus Maestros los oficios de

padres cariñosísimos, defendiendo en mil ocasiones, con riesgo de sus vidas, la existencia bendita de sus educadores... Para todos—imposible consignar nombres y méritos—nuestra plegaria fervorosa y nuestra rendida gratitud.

Aludía al principio a las exquisitas bondades y delicadezas prodigadas por el Señor a la Inspectoría y he de añadir también que desde el comienzo de la Cruzada, nos cobijamos confiados bajo el manto de la Virgen, y Ella, como patrona y titular nuestra, nos mimó con cariños de madre amorosísima, salvando de las garras de la revolución a la mayoría de nuestras casas y en especial a los tiernos y jugosos retoños, los aspirantes, que crecían lozanos y prometedores en las casas de formación.

¡Qué buena fué María Auxiliadora con nosotros y qué obligados estamos todos a corresponderle con redoblado fervor y una más generosa ejemplaridad de disciplina religiosa!

Una última palabra he de dedicar al que entonces regía los destinos de nuestra amada Inspectoría, el Muy Rvdo. Sr. D. Sebastián M. Pastor.

En su corazón lacerado de Padre bondadosísimo, nació la idea de este homenaje. Desconectado del resto de la Inspectoría, en la riente y acogedora casita de nuestro Noviciado de San José del Valle (Jerez), sangrando el alma con la tortura infinita de la suerte que correrían sus hijitos, el buen Padre sufría el más doloroso de los martirios. ¡Y cómo corría apenas se liberaba una ciudad o un pueblecito en busca de sus hijos...!

No podré olvidar nunca la visita que, con infinitos riesgos y peligros, nos hiciera a la ciudad de Ronda a los dos días escasos de la liberación. Las calles de la ciudad mártir presenciaron la escena... El dolor y la amargura ponían lágrimas en los ojos y un nudo apretado en las gargantas... Los nombres de nuestros mártires iban cayendo en su alma como piedras afiladas en el agua quieta y profunda de un estanque. ¡Quién podrá describir aquel mudo diálogo de lágrimas y gemidos...!

Me lo decía entre sollozos entrecortados:

—Hemos de hacer algo digno de nuestros mártires.

Ha quedado cumplida su promesa. Si no acertamos con su deseo, si son pobre retablo para figuras tan grandiosas, vea en ellas al menos la buena voluntad de nuestra ofrenda.

«Estampas» se titulan estas páginas, lector amable. Así quisiéramos que fuesen para todos. Estampas que muevan los labios a la plegaria, pero que empujen, sobre todo, el corazón a la imitación.

Las vidas rotas, tronchadas, de estos Hermanos nuestros trazan en el camino polvoriento del destierro una huella gloriosa, un grito de Cruzada, una consigna de Apostolado.

Tremolando sus palmas, haciendo corona a nuestro Padre, con la sonrisa del triunfo en los labios, nos esperan a todos.

El mejor homenaje que podemos rendirles es imitar sus virtudes, es cumplir sus consignas:

« ¡ Por Dios y por las almas ! ¡ Para que triunfe en los pueblos y en los corazones el reinado del Maestro inmortal de los siglos, Cristo Jesús » !

Sevilla 16 de Agosto de 1941.

Aniversario del Nacimiento de San Juan Bosco.

Florencio Sánchez, S. I.

Inspector

Lema:

Da mihi animas

coetera tolle!

Dame las almas

llévate lo demás

Lector:

Es éste un libro de dolor y de triunfo, escrito con sangre de unos Mártires que supieron vivir abrazados a la Cruz y entregaron generosamente sus vidas con la más sublime de las generosidades prendida entre los labios.

Estas son páginas de devoción y de recuerdos. Campañas indelebles que unas veces suenan a gloria en las reconditecos del espíritu y otras, evocan un pasado henchido de dolor y luto...

Para tí son estas páginas, lector: Si eres Hermano de los que tan gloriosamente sucumbieron, para obtener la palma del triunfo fecundizada con la propia sangre, recuerda conmigo la lección de los que cambiaron su existencia, por una vida que no acaba; si eres del número de nuestra gran Familia, comparte con nosotros nuestro dolor y nuestra gloria; si un extraño, el conocimiento de estos Mártires, te brinda un nuevo hogar: La Obra Salesiana.

Para Ellos, nuestro recuerdo, nuestra devoción y la plegaria fervorosa que mitiga los dolores de la ausencia.

EL AUTOR

Alcalá de Guadaíra y Diciembre 1939.

D. M. A. C. T.

Estampa Primera

EL DESPERTAR DE SEVILLA

ERA en aquel amanecer el cielo sevillano, como una vela azul hinchada por un viento glorioso de conquista;

bajo el sol de Julio, hijos de España, iban cercenando, uno a uno, los brotes dañados que intentaban invadir la Ciudad-Jardín.

Plantas exóticas, erizadas de púas, importación de terrenos glaciales amenazaban ahogar la floración fecunda, exuberante de nuestras patrias tradiciones.

Arma al brazo y a tiro de fusil, con la mirada abierta y encendida, nuestros valientes soldados, bajo el calor tórrido de Julio y cara a las estrellas en las horas del anochecer, iban rescatando la ciudad querida en aquellos días en que las flores de los Jardines de Murillo, entre las arcadas de mirto y almenas de boj y las del Parque con sus palomos nadando en el azul y los claveles que crecen extáticos en las ventanas y balcones, parecían ostentar su colorido y exhalar sus perfumes, para ungir una vez más todos los rincones del suelo hispalense.

Lo que muere en nuestros muertos, es lo que de ellos nos separaba, subsistiendo cuanto con ellos nos unía en una misma esencia.

El centro de la ciudad, corazón de Sevilla, latía al compás de los himnos marciales comunicando a la periferia roja, ansias de redención.

Las distancias dormidas despertaban al tronar de las armas de mayor calibre: Voces vibrantes de la Patria intuyendo la rendición de los que luchan en las barricadas.

Temblaban las barriadas blancas de cal y los hortales jugosos...

Enmudecían las mujeres aireando las ropas blancas en los balconcillos plagados de geranios; y el labrador que tiene el huerto como un pañuelo verde al borde del camino, no levanta su azadón iluminado de sol para cavar la gleba. Y las ancianas persignándose al ruido de las armas que contienden se acongojan consolando a los niños que lloran asustados: «Los demonios son que envenenan las almas de los hombres» —suspiran— y cierran el postigo con recelo y los nietos se duermen ahitos de escuchar aquel clamor pregonero, de desgracias y agonías humanas.

Rojos y azules prosiguen la lucha. Arriba unos pájaros de acero atisban la contienda y a veces descienden tan terreros que se siente en la propia carne el trepidar de sus músculos, y otras, en vuelos galantes, ciñen la frente de la Giralda, coronada con la bandera bicolor, con unos círculos semejantes a los que tienen los santos, mientras todo el perfil majestuoso de la Catedral parece cincelado en la claridad gloriosa de la jornada.

Lanzaban proclamas los aviones: Hojillas volanderas, semejantes en las alturas a nubes de buena simiente; mientras que la dialéctica del cañón hispano iba ensanchando el área de sus conquistas, triturando a un enemigo que en su impotencia prefería ennegrecer aquellas jornadas gloriosas con los crespones negros y sacrílegos de los incendios.

Algunos templos ardían, lanzando por las órbitas vacías de sus ventanales bocanadas de humo ensuciando la nitidez del cielo.

San Julián, Capuchinos, Triana, prosiguen una lucha que ha de continuar al filo de la noche y en días sucesivos, mientras todo el fondo del cielo y de los campos se llena de resplandores rojizos y de detonaciones fratricidas.

Ni las palomas, ni los humos de los hogares, ni los niños, prestan su nota de alegría pacífica a aquellos días trágicos, decisivos, heroicos, que está viviendo la ciudad del Betis.

Sobre el Alcázar, las estrellas parecen bordar el mote del Rey Sabio: «No madeja do...» Y todo el pulso de la ciudad, vibra en un gozo escalofriante en la más gitana de las torres, comunicando al ambiente caldeado del espacio todo el fervor Mariano, toda la esperanza de un pueblo, con las nueve campanadas del Ave María, que resbalan como otras tantas perlas sobre el topacio oscuro de la noche dormida.

EL PROTOMARTIR SALESIANO

La calle Castellar dormía un sueño de pesadilla roja. Pasaban patrullas armadas, que hacían crujir el silencio de la noche; hombres de ojos brumosos como el cañón de sus fusiles, cabelleras revueltas y siniestros pensamientos; aves agoreras que tenían sus nidales en los antros envenenados de la ciudad.

La Casa Religiosa de la calle Castellar vivía momentos de angustia. Los últimos estertores de la contienda alentaban la rabia de los vencidos, haciendo concebir a sus mentes entenebrecidas por las predicaciones sectáreas, nuevos planes de venganza.

En la capilla ardían candelabros y daban olor las flores cortadas en los jardines del Colegio.

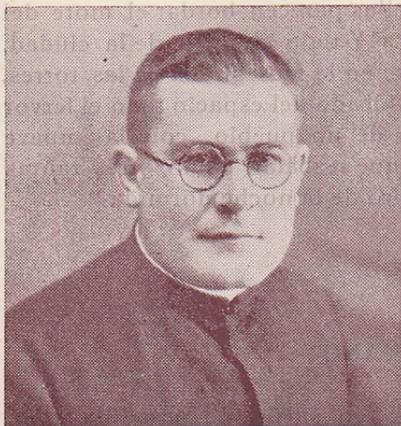
Turnábanse las Religiosas Salesianas implorando el auxilio de lo alto; entre ellas, una señora anciana repasando las cuentas del Rosario, murmuraba para sus adentros: «¡Nada harán contra mi hijo!...»

Y el cariño de la madre se mezclaba con la plegaria cristiana, acorazando el alma contra las acometidas del pesimismo... Y la mujer de los rezos se asomaba al patio para contemplar un trozo de la noche estrellada, en espera de las claridades del nuevo amanecer.

Se percibía el estampido seco de las detonaciones y el nerviosismo de una lucha luminosa de incendios.

«¡Nada harán contra mi hijo!...» — repetíase la anciana —, como si su instinto materno le dijese que la voz que brotaba de sus labios pretendía engañar al corazón.

Amanecía el 21 de Julio. Las turbas en completo desorden, revolviéndose en las escorias del fracaso, intentaban poner



*R. P. Antonio Fernández Camacho.
Primer Caído por Dios y por España,
de la Inspectoría Bética Salesiana*

resistencia a la luz cegadora del nuevo amanecer que se les adentraba por todos los caminos luminosos de victoria, proclamando su derrota. Las últimas intentonas del adversario, habían de convertirse en escenas de saqueo y pillaje.

Por voluntad de Dios, la redención completa de Sevilla, exigía como precio de rescate, la sangre de un nuevo y esforzado Mártir.

En un ambiente de zozobra no extinguida; sorteando barricadas y con el espíritu tenso por las preocupaciones de la madre ausente, marcha el hijo acariciando con sus manos ungidas por la consagración sacerdotal, un Cristo escondido.

A pesar de las ropillas del disfraz, los rasgos de su rostro, iluminados por los resplandores de un espíritu superior, van pregonando traidoramente a todo el que lo mira: ¡Es un Ministro del Señor!

Resuena el llamador de la calle Castellar con una risa fresca de alegría infantil. La madre lo contempló antes de entrar, a través de los tapaluces entornados...

«¡Nada hicieron contra mi hijo!..» — Y esta vez las palabras salieron de su pecho como una bandada de blancas mariposas que fueran a aletear agradecidas sobre el Misterio del Santo Tabernáculo... pero, aún el corazón seguía presagiando momentos de amarguras...

Allí estaba el hijo. Con sus ojos profundos y negros; ojos que acariciaban al mirar; con su sonrisa abierta en floración perpetua sobre los labios, pronta siempre a ofrecer el fruto de la alegría captando voluntades para Dios; con su mirada ávida de saber, sutil y transparente, ungida de luz sobrenatural, iluminando los cabellos blancos de la madre, disipando aquella arruga profunda que ensombrecía el rostro de su progenitora.

Y ella besó enternecida, con cariño de madre y devoción de cristiana el rostro del hijo y la mano consagrada del Ministro del Altar.

Largo rato duró el enternecedor coloquio, en el que todos los sucesos se veían iluminados por la luz de lo alto y los acontecimientos permitidos por la Voluntad de un Ser Providente...

Hablaban los espíritus abandonados en los brazos amorosos de Dios y acatando sus juicios.

La misión filial estaba cumplida; en el alma de la madre renacía una calma aparente, y cuando los dos se despedían, las palmas del patio se agitaban con un temblor convulso, presagiando escenas de martirio.

Fué en el cruce de un camino. De las barricadas salieron de improviso unos fusileros dándole el alto. Unas manos ásperas, de garras, iban palpando las ropas del detenido y pronto los dedos urgadores tropezaron con el Cristo...

La figura yacente del Señor sostenida por el atracador armado, se recortaba en el aire dibujando la señal redentora; «¡Perdónales que no saben lo que hacen!...»

El verdugo sonreía descreidamente, mostrando sus dientes de fiera joven y con la seguridad que le daban su arma y la situación indefensa de la víctima, requirió al sacerdote:

—¿Tú crees en esto?...

Los labios del interrogado se abrieron como dos flores de martirio, iluminados por la luz de una sonrisa suprema, para formular la más solemne y categórica profesión de fe... Fué aquel instante algo así como la renovación de las promesas bautismales:

—«¡Sí, creo, y seguiré creyendo!...»

Un individuo de mirada huidiza y acento aguardentoso formuló la acusación:

—Este es sacerdote salesiano!...

Y todos rubricaron la sentencia. Enfilando los fusiles hacia el cuerpo impertérrito del Mártir, que con los ojos fijos en el Cielo, esperaba el momento de su triunfo, dispararon sobre su víctima.

Las ropillas del disfraz se embebían de sangre en un oleaje de púrpuras nuevas, trocándose de traje seglar, en la estola roja de los Mártires de Cristo.

Los despojos benditos ardían por la tarde entre las llamas que destruyeron el Templo de San Marcos.

En la noche serena, se elevaba una columna luminosa, blanca, erecta, semejante a la que en los tiempos primeros rubricara en los espacios vírgenes, el sacrificio aceptable del inocente Abel.

Días después, la Prensa Nacional y las antenas tendidas al viento proclamaban y recibían con emoción el nombre del nuevo Mártir de la España de Franco: ¡Rvdo. P. D. Antonio Fernández Camacho! Y el Martirologio Salesiano y los Hijos de San Juan Bosco, se cubrían de luto y de gloria ante la muerte y el triunfo de su preclaro hijo.



Estampa Segunda

AURORA DE SANGRE EN MORÓN

A MANECÍA en tierras africanas... Los primeros destellos del sol de conquistas traspasa-

ban las aguas glaucas del Océano, que se abrían en rutas infinitas de gloria iluminando el cielo de la Península en una fantasmagoría de arcos triunfales...

Las Radios redimidas lanzaban al aire los himnos de los vencedores... Tropas Coloniales preparaban el salto prodigioso hacia las playas gaditanas, dejando una palpitación de rebeldía sana sobre las superficies de cristal...

El gesto bravo de los hombres morenos pintados a brochazos por el sol africano, era enaltecido por la Emisora Sevillana, sembrando entre los amigos de los triunfos fáciles, la desesperación y el despecho...

Victima de tales sentimientos fué la Ciudad de Morón de la Frontera, desde las primeras horas del glorioso 18 de Julio...

La Ciudad del Castillo y de la Peña; la que duerme ceñida por el abrazo amplio, fecundo y de plata de sus olivares; Ciudad de cal y de cemento, sintió sobre sí las garfas afiladas de la fiera marxista en acecho, ahita de frases manidas incitantes al asalto...

*Y ví las almas de los que
habían sido degollados por el
nombre del Señor.*

Apoc. XX-4.

Ululaba la chusma en aquella noche memorable, husmeando una presa fácil... y el aliento tranquilo de la urbe acongojada, quedábase pasmado en aquella hora de dolor y de infortunio...

En reuniones clandestinas patrocinadas por las obscuridades de la noche, apercibíase la plebe para el brinco de ataque, designando con sus lenguas los nombres de las víctimas.

En un barrio apartado y humilde de la Ciudad, casi escondida entre una calleja de poco tránsito y unos casales exiguos, se eleva la Fundación Salesiana; fachada austera que no sabe de plazas vistosas ni del bullicio de las grandes arterias, pero sí de la alegría de centenares de niños que reciben a diario tras sus muros, educación y enseñanza cristianas.

Era este benemérito Centro la presa codiciada por las hordas: Cuatro Religiosos Salesianos velaban las horas de aquella noche trágica en que las noticias lanzadas al viento por todas las Emisoras de las zonas contendientes, emprendían en los espacios la más titánica de todas las luchas. Fué en primer lugar la voz de una mujer funesta la que arengaba a las masas a emprender el más sangriento de todos los fratricidios, declaración de guerra ahogada en parte por los acentos serenos de las Radios Triunfantes que brindaban a sus hermanos el apoyo bravo y el abrazo cordial del triunfo; y del choque violento y contradictorio de ambos, surgió aquella estridencia entre los nobles anhelos y los odios no disimulados que nublaron el amanecer claro de Morón de la Frontera, convirtiéndolo en aurora de sangre.

El Domingo 19 imperaba en la calle la gente indeseable implantando en todos los sectores la huelga revolucionaria.

Cerraba el Centro Salesiano sus puertas y chirriaban los goznes por primera vez a plena luz del día interceptando el paso de los niños: ¡Ausencia pregonera de grandes infortunios!

A las diez de la mañana, unos golpes secos, decididos llamaban a aquellos umbrales, entre el vocerío de la chusma que requería con insistencia todo el poder para el pueblo soberano; la cobardía de este príncipe poco educado y su cándida idiotez, le hacían suponer la existencia de grandes depósitos de armas en los sótanos del edificio; dueños del local y tras minucioso registro desvaneciése la opinión de los ilusos, pero no el deseo de venganza de los capitostes que

Estado en que quedó la Capilla del Colegio Salesiano de Morón de la Frontera al ser incendiado por los marxistas...



para exacerbar el ánimo de sus secuaces, simularon varias intenciones de fusilamiento contra el Director del Colegio Rvdo. P. José Limón y Limón y contra los Religiosos, Señor Don Rafael Infante de Cos, estudiante de Sagrada Teología y D. José Blanco Salgado, Hermano Coadjutor.

Apuntaban nerviosamente los fusiles, para inclinarse al fin con desaliento ante la entereza y serenidad de las víctimas.

«¡A la cárcel!»—gritó una voz gangosa, mezcla de ira y miedo y una mano de trazos enfermizos dió un tirón a la cuerda de la campana del pórtico, que se enredó como un reptil mortificado entre los dedos afilados del intruso.

«¡Amarradlos para mayor vergüenza!»—apuntó la vocecilla nuevamente, pero la dialéctica de sus razones quedó ahogada por el murmullo de aquellos patrulleros impacientes, que rodeaban a los presos agitando sus armas de fuego, blandiendo en el aire los más diversos y pacíficos instrumentos de labranza...

Lugar donde cayeron ametrallados los Salesianos Rdo. Sr. D. José Limón y Limón y el Teólogo Señor D. Rafael Infante de Cos



PRELUDIOS DE MARTIRIO

Comenzaba para aquellos Religiosos el más violento de todos los Vía Crucis humanos, que había de conducir a dos de ellos a la cumbre gloriosa del martirio, y al tercero a la efusión generosa de la propia sangre.

Llegó el momento acongojante de abandonar el local querido, recinto de inocencia y sacrificio; los incendiarios, a oído de sus víctimas, iban designando los lugares preferidos para una cremación inmediata y sacrílega.

«¡No destruyáis esto, reservadlo para vosotros y para vuestros hijos!»—apuntaba el Religioso más joven: Era el testamento generoso de la fe y de la caridad cristiana intentando avasallar el poder eminentemente destructor de un odio diabólicamente concentrado.

Traspuo la comitiva los umbrales del Benemérito Centro: Los reos se miraban con los ojos cuajados de lágrimas; los recuerdos queridos parecían agolparse en las verjas del tránsito para darles su despedida muda de emoción y en los semblantes pálidos transparentábase la serenidad prometida por el Maestro a los que padecen persecución por la justicia.

Iban sin disfraz, con los trajes pregoneros de renunciadas, cuya vista había de avivar los odios de los enemigos encarnizados de la fe.

El Superior apuntó al más joven de los Religiosos: «¡Será más consolador morir con nuestros hábitos!»—y asentían ambos cambiando una leve sonrisa.

En las calles del tránsito se agolpaba la multitud enmudecida; tras muchas ventanas se ahogaban los sollozos poco reprimidos y muchos rostros sombríos se miraban culpablemente con el disfraz de la cobardía pintarrajeado vergonzosamente en los ojos y en la boca y la sonrisa de los niños se helaba al paso de sus educadores y se arrojaban al regazo de sus madres sollozando: ¡Los matarán, los matarán!—decían, y por sus mentes cruzaba el recuerdo de las funciones de la Capilla y el trabajo de las Clases y las tardes soleadas del patio de recreo y la sonrisa paternal y de amigo...

Y seguían sollozando sin consuelo...

Frente a la fachada del Ayuntamiento, unos números del Benemérito Cuerpo de la Guardia Civil, evitando el asesinato

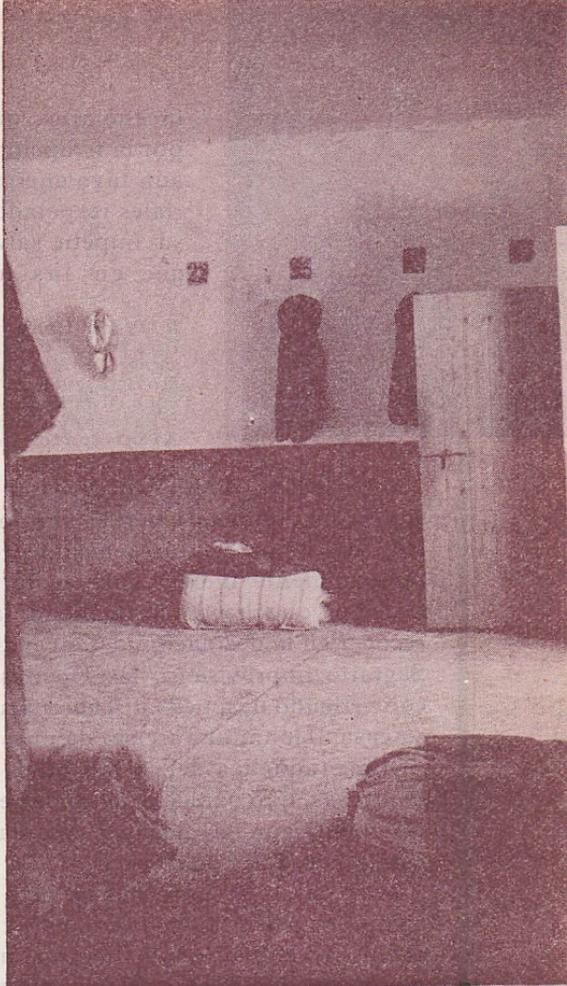
de las víctimas, custodiaron a los perseguidos conduciéndolos a la Cárcel cercana. Entretanto, el Colegio abandonado empezaba a empenacharse de humo denso y negro, enlutanado aquel cielo purísimo y glorioso de Julio

Incendio terrible el que destruyó el Colegio Salesiano de Morón de la Frontera: Fué como una tragedia razonada y ejecutada por manos que iban alimentando la voracidad del siniestro con los objetos arrancados a golpe de hacha de los locales donde dormían un sueño de tranquilidad y vida fecunda: Es-

Lugar donde se simuló el primer fusilamiento. En el centro el R. Padre Mariano Subirón

tatuas venerandas, mobiliario escolar, paletas de obreros instruidos, maderamen de puertas y ventanas, todo fué cediendo al furor besánico de los

Celda que ocuparon nuestros hermanos prisioneros de los rojos...





*R. P. José Limón y Limón,
Director del Colegio Salesiano de Morón de la
Frontera, vilmente asesinado en la tarde del 21 de
Julio del año del Glorioso
Alzamiento Nacional.*

incendiarios, que vieron su obra epilogada por la irrupción bárbara de la plebe; ésta aún tuvo energías para demoler los materiales respetados por el fuego, llegando en su ímpetu salvaje a profanar los restos que en las tumbas sagradas dormían

un sueño de siglos y de olvido bajo las bóvedas de la contigua Iglesia del Espíritu Santo.

En medio del huracán devastador; en el erial cubierto de siniestras espinas y estériles abrojos, sementera de maldición y de odio, florecía un pensamiento de intrepidez y audacia humanamente inexplicable, en la mente de un alumno del Colegio, que haciendo realidad la inspiración divina supo recoger en la desolación del incendio y guardar en su bolsillo, Sagrario improvisado, las Hostias Sacrosantas profanadas, convirtiendo después en Tabernáculo uno de los muebles de su casa. ¡Honor al Tarcisio de nuestros días!

Eran aquellas del 19 de Julio, doce campanadas lentas, medrosas, que parecían agrandar el misterio de las lejanías, chocando con el glorioso enigma en que se debatían los caminos todos de la Patria ..

Las casas se entornaban bajo las ráfagas olorosas del campo en sazón, olvidando la siesta estival para dar vida al cuchicheo comadrero y aliento al miedo reprimido y solución a la incertidumbre terrible del momento.

En la Cárcel de la Ciudad se reunían en reclusión forzosa los más legítimos representantes de la honradez y de las cristianas tradiciones; aparecían aquellos rincones abyectos, testigos de los desfiles de todas las lacras sociales, purificados con la presencia de aquellas visitas improvisadas y dignificadoras del lugar de expiación.

Los honrados caballeros Moroneses convertidos en reclusos, bienhechores de la sociedad trabajadora, estrechaban las manos de nuestros Mártires a su ingreso en el encierro, formulando las más enérgicas de sus protestas y con los ojos brillantes de emoción medían la magnitud de la injusticia, siempre en espera de una libertad próxima que parecía brindárseles en un anuncio luminoso de sol por el pedacito de

cielo transparente y diáfano que se adentraba gloriosamente por el ventanuco de la prisión, agigantado por los reclamos patrióticos con que la Radio Sevillana saludaba a los gloriosos soldados del General Queipo de Llano.

El vampiro negro de la destrucción y del incendio seguía extendiendo sus alas diabólicas sobre la Ciudad martirizada; al contacto de su lengua de fuego, nuevas hogueras elevaban sus negros penachos destruyendo Templos e imágenes sagradas: Los Remedios, la Ermita de Jesús, Santa María iban cediendo a la voracidad de los más terribles de los elementos, iluminando con resplandores trágicos aquellas horas en que el mando residía en las garras del pueblo soberano para baldón de todos los españoles.

Pero el deseo de la chusma impulsado por el odio de los más obcecados manifestábase en un deseo insatisfecho de destrucción, hacia el refugio de los encarcelados; la fiera desmandada apetecía el desconocido plato de una nueva emoción; apuntaron algunos chacales agazapados tras la memez de los otros el proyecto macabro: ¡La cremación de las víctimas encerradas!

Y aquellos rostros astutos parecían regodearse en un olor presunto y anticipado de miembros humanos calcinados.

La intervención decidida de algunos miembros de la Benemérita evitó el siniestro; una descarga de fusilería prologó la salida de los presos, que fueron a guarecerse acuciados por el odio implacable del populacho, en el cercano cuartel de la Guardia Civil.

Sonaron nerviosamente las campanas de San Miguel, sacrílegamente manejadas, anunciando el vandálico saqueo con que los asesinos del Frente Popular arrasaban el más venerando de los templos moroneses.

En el patio del Cuartel entretanto, los familiares de los guardias lloraban la tragedia de aquellos momentos en que la furia popular se desencadenaba contra el edificio del Benemérito Cuerpo, iniciando un paqueo intenso desde las próximas viviendas.

Veinte números y treinta de los caballeros refugiados empuñando las armas, se aprestaban a vender caras sus vidas con la santa consigna de tutelar a los que no tenían contra la actitud amenazante de los otros, más cobijo que aquel trozo del Hispano Solar.

Nuestros Hermanos en el ejercicio de sus ministerios, consolaban a los niños y familiares de los combatientes, haciendo renacer a intervalos la paz en los espíritus turbados.

Con la entrada de la tarde arreció el tiroteo del enemigo; una bala precisa y siniestra vino a clavarse en el pecho de uno de los defensores, dibujando sobre las empapadas vestiduras una rosa de sangre; lágrimas de orfandad y viudez vinieron a entenebrecer las horas de la lucha, mientras el alma del Mártir subía hacia Dios, dejando entre los brazos paternales del Director Salesiano los despojos gloriosos del primer caído.

Por la noche, las estrellas velaban el cadáver, mientras la Radio de la capital cercana seguía lanzando al viento patrióticas canciones y marchas militares.

A la luz crepuscular, las antorchas prendían en el edificio de la Cárcel iluminando la gesta brava del Cuartel, nimbando de gloria la actitud de un puñado de valientes que supieron conservar incólume su honor en medio de las más terribles de todas las represalias. Arreciaba la lucha y se esfumaban con el corte del fluido las voces amadas de la Patria; callaban los acordes marciales haciendo más siniestro el silbido de la bala y la lobreguez del momento.

A los intermitentes resplandores del fuego vióse cruzar por el patio ensombrecido del Cuartel un lúgubre cortejo conduciendo una nueva víctima; era el Guardia Civil don Joaquín González Valencia, que con el cráneo horadado por un disparo, iba a engrosar el número de aquellos valientes innominados que en idénticos momentos sucumbían por todos los caminos de España en una lucha titánica de Reconquista.

Las manos unguadas del Sacerdote y Hermano nuestro, trazaban en el aire impregnado de pólvora y misterio una Cruz de perdón que hacía dibujar en los labios amoratados de la víctima una leve sonrisa de resignación cristiana.

Alas hispanas, palomas mensajeras de promesas, volaban sobre la improvisada fortaleza alentando a los héroes.

Desde los torreones se advertían los incendios, que como luminarias fatídicas pregonaban los martirios a que los secuaces del crimen tenían sometida a la cercana y hermosa Ciudad de Arahál.

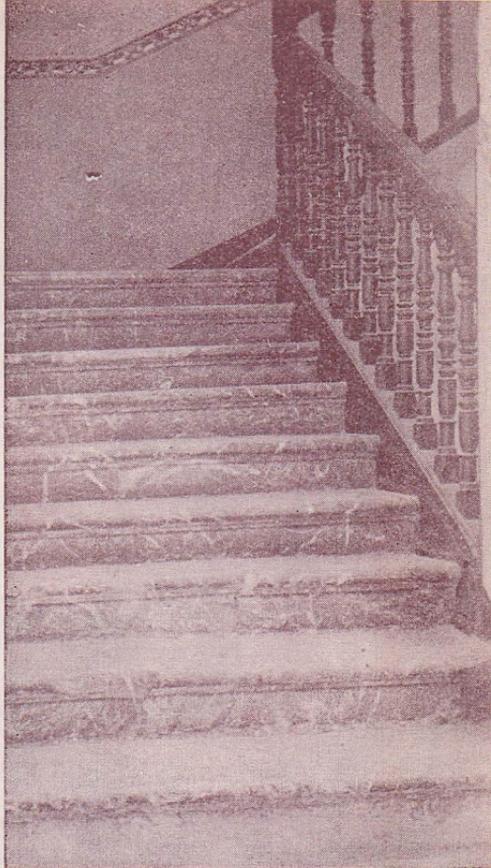
Pronto estrechóse el cerco que el enemigo había puesto al Cuartel local, conquistando las viviendas fronterizas; proyec-

tiles de algodón impregnados de esencias combustibles cruzaban los tejados del edificio atacado, como luciérnagas ingentes y extemporáneas ávidas de destrucción; prendió el fuego en la vela tendida sobre el patio, inundándolo de luz y provocando gritos desgarradores.

Los que sin ceder en la lucha, sentían sobre sí todo el peso del siniestro, vieron la hora de morir como cristianos: Sentado en los peldaños de la escalera principal, con toda la serenidad requerida en aquellos momentos supremos, el Rvdo. P. José Limón y Limón fue escuchando las

Lugar donde fueron abandonados momentáneamente los cuerpos de los Mártires

La escalera del Cuartel de la Guardia Civil, donde el R. P. José Limón administró la Penitencia





Estado en que quedó la Iglesia del Espíritu Santo, uno de los Templos más venerado de Morón de la Frontera

confesiones postreras de aquellos héroes refugiados en un recinto que comenzaba a arder por todos los flancos, intimando la rendición y la salida.

Las primeras sombras de la noche ponían en las limitadas dependencias del Cuartel una emoción más honda, aumentada por el espectáculo de un centenar de mujeres y niños que lanzaban al aire sus lamentos ante el avance inevitable del incendio

Triunfó al fin la barbarie: En el afán de conservar las vidas inocentes, rindióse el Cuartel; los familiares de los Guardias, abriéndose paso entre la densidad del humo que invadía todas las salidas, pudieron ganar la calle, siempre amenazados por el paqueo incesante;

capitulaba más tarde el elemento armado ante la imposibilidad de una resistencia inútil, bajo la amenaza de morir abrasados y amparados en la promesa falaz del adversario de respetar las vidas.

Desfilaban los vencidos pálidos, demacrados, con la altivez impresa en la mirada retadora, que parecía decir a los vencedores: ¡No fuisteis vosotros, fueron las llamas las causantes de esta aparente derrota! Y en verdad que en el horizonte metálico del ocaso iban apareciendo unos arboles sublimes, que la mano invisible de la Providencia tornasolaba de sangre, oro y esperanza.

EL MARTIRIO

El enemigo, ansioso de sangre, apuntaba con sus fusiles a los vencidos, que al atravesar las calles sintieron sobre sus cuerpos toda la villanía de los que habían prometido, mintiendo, respetar las vidas.

Una ráfaga de metralla de todos los calibres chafaba el aire cálido de aquella jornada, cubriendo el pavimento de la vía pública con los cuerpos ensangrentados de las víctimas, cuyos acentos de dolor eran acallados por los verdugos con nuevas y repetidas descargas.

Entre los caídos se encontraban los cuerpos enlutados del Director Salesiano Rvdo. P. D. José Limón y del Religioso de la misma Congregación Sr. D. Rafael Infante de Cos, ambos mal heridos, por los zarpazos de la metralla. El Religioso Coadjutor D. José Blanco Salgado, en uno de los momentos de mayor confusión y con el pecho atravesado por una bala, corrió como alocado en busca de un socorro para su herida, adentrándose en una de las casas de la calle próxima, que desgraciadamente estaba deshabitada; allí, en la parte superior de la escalera, fué encontrado días después el cuerpo de este abnegado Mártir de la Religión y de la Patria; la profundidad de la herida que acusaba la perforación completa de un pulmón había provocado una hemorragia tan copiosa, que la víctima humanamente abandonada, hubo de prolongar su holocausto en los brazos de Dios, tras una agonía lenta.

Uno de los sacerdotes que formaban parte de la Comunidad, el Rvdo. P. Mariano Zubirón, que había permanecido escondido en el Colegio, al ser éste asaltado por el populacho, hubo de abandonar el local descolgándose por uno de los muros posteriores de la finca, cosa que le ocasionó, dada su edad avanzada, una caída violenta que le dejó inmóvil en tierra, donde fué socorrido por algunos vecinos y trasladado al Hospital, donde permaneció hasta la llegada de las tropas liberadoras.

Las sombras de la noche, más compasivas que los hombres, vinieron a cubrir con sus alas oscuras, los cuerpos de los caídos por Dios y por España que aún permanecían en el lugar improvisado del suplicio: allí el cuerpo ensangrentado

del Rvdo. P. D. José Limón y el del Sr. D. Rafael Infante de Cos, el primero perdida la sensibilidad y en un terrible y pleno conocimiento el segundo, escuchando los improprios y planes macabros de sus victimarios, atisbando en momento de descuido la actitud amenazante de las pistolas, prontas a rematar a las víctimas y teniendo en perspectiva la visión del Cementerio cercano, donde probablemente alguno de los caídos podía sufrir el duro trance de ser soterrado en vida.

Sonaron las trepidaciones del camión fúnebre designado para la conducción de las víctimas a las proximidades del Camposanto, trayendo una nueva y suprema congoja, superior al trance de la muerte para este Mártir de la brutalidad Roja, que se vió hacinado en plena luz de su razón en el montón glorioso de los Caídos, conducido a ser enterrado en vida y milagrosamente exento de recibir en sus sienes palpitantes el tiro de gracia...

Marchaba el siniestro vehículo con la carga bendita: cortando aquellas ráfagas, siniestras de luto y tragedia que en jornadas memorandas habían embalsamado los paseos Moroneses de un tranquilo y penetrante regocijo de Ferias Populares.

Y las puertas cerradas de las casas del tránsito, y las ventanas en sombras y los caminos desiertos de la gran Alameda, con flores en la obscuridad de las veredas, parecían asociarse a aquel dolor inmenso, profundo, de la Ciudad torturada que en aquellos momentos, en que era delito de lesa patria cualquier manifestación de humanos sentimientos, lloraba en el retiro y en el más elocuente silencio el dolor de las víctimas caídas a la sombra de la enseña sagrada de la Cruz.

Los asesinos custodiando la carga sangrienta, dibujaban muecas satánicas al proclamar la muerte vengadora, de los Caídos y en el silencio pasmado de la noche, se agrandaba el griterío haciendo palpar los corazones en ritmo de emoción desconocida.

Al final del paseo central de la Alameda, bajo las crenchas verdes de las palmeras y junto a la pupila luminosa del último foco, con su órbita agrandada por la aureola de la pantalla, fueron descargadas las víctimas.

Muévese la luz dibujando un círculo grande sobre el asfalto de la carretera, luz que sabe de ramajes dormidos, luz pagana, zaguera en la iluminación festiva, señalando en las verbenas



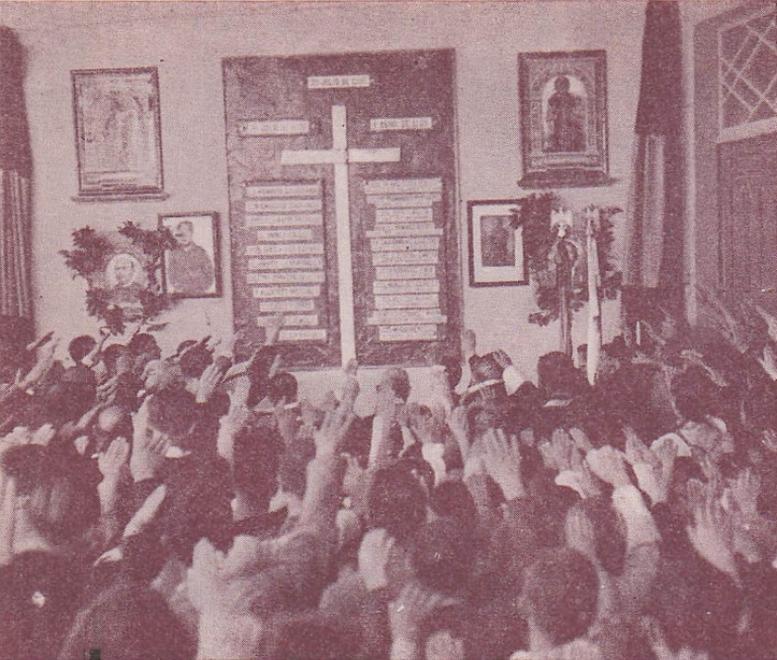
del estío en consorcio fortuito con la palmera el límite gozoso entre la feria y la región invadida por la sombra.

Y sobre las paredes del Colegio unas lápidas recuerdan a los que entregaron sus vidas por Dios y por España

Aquella noche la luz brillaba entristecida, solitaria, penitente, sin acordarse de las horas mundanas del alborozo, cumpliendo una misión humanitaria: La pupila asombrada del último foco fué depositando un beso luminoso, compasivo, sobre la frente serena de los Mártires; los brazos ondulantes de las palmas inmóviles tenían toda la emotividad de una oración flotante sobre el cuerpo de los caídos.

De los labios cárdenos del Rdo. P. José Limón fluyó un tenue acento de dolor. Corona de espinas rubricando las últimas palabras que supo modular sobre la tierra: «¡Jesús mío, misericordia!», y un tiro supremo anunció su feliz tránsito y entrada en aquel mundo cuya conquista es promesa y realidad para los que fueron degollados por el nombre del Señor.

¡Don José Limón! ¿Quién no lo recuerda? Con aquella mirada luminosa y paternal, con aquella sonrisa siempre en floración sobre sus labios y aquella humildad disfrazada de timidez que parecía decir a todos: «Mi alegría, como la del Maestro es la de estar entre vosotros como el que sirve.» El fué el buen Pastor que supo dar la vida por sus ovejas y Dios compensó prodigiosamente su generosidad, haciendo que su sangre al cubrir y desfigurar las facciones del Salesiano que



Sobre la Cruz de mármol, el nombre de los Mártires, es recuerdo y lección

le sintió morir, fuese causa de que éste, considerado como muerto por sus enemigos, se salvase así de ser funestamente rematado.

¡Don José Limón! Tus hermanos, tus alumnos, no olvidan tus abnegados ejemplos, tu martirio y esa santa indiferencia tuya que fué premiada por Dios, con una beatitud perpetua.

EPÍLOGO

Mediaba la noche con su tranquilidad de muerte tendida entre los cuerpos abandonados de las víctimas; apagáronse las voces de los asesinos en aquellas horas negras de remordimientos; sólo la luz cercana del paseo montaba la guardia haciendo compañía a las estrellas, velando el sueño eterno de los caídos: noche trágica, de agonías lentas acompañadas de cuajarones de sangre y miembros retorcidos por los estertores del dolor; noche de fiebres violentas que rasgan los labios en un ansia suprema de refrigerio.

Entre las víctimas tendidas en círculo, hay una que palpita con el ritmo acelerado de la emoción y de la juventud; vida

que se yergue en aquel escenario escalofriante de cuerpos inanimados, para contar a las generaciones toda la tragedia gloriosa de unos seres sacrificados en aras del altar y de la Patria; es el Salesiano Sr. D. Rafael Infante de Cos, testigo mudo de escenas de ultratumba, que prodigiosamente sostenido por fuerzas sobrehumanas, abandona su posición de víctima para emprender una arriesgada y salvadora fuga en una tierra hostil, hacia suelos de desconocidos destinos, burlando la vigilancia de los desalmados promotores del crimen, consiguiendo en su entereza arribar a los confines de Alcalá de Guadaíra en los gloriosos momentos en que las tropas del General Queipo de Llaño liberaban a la población de la opresión y tiranía del marxismo.

El día 25 de Julio, Festividad del Apóstol Santiago, las tropas de España, en valiente y arrollador empuje, aplastaban al enemigo, entrando entre los vítores y aclamaciones de la multitud emocionada en la Ciudad de Morón de la Frontera, tierra de Mártires Gloriosos y de esforzados héroes.

Sementera fecunda en frutos de redención, los despojos de nuestros Mártires, bajo la tierra cálida que cubre una fosa común, descansan un sueño de triunfo esperando la hora suprema en que han de resurgir para revestirse de la otra inmortalidad.



Estampa Tercera

ALBORES DE SANGRE

ALCALÁ de Guadaira, Ciudad del Pan, hija predilecta de Sevilla, la de los largos desfiles de mulos cargueros

en la cinta ancha y sinuosa del camino; Ciudad del río enamorado del paisaje de huertas palpitantes asomadas al azul; Ciudad de remembranzas moras y cristianas anquilosadas en las piedras remotas de sus Castillos.

Alcalá de Guadaira, en las tardes del amanecer de España, velaba una pena honda, con sus pupilas cuajadas de luz y lágrimas, clavadas en los caminos de siempre en espera de los despojos de su preclaro hijo, D. Agustín Alcalá y Henke, y sentía una congoja de Dolorosa ante la cruel obstinación de los que negaron a su regazo materno los restos del sacrificado por las pistolas del Gran Enemigo.

La actitud era consigna: Ante una comitiva enlutada de llanto y tristeza en espera de los despojos del Mártir, implantaban el imperio de la Sthar y del saqueo... El estado de guerra proclamado en Sevilla impidió la llegada del féretro.

El recuerdo de la Ciudad terriblemente separada de los brazos maternos, veló junto a la sombra del difunto y le hizo compañía.

*Nada que evoque un momento
de angustia puede ser indiferente.*

GOETHE

Sobre la población extática se iban devanando las primeras sombras de la noche; se helaban de silencio todos los caminos y los tentáculos de la soledad parecían clavarse sobre cada una de sus entradas; la silueta del Castillo se recortaba con la frente evocadora de sus piedras hundida en lejanía, dejando en el ambiente una emoción de perpetuidad nueva y una sombra morada de túnica nazarena.

Muy cerca, en la Ermita blanca de cal, velos nupciales en su consorcio con el Castillo, la Virgen del Águila, una imagen dulce, sonrosada, con su cara semejante a un corazón de seda, se entristecía en el recuerdo de aquellas tardes estivales enternecidas de trinos, en que Ella, la Madre, la Señora, descendía de su blanco nidal para sembrar de bendiciones todas las viviendas del Pueblo de su Patrocinio.

Bajo la advocación de tan Celestial Madre, entre una epifanía de verdes follajes y pensiles en flor, el Colegio Salesiano vivía una primavera eterna, con sus aulas y patios vibrantes de vida incipiente, y su iglesia, joya de arte y luz, poblada de rezos.

Noche del 18 de Julio en Alcalá de Guadaíra: en el reposo caliente de las primeras sombras, embalsamado con un olor de promesa de pan reciente, suenan los primeros disparos, y las puertas y las ventanas se pliegan como flores sensitivas y los rostros se acongojan doblemente y las piedras que hacen candel, se van parando... parando, como si en los labios de la Ciudad quedara petrificada la gran promesa del Señor: el pan nuestro que es alimento y bendición.

Resonaban los disparos en el ambiente tranquilo del Colegio y en las tapias colgadas de enredaderas y en la policromía risueña del azulejo central y en la palmera de crenchas eternamente verdes adornadas con el racimo de dátiles jugosos y en los cipreses escondidos, que se elevan en la sombra como surtidores de pensamientos eternos.

La zozobra se agranda en el silencio y los vientos de la persecución se enroscan en las veletas chirriantes de las torres y en los brazos de las cruces haciendo estremecer las arcadas de todos los templos, que al fin son piedras ensambladas por los hombres, juguetes una vez más de las promesas cristianas.

Comunión de Catacumbas, aquella del 18 de Julio, en la que las especies sacramentales desaparecían a las miradas humanas dejando desierto el Santo Tabernáculo; momentos

de angustia serena, en que en cada latido del aire parecía resonar la oración rimada del maestro: «Y dejas Pastor Santo...»

Entretanto a las puertas cerradas del Colegio se hacía un clamor en oleada de la chusma inquieta pidiendo para regodeo de sus festines macabros la sangre de los otros y sus sudores de angustia. Y los emisarios de puño en alto, golpeaban con furia las puertas que impedían el desborde a la pasión y las invasiones al pillaje... Los menos necios, recorrían los alrededores de la finca, apoltronados en los asientos mullidos del auto robado, señalando los puntos vulnerables por donde azuzar a los otros.

Formaba la Comunidad de los sitiados los Rvdos. Padres

D. Francisco Molins,

Prefecto del Colegio;

D. Manuel Sánchez,

Consejero y Cate-

quista del mismo;

D. Tomás González, D. Miguel Gómez,

D. Fermín Cotán y el Hermano Coadjutor D. Tomás Aranda,

y como agregados voluntarios los Maestros D. Enrique y

D. Aurelio Menacho.

Acuciaba la impaciencia a la manada hostil, y nuevamente

resonó en la calleja la llamada nerviosa y terca; voces de

adentro pidieron garantías

concedidas por los de afue-

ra en alaridos de tumulto.

Franqueóse la entrada,

ofreciéndose el patio a la

vista de los inva-

sores, inundado de

luz y plagado para

muchos de recuer-

dos de un ayer cer-

cano; con aquellos

ventanales ilu-

minados por la

presencia de las



Y la Iglesia de muros calcinados, sin sus imágenes queridas y devotas, sin la beldad policroma de sus azulejos; alberca ingente y sucia cubierta por la techumbre lisa y luminosa del cielo y de aquel sol glorioso de Julio...

Y después de la floración violentamente agostada de los jardines y la aridez brutal y prematura de su verdor gozoso, llorando la destrucción rabiosa del Chalet Central en una lenta y acongojante agonía





Estado en que quedó el Salón Teatro del Colegio Salesiano de Alcalá de Guadaíra

horas más claras de la vida, erizados ahora de fusiles que requerían como general y estúpida consigna la entrega de las armas escondidas.

Una escuálida patrulla de veinte fusileros, personajes lamentables de comedia, recorrían la Casa huroneando en todos los rincones, para efectuar el alijo de unas armas existentes tan sólo en sus medrosas fantasías.

Fracasaron las pesquisas y se desvanecieron las causas de delito invocadas contra las víctimas.

Fueron entonces, voces de denuestos, insultantes las que chocaron con la serenidad de los ultrajados, que esgrimiendo el arma de dos filos, segura, irreductible del raciocinio, pretendían permanecer en la posesión plena, inalienable de su Mansión y de sus derechos ciudadanos.

Se impuso la injusticia descarada, vergonzosa, con su talante altanero y sus garfas prontas al zarpazo del arrebató fácil y sus pasos irracionales prontos al atropello: Los dueños, los pacíficos poseedores de la Casa Benéfica, impedían con su presencia el golpe de audacia preparado de antemano por el sectarismo de unos cuantos, contra el codiciado inmueble, por eso los Religiosos fueron detenidos y escoltados como vulgares malhechores y conducidos a la Cárcel por entre un grupo de hampones que saludaban el paso de los nuestros con el aliento nauseabundo de sus rechiflas.

El Rvdo. P. Francisco Molins, al intentar salir por la puerta trasera del Colegio para ponerse en salvo, fué agredido por un jovenzuelo miliciano comunista, que le descargó una nutrida perdi-

Los objetos robados durante el saqueo por la chusma, son devueltos en el patio del Colegio después de la liberación



gonada, hiriéndole gravemente en ambas manos; el herido, después de ser vilmente espoliado de cuantos objetos de valor llevaba sobre su persona, fué abandonado, siendo atendido después por algunos vecinos.

El Rvdo. P. Sr. D. Manuel Sánchez intentó refugiarse en algunas casas de la vecindad contiguas al Colegio, siendo detenido más tarde en las proximidades del mismo por un grupo de armados, ante los cuales tuvo que confesar su carácter Sacerdotal, declaración que le valió el ser encarcelado con los restantes miembros de la Comunidad Salesiana.

El Hermano Coadjutor D. Tomás Aranda, aprovechando la confusión y el miedo de los solícitos policías del Comunismo Libertario, logró separarse del grupo de los detenidos, poniéndose a salvo.

Los hermanos señores Menacho, eligieron libremente, dando la mayor prueba de lealtad a la Comunidad Salesiana, correr la misma suerte de los prendidos.

Al llegar éstos al lugar denominado «La Plazuela», hogueras siniestras en las que ardían los enseres de algunas familias tildadas de derechistas, iluminaban trágicamente con resplandores de sangre aquellas primeras horas del mando Comunista, mientras algunas patrullas de pintorescos Milicianos, entre gritos subversivos y estrofas de La Internacional, encerrados en el círculo de una mortífera miopía, iban deteniendo a los más destacados elementos de orden, que fueron conducidos con nuestros Hermanos en calidad de presos al Ayuntamiento Municipal.

Venía de fuera un rumor de vida, agitada, convulsa que sembraba nuevas inquietudes en el ánimo de los detenidos; un pobre miliciano, apuntaba a los recién encarcelados, con una sonrisa, la marcha de los sucesos callejeros: Los incendios de las Parroquias e Iglesia de las Claras y el saqueo e incendio ignominioso del Colegio Salesiano y de su Iglesia, y al pronunciar los nombres de los inmuebles en llamas, parecía deleitarse y sus ojillos miraban de soslayo, como si fueran las puntas endurecidas de una fusta, los rostros afligidos de las víctimas encomendadas a su fiel custodia.

Noche de llagas profundas para el alma creyente, aquella del 18 de Julio; madrugada de luminarias horrendas y sacrílegas, teas gigantes aventadoras de sombras tranquilas de un ayer embalsamado con el olor suave de la retama en crema-

ción y del aliento penetrante del pan blanco, suspendido como un vaho de promesas sobre los tejados de los casales traspassados de luna.

Era una Revolución aquella, que pretendía levantar su maza aplastante sobre las creencias religiosas del pueblo y aplicar airadamente la tea del exterminio a ideas y sentimientos de un mundo superior: el corazón de la Ciudad palpitaba en el nidal de la Patrona y sentía por Ella una doble congoja de orfandad presunta; los otros lo sabían y se acercaban con sus miradas torvas a la Cuesta del Águila con una nueva sed de sacrilegios y humillaban las voces en sus siniestros cabildeos apuntando con sus índices la morada Ibarra, imponente fantasma de blancura y encajes de piedra, dispuesto a defender como un centinela de la Providencia las mismas rutas consagradas por el paso triunfal de la Virgen del Águila.

Fué aquella la última noche de la Ermita: en el interior, la lámpara votiva, como una caricia luminosa encendía el rostro de la Virgen y los ojos rebrillaban como dos topacios oscuros y enternecidos y la claridad intermitente rebotaba en las flores contrahechas y en las lentejuelas del manto, con una nueva emoción de despedida. Por fuera se iba devanando la noche: las estrellas se asomaban a la cinta enjuta y bruñida del río alargando sus largas pestañas vibrátiles y los muros carcomidos del Castillo, sentían rebullir en la médula de sus cimientos vigorosos una corriente de bríos nuevos... Todo se sublimaba en aquella última noche de la Ermita bajo una luna de color de miel suspendida como una pupila extática de dolor en el cielo alto y puro de Julio.

A la luz de la albada del 19, unos grumos densos, negros, acusaban sobre el cielo de zafir, la destrucción del blanco nidal de la Virgen del Águila.

Entretanto, nuestros Hermanos y demás personas detenidas, habían pasado a ocupar la Cárcel y allí aguardaban confiados en Dios, que en el reloj de su Providencia Divina sonase la hora de la justicia.

La fiera incendiaria a su vez, recorría las calles, unas veces bostezando de tedio, y otras se encerraba en su cubil viendo rodar con lentitud las jornadas de sus dudosas victorias.

Un día las almenas del Castillo volvieron a temblar con un gozo guerrero y una alegría transparente de Imperio, y los

muros carcomidos cobraron vida como en tiempos de Fernando el de Sevilla y pareció como si el Santo Coronado viniese a sacarlo de su encantamiento de piedra y de su gloria dormida untuosa de siglos.

No eran guerreros avezados a la lucha, jinetes en alazanes morunos blandiendo espadas forjadas en Toledo y lanzas con penachos de colores; eran bravos muchachos de la España de Franco, los que invadían los caminos sevillanos en ruta hacia la ciudad martirizada cantando himnos marciales, con el sol de la victoria prendido en los ojos soñolientos y en los cañones del fusil...

Sol viejo y rejuvenecido que parecía fundir en la fragua del ocaso el acero templado y español que en aquellos momentos forjaba entre resplandores rojo y gualda la tizona tajante de un Caudillo Victorioso.

Cuerpo de edificio Central saqueado e incendiado por las turbas



Uno de los patios del Colegio Salesiano de Alcalá de Guadaíra después del saqueo

En la tarde del 21 de Julio en Alcalá de Guadaíra empezaba a amanecer.

La voz de España, rugido de león en la pelea, proclamada por el estampido sordo del cañón, llamaba a las puertas de la Ciudad sembrando al mismo tiempo taimadas zozobras y promesas de rescate...

El eco del obús y el dialogar de las armas automáticas y el nerviosismo de la fusilería parecían resonar en los locales destruidos y entre las piedras calcinadas de los templos, como una promesa redentora... La mansa correntada del Guadaíra semejaba vibrar con un timbre metálico, guerrero, decidido, voz que entonara los versos inspirados de la Marcha Triunfal...

Crujían los suelos acerados, relu-



Una de las aulas que servían para dar educación y enseñanza a los alumnos gratuitos de la Población

cientes de las carreteras en toda la apoteosis de la conquista, bajo el paso militar de los soldados de Castejón, en aquella tarde afortunada en que la Ciudad se aprestaba a vivir su primera noche azul, estrechada por los brazos redentores de los hombres de Franco.

Y la sombra se hizo; y reinó un silencio pacífico de vida sobre todos los hogares: Sobre la tierra apelmazada y caliente de los olivares, dormían un sueño de abandono y miedo las armas del enemigo en huída.

A la mañana siguiente el sol de la España Imperial iluminaba el bullicio patriótico del pueblo en masa vitoreando a los libertadores.

Los oprimidos recobraban su libertad y la alegre promesa de una nueva vida que se les ofrecía en aquella jornada de regocijos y emociones imborrables.

Pero aún hubo lágrimas amargas derramadas por los nuestros y por los amigos de todas las horas, sobre las ruinas del Colegio Salesiano.

Eran éstas, como exponentes de una vida truncada en plena lozanía: La Iglesia de muros calcinados sin sus imágenes queridas y devotas, sin la beldad artística de sus azulejos alberca ingente y sucia cubierta por la techumbre lisa y luminosa del cielo e invadida por aquel sol glorioso de Julio que se adentraba por todos los rincones de los restos ruinosos dejando una sensación de manos que acarician y quieren consolar.

Más adentro se ofrecía el espectáculo de las clases devastadas, sumidas en el silencio frío y babeante de odio, aumentado por la ausencia de la luz clara de los ojos infantiles

Aspecto que ofrecían, después del incendio, algunas dependencias del personal Directivo del Colegio



sobre el ambiente escolar... Y después la floración agostada de los jardines y la aridez brutal y prematura de su verdor gozoso llorando la destrucción rabiosa del Chalet Central, en una lenta agonía.

Días después las piedras calcinadas eran removidas, dando la sensación de un nuevo resurgir: Las paredes se revestían de un blancor riente bajo la caricia acogedora de los techos y los objetos secuestrados, ocupaban nuevamente los locales de su destino, y ante los ojos emocionados de la Ciudad entera, por obra y gracia de la virtud sublime del amor religioso y cristiano, del silencio de la muerte implantado por los secueces del odio, surgía radiante a la vida, rejuvenecida, de sus propias cenizas, la Fundación Salesiana de Alcalá de Guadaíra, mostrando en la cara risueña de su Fachada la más amable de todas las acogidas para los hijos del Pueblo.

También sobre los muros del Castillo florecían en perpetua primavera los Signos del Imperio.



Estampa Cuarta

«CORDOBA lejana y sola», con sus piedras finas, labradas, santas, del Misrhá en su Mezquita... «Córdoba lejana y sola», en el reducto misterioso y laberíntico de sus tortuosas juderías... callejas huidizas, sin sol y sin ventanas florecidas, sin la línea recta, simétrica, del barrio europeo... «Córdoba lejana y sola», con el Cristo enmohecido y fúnebre de los faroles en las tardes estivales aureoladas de golondrinas y en las noches sin sueño y sin estrellas... «Córdoba lejana y sola», ante la serenidad augusta y marfileña patinada de gloria de su Gran Capitán... «Córdoba lejana y sola», en los arcaicos soportales blasonados de gestas y recuerdos... «Córdoba lejana y sola», sin el quietismo religioso y mudo del Muezzín sobre las torres por la oración santificadas, sin los jaiques blanquísimos, sin el olor a yerbabuena y te... «Córdoba lejana y sola», con su heroísmo de vanguardia en la batalla incoada en Julio a 18...

Córdoba lejana y sola.

L.

Esta es la Estampa de Córdoba la Mártir, bajo las bombas y de sus casas derruídas junto a la esbeltez de Sultana conver-

sa de la Torre Mora y de sus clamores angustiosos incoados a toque de campanas tocando prematuramente a muerto. ¡Oh de los que oyeron con ansiedad acongojante en vida, los tañidos lentos, anunciadores de sus propias defunciones!... Lenguas de las campanas cordobesas unguidas de lágrimas y clamores desde la mañana azul y luminosa, hasta la tarde gris, entristecida, llorando sobre los escombros en un silencio afanoso de viático...

Esta es la Estampa de Córdoba la Mártir, con los jirones de metralla en su manto viejo de Sultana, y sus Ermitas despobladas de rezos y de ayunos y en suspenso las rimas de Grilo y del Duque de Rivas, que es el Gran Capitán de los Romances...

Córdoba sola, límite y frontera entre las dos Españas, la azul y la bermeja...

En su cielo unguido con la sonoridad de las canciones viejas, se ciernen aparatos enemigos, triturando piedras que huelen a bálsamo de gloria y que simulan al romperse, voces graves de tragedia y de dolor.

En el aire purificado por el lento martirio, aparece un día el Douglas milagrero de Haya el Capitán, con su cola de pez y sus alas desplegadas en el acuario límpido del espacio, en ruta al Santuario de la Virgen Morena aprisionada en la Cabeza. Es una exhalación, es un suspiro de esperanza, el paso del señor de los aires por el cielo silencioso de Córdoba lejana, hasta perderse en un horizonte adverso, donde los olivos incendiados prolongan la agonía de la tarde aureoleando con sus fulgores el desamparo bravo de la Ciudad enemiga de Marx y de los suyos...

Y vuelve a amanecer... sobre las casas y las torres un sol de oro... en los espíritus, las tintas cárdenas de un nuevo pesimismo: Caravanas de niños demacrados por las calles semidormidas, al acecho de un nuevo terror, brazos cariñosos señalando los refugios... En las ventanas, sacos terreros apiñados, brindando incolumidad contra el ataque aéreo... Chimeneas intactas, sin penachos de humo en el ambiente estático... Casas removidas de sus cimientos, con la atrofia de sus columnas cortadas a cercén... y en todos los oídos tensos, el grito angustioso y largo de la alarma y el clamor de las campanas anunciando una nueva centena del cruel y tremendo bombardeo...

¡Barrio de San Lorenzo: Avanzadilla de la Ciudad en pugna, entrada y pórtico del pájaro invasor, el de la carga prendida entre las alas...!

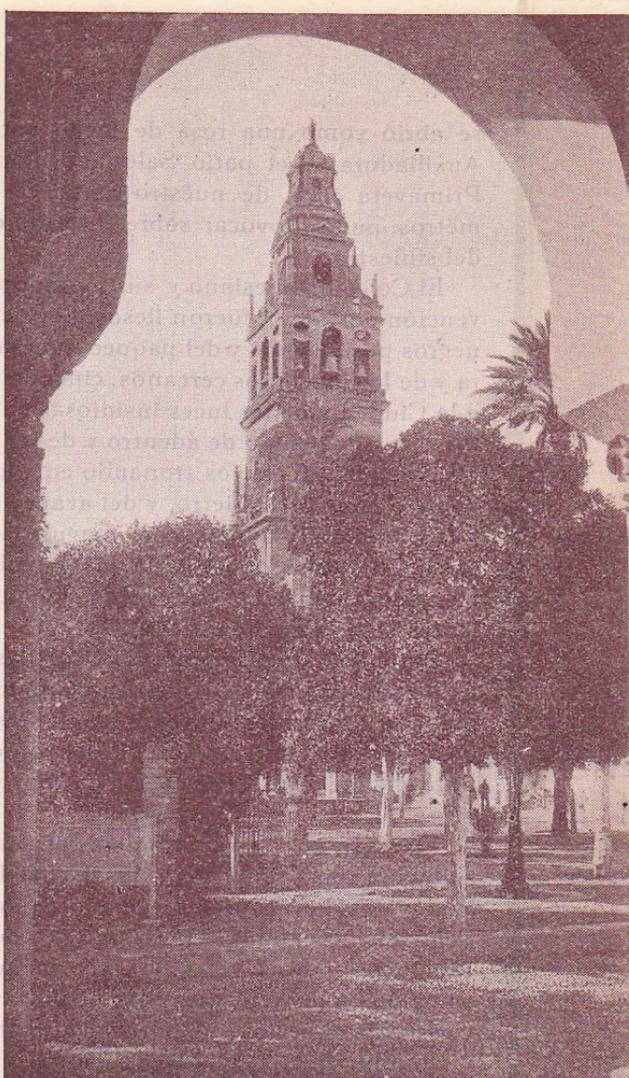
¡Barrio de San Lorenzo, con tu Iglesia mordida por la metralla, dentellada salvaje en la piedra dura...!

¡Barrio viejo y pobre, recinto del Colegio Salesiano: La primera congoja es para tí y la última congoja sobre tus casas humildes, blanco de la explosión centenares de veces repetida...!

¡Colegio Salesiano, albergue y aula para un millar de niños! También tú sabes del tormento del fuego y de la metralla ardiente como el Santo Protector...!

En tus labios mil veces temblorosos el Trisagio devoto del Arcángel, Medicina de Dios... Sobre tu recinto ceñido de muros carcomidos, el bautismo de fuego de la Ciudad entera; mitigando tu pena, como un sacerdote que cumpliera un rito al aceptar tu heroísmo, la voz austera del General Orgaz.

Aquella tarde el vuelo enemigo se hizo milagro: Bombas de incendio descendían sobre la ciudad tranquila; la primera



Esta es la Estampa de Córdoba la Mártir bajo las bombas, de sus casas derruidas ante la esbeltez de Sultana conversa de la torre Mora...

se abrió como una rosa de fuego ante la imagen de María Auxiliadora en el patio Salesiano, flor incandescente en la Primavera clara de nuestro amanecer, que desviada unos metros, pudo provocar sobre el tejado de la Iglesia, la llama del siniestro.

El Colegio Salesiano y sus moradores, por especial intervención del Cielo, fueron ilesos: ¡Ay de las horas cargadas de negros pesimismos y del paqueo incesante en la noche oscura y de los incendios cercanos, ciñendo en un círculo de fuego a la Ciudad y de las luces insidiosas haciendo guiños de inteligencia al enemigo de adentro y de las fábricas muertas y de los cañones contrarios tronando en Alcolea, y de los obuses sobre el puente de hierro, y del avance sobre Cerro Muriano, y la Campiña, y de la sangre coagulada en las grandes refriegas del frente cordobés, y de los caballos ensillados sin jinetes, y de las Ermitas convertidas en puestos de guardia vigilantes bajo la noche estelar...!

Entre las calles destruidas y asoladas, entre las vidas rotas, bajo un cielo redondo como una inmensa pupila, testigo de grandes infortunios, florecen los límites extendidos e intactos de la Obra Salesiana Cordobesa, como un exvoto inmenso ante el altar de la Providencia de Dios y de la Virgen Protectora.

Flamean un día las banderas escondidas, en una gloriosa agitación roja y amarilla y las flechas bordadas sobre camisa azul y las boinas rojas, amapolas de sangre, recorren las Tendillas evocando el heroísmo de todas las batallas; y las canciones nuevas y las de ayer se quedan suspendidas de emoción en los espacios y las piedras rotas van formando la Cruz para el pecho de la Gran Mutilada...

En días de victoria los espacios se glorifican de alas hispanas, dibujando en vuelos de acrobacias, los signos de la más exultante de todas las alegrías...

Y la Ciudad otrora vanguardista, se va quedando zaguera en retaguardia, al calor de los pueblos liberados, sintiéndose nuevamente ungida por una azul sonoridad de canciones y por un tumulto de turbantes blancos y de colores, que ante las puertas labradas de la Mezquita, disipan viejas añoranzas, haciendo eco a la jerga emocionada del Muezzín: ¡Córdoba lejana y sola, paz en ti!

Estampa Quinta

RONDA, Ciudad de los puentes: El nuevo, atrevido y seguro en su brinco de audacia sobre el río, con balcones que saben de vértigos de alturas y de sombras suspendidas en los nidales de sus cuerpos volados.

El del Arcángel, Romano bautizado y converso sobre los desfiladeros ásperos y virulentos del Tajo,.. Y el viejo, Morisco y apelmazado entre los brazos del barrio castizo de la Santa Patrona de la Música.

Ronda es la Ciudad que supo de invasiones: Legiones romanas sobre Arunda la fuerte y admirada; y las huestes africanas de Yussuf en las almenas de las torres y el turbante blanco y coronado de Abímelek, y la Mezquita ceñida de airosas canastillas florecidas en piedra, y el cántico de la oración sobre la Casa del Rey Moró y en el brazo de cristal del Guadalevín martirizado en un lecho de rocas sin blandura de musgos.

Ronda es la Ciudad cien veces codiciada, prisionera en los cendales cenicientos de su paisaje áspero, acariciada por las manos invasoras de todos los siglos de la Historia, que en vistoso y pintoresco desfile de guerra y galanía van agitando

*El amor engendra amor; y el
que es amado, gobierna fácil-
mente.*

GOETHE

las espadas cortas del soldado romano, el alfanje cortante del hijo de la Media Luna o los pendones de Fernando, esposo de Isabela, señalando este último un definitivo y cristiano consorcio, rubricado en el pergamino azul de los espacios por los sonos festivos y alocados del histórico Templo del Espíritu Santo.

Cada latido del aire, cada piedra de sus viejos castillos, cada vereda de sus campos ondulantes, tienen toda la magia de un recuerdo antiguo, de una existencia no extinguida, misteriosamente trocada en escudo heráldico, en bordado de piedra, en acento de laud moruno sobre el descanso del ajimez desierto...

Ronda es la Ciudad de las lejanías lentas, calladas, profundas, altas, coronadas de luz... Y es la vida pastoril junto a las rúas que desembocan en los campos cercanos: ¡Oh los rebujales moteando de nieve la esmeralda tierna de pastura, y los oteros coronados de balidos, y los buitres grandes, terrosos, que hinden el espacio con sus testas raidas y mueven y apuñazan el aire con sus alas remeras, trazando círculos grandes y espirales, sobre el festín de la carroña abandonada..., y los caminos largos, blancos, tendidos, que retozan cortando las laderas entre la grama dormida y los gañidos del perro que guarda el almijar...!

Ronda es todo eso: Historia, luz, riqueza, poesía, evocación y gloria sobre los cuellos morenos de sus torres centenarias y en las hendiduras profundas de su suelo...

EL 18 DE JULIO EN RONDA

El 18 de Julio, la luz no se hizo en Ronda... La Ciudad crucificada en el azul, hundida en las brumas rojas de todos los infortunios, anhelaba el arribo de las bayonetas de España.

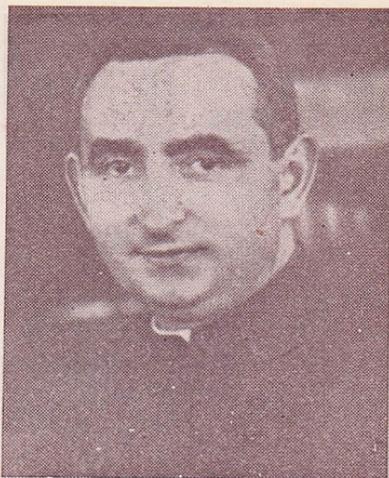
Destellos esporádicos de luces redentoras, fueron apagados por la fría y negra correntada frentepopulista, que culminó en la detención de las personas cristianamente honradas.

Fracasó el intento de asalto al Municipio por un grupo de hombres decididos y sin recursos bélicos, que al fin tuvieron que ceder al empuje brutal de los más, tiñendo con la propia sangre, ofrenda prematura y generosa, el pavimento berro-

queño de la Ciudad predestinada a ser palestra de esclarecidos Mártires.

Con las primeras sombras de la noche dormida, imperaba en Ronda segregada de todas las antenas victoriosas, un Comunismo latente, jubiloso, jaleado por todos los secuaces de las ideas libertarias, que arrufaban sus lomos de bestias humanas, saludando el advenimiento inesperado de sus propias consignas hechas cuerpo.

Sobre la alegría húmeda del río, y junto al alborozo de las torres dormidas y en la pastura perenne de los jardines y en los senderos que escalan cumbres, había un temblor de sentimientos mudos, anhelantes, que crispaban los nervios, saturando el ambiente perturbado de trágicas y hondas inquietudes.



*Rvdo. Sr. D. Antonio Torrero Luque,
vílmente asesinado por los marxistas,
Director del Colegio Salesiano del
Sagrado Corazón*

RONDA SALESIANA

Cuenta Ronda con dos Fundaciones Salesianas: el Castillo Mansión severa y adusta, levantada sobre los restos de una antigua Fortaleza Mora.

El Castillo metamorfoseado por los designios ocultos de la Providencia Divina en Colegio Salesiano dedicado al Deífico Corazón de Jesús cuenta en las páginas de su vida joven los nombres de pléyade inmensa de jóvenes formados a la vida del entendimiento y en la piedad cristiana que moldea el corazón.

Fachada erecta, sería, sin blanduras de adornos, abierta a la caricia dura del viento y de la nieve, se ofrece en una



Rvdo. Sr. D. Antonio Mohedano, Director de las Escuelas de Sta. Teresa, asesinado por los marxistas

contemplación eterna y jubilosa de la torre Mora de Santa María.

Edificio zagüero en la Ciudad Vieja, con su fachada posterior iluminada por los ventanales que miran gozosos todas las ascensiones de la Serranía.

Es la segunda Fundación Salesiana que en el regazo acogedor de la Ciudad florece, el antiguo e histórico Palacio de los Marqueses de Moctezuma: Mansión de abolengo y rancia hidalguía, testigo mudo de nobles desfiles de varones titulados, fué convertida por la caridad cristiana en albergue para los humildes hijos del pueblo, que en las aulas adjuntas robustecieron y robustecen sus almas recién abiertas a la vida con los conocimientos prácticos para una existencia social y cristiana.

Dedicado dicho Colegio a la Santa Andariega Española y Castellana, Teresa de Jesús, se esconde en un conjunto de intrincadas callejas morunas, evocadoras de remotas lejanías históricas, teniendo la Fachada principal de frente a la Plaza de los Gigantes y su parte posterior abierta a la alegría sombreada del Campillo, que se extiende como un rompiente de escenario pequeño y natural, exhibiendo como fondo los picachos abruptos de la Serranía.

PRIMERAS ANGUSTIAS

Ambas Fundaciones vivieron desde los primeros momentos de la más cruenta de las Revoluciones Españolas, horas preñadas de angustias, avivadas en el Colegio del Sagrado Corazón por la presencia de un nutrido grupo de Aspirantes del Seminario Salesiano de Montilla.

En la noche lenta, inmensa del 18 de Julio, se cernían sobre la Capital de la Serranía Malagueña, los pájaros siniestros de los grandes pesimismos, alentados en continuo vuelo sobre su presa por las absurdas patrañas Frentepopulistas.

Al amanecer del 19, la turba exultante de la víspera, aún era presa de medrosos titubeos.

Las campanas de todas las Iglesias saludaban la alborada clara y el repentino amanecer del día del Señor... Campanas graves, solemnes de Santa María pasaban con sus ecos sobre la Ciudad inquieta, como un sedante aterciopelado, mitigador de insospechados infortunios...

Bronces suaves, musicales, tiernos, del Templo de las Esclavas, sonando a risa fresca y juguetona de niño, hacían elevar en los espíritus abatidos los recuerdos místicos de la Liturgia Católica y Cristiana... Sones lejanos del Espíritu Santo, voces cascadas, asmáticas, veladas de siglos que convocaron bajo el cielo purísimo y remoto de los tiempos, los desfiles alentados por una fe profunda y legendaria.

En las horas aparentemente tranquilas de aquella segunda jornada siniestra, parecía como si en todas las campanas se apreciase un acento lúgubre, presagio de violentas agonías.

Mediaba el sol en su carrera imprimiendo una inquietud de fiebre a todas las cosas: Rebrillaban las piedras abruptas, cenicientas, con un color metálico y la tierra enardecida exhalaba vahidos bochornosos y las callejas desiertas y las otras, aparecían más grandes bajo los flagelos cegadores de la luz y la plebe más canallada con los calores verticales del estío...

Empezó el imperio de las masas y su mando funesto y destructor: Unas llamas amarillas, histéricas, nerviosas, a veces invisibles comenzaron a asomarse como lenguas deformes y agudas por los grandes ventanales del Templo de los Descalzos, pregonando en su lenguaje mudo, la destrucción del suntuoso edificio. Cruje el maderamen de la regia techumbre levantando al caer una nube de lentejuelas de oro pálido que se extinguen llorando la destrucción satánica del local bendito... La tarde se hace más cálida y bochornosa; por los lugares vecinos al siniestro vuelan pavesas extinguidas sembrando los contornos de jirones de luto.

Desde el patio del Colegio del Sagrado Corazón se divisa el siniestro bajo la extensa humareda que avanza lenta y

grave entoldando el cielo límpido de la Ciudad martirizada, prisionera de las hordas; las campanas del edificio en llamas se precipitan desde el cigoñal en ruínas lanzando en su rápido descenso un último lamento acongojante y desordenado.

La Dirección del Colegio del Sagrado Corazón estaba encomendada al Rvdo. P. Antonio Torrero Luque, y la Administración del mismo al Rvdo. P. Miguel Molina de la Torre, formando la Comunidad con éstos los Reverendos PP. Enrique Canut, Confesor de la Casa; D. José M. Pérez, Consejero Escolástico, y D. Marcos Tognetti, encontrándose también accidentalmente entre el personal de dicho Centro el Subdiácono D. Manuel M. Martín.

Como huéspedes de honor en disfrute del descanso veraniego, hospedábanse en el Colegio sesenta estudiantes del Seminario Salesiano de Montilla, con su Director Rvdo. Padre Florencio Sánchez, el también Presbítero D. David Morán, el Clérigo D. Juan Manuel Cereceda y el Estudiante de Sagrada Teología Sr. D. Serafín García.

El cariz de los acontecimientos que se sucedían en forma tumultuosa, y la actitud agresiva del populacho en desenfundada euforia, amenazaban las vidas de niños y mayores, súbditos ya del improvisado e imperante Mando Rojo.

Entretanto, ha sonado la hora de las grandes decisiones, de incoar una gran batalla bajo los auspicios de una Providencia misteriosa y divina que parece elevarse en aquellos momentos sobre la furia desencadenada de los hombres señalando con su dedo luminoso las víctimas propicias.

En el Cuartel de la Guardia Civil, los hombres del Benerérito Cuerpo, escuchan los desmanes de la chusma maleante con las manos encadenadas por la desidia traicionera de quien detentando el poder, se entrega en cuerpo y alma al arbitrio bochornoso de los presuntos vencedores.

Comparece el Salesiano Sr. D. Manuel M. Martín ante los jefes, implorando con gesto decidido y generoso, plenas garantías sobre las vidas de los niños instalados en el Colegio del Sagrado Corazón y una activa defensa contra el posible ataque de las masas.

Fué denegado el codiciado auxilio. En el salón de armas, los honrados Guardias se mesaban los cabellos y crispaban los puños al impulso de un sentimiento incontentido de pasividad irresponsable.

En las calles, arreciaba el desfile en tumulto del populacho en armas, ébrio de alcohol y de triunfos fáciles...

En el Colegio Salesiano del Sagrado Corazón se marchitaba esta primera esperanza sin menoscabo del gran caudal de recursos de una inagotable Providencia.

El Director del Centro Educativo insinuó la segunda tentativa: Era el Ayuntamiento en aquellas horas, cerebro embotado, centro neurálgico del Comunismo en marcha, desde donde los exaltados capitostes halagaban las pasiones de las masas y alentaban sus propias consignas traducidas en actos de saqueo e incendios vandálicos.

Allá se encaminan disfrazados el Rvdo. D. José M. Pérez y el Sr. D. José Manuel M. Martín entre brazos que se elevan amenazantes coronados por puños que se crispan y cierran al conjuro de incontenible saña; oyendo el blasfemar vocinglero de la plebe y el tremolar de las armas torpemente esgrimidas y el flamear vergonzoso de la enseña extranjera: Campo bermejo bajo las siluetas de la hoz y del martillo.

Allí estaba la ingente colmena de piedra, con los zánganos de todos los momentos custodiando la entrada, y en el interior el runruneo agitado de los imbéciles fabricantes de panales de agrídulce sabor, condimentados con el néctar de la venganza y del odio.

Sentíase el castañeteo áspero de las voces veladas por los gritos frenéticos impartiendo órdenes y las carreras alocadas resonando en todas las galerías y el tumultuoso asalto a la bien repleta mesa del poder y los augurios torpes erizados de puños siniestros y risas babeantes: ¡Salud, camaradas!...

Rebullían en las almas de los dos religiosos todas las tragedias del momento vivido, mientras eran apuntados por los ojos fisgones de los lamentables soberanos del momento.

Requerían los nuestros la presencia del Alcalde; era él un hombre exíguo, con unos ojos de mirar nervioso encuadrados en un rostro sombrío, entristecido por el momento difícil; sobre sus miembros flacos pesaba la mole aplastante de la Revolución Rondaña...

Expusieronle las conocidas peticiones; un pobre diablo de la F. A. I., con ínfulas de general armado, solucionó el conflicto prometiendo respetar las vidas de los niños alojados en el Castillo.

En el Colegio renació la calma en aquella segunda noche de mando Comunista en que los espíritus se entregaban al

descanso completamente abandonados en las manos providentes de Dios.

Centinela de cabeza erguida y oídos tensos en espera del cumplimiento de las promesas del enemigo, el Castillo renacía a la nueva jornada del 20 de Julio bajo las últimas lágrimas del lucero de la mañana, que lloraba inconsolable sobre las palpitaciones incipientes del día, arboladas por el sol naciente.



*Clérigo D. Juan Luis Hernández Medina,
muerto por Dios y por España en la
Ciudad de Ronda*

Fecha aciaga en la historia de la Revolución Rondeña, en la que bajo la aparición luminosa de un nuevo amanecer, se encerraba con aureola de misterio la vida lenta y martirizante de sus horas, con su cortejo de agonías mortales, comparables a las almacenadas en los Círculos de la visión dantesca.

En vano los homúnculos encaramados en la carroza de la Revolución intentaban frenar la marcha vertiginosa de la caballada roja, uncida al siniestro vehículo. Piafaban los corceles enjaezados con la enseña abominable, destruyendo con sus cascos vigorizados por el odio, las praderas risueñas de nuestras patrias tradiciones, mientras que el engendro enteco de los padres de la Patria del 31, cubría sus ojos agrandados por el pavor, con los pliegues abullonados del gorro frigio. Las juventudes libertarias, en posesión de aquella herencia insospechada, tantas veces prometidas por los jefes, se aprestaban a dar un ejemplo monstruoso de saqueo y vandalismo, sepultando bajo las pavesas humeantes de las cenizas, el patrimonio religioso y artístico de la ciudad, ungido por la piedad enardecida de los siglos.

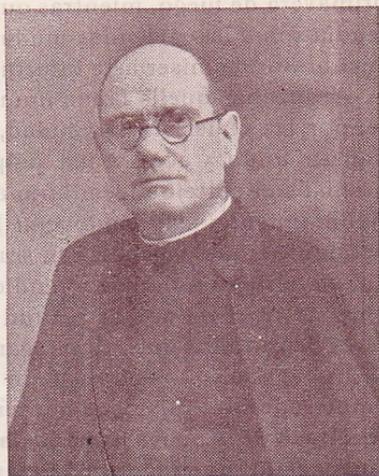
Se extinguieron los ruidos plácidos que entonan las estrofas del himno al trabajo fecundo y redentor: Chirriar de los

carros en las cuestras peladas; voces metálicas del vendedor ambulante ofreciendo su mercancía; zumbidos de motores en la paz escondida del molino; música de cencerros conocedoras de todas las distancias, alentadas por el chasquido de látigo y la voz gruesa del tostado carretero; tránsito de multitudes que van y vienen encontrándose en la paz del saludo que recuerda a Dios y se confunden en las luchas cotidianas de la vida...

Todo callaba en aquel amanecer trágico, incoado por el oleaje vocinglero de las masas, sacudiendo con ira la cerviz, en su intento de arrojar por tierra el yugo divino y fecundo del trabajo. «¡Salud, camaradas!» Y el nuevo grito era repetido una y mil veces por las bocas babeantes de odio, y los puños se crispaban recortándose en los aires como insignia y exponente de la furia satánica del momento: Manos enormes, duras, encallecidas en la labor honrada de otras horas, abiertas ayer al saludo cordial y ciudadano y hoy crispadas bajo el influjo morboso de las doctrinas sectarias.

Desfilaba la multitud enronquecida, enarbolando carteles-procaces, pregoneros de los intentos del populacho triunfante: Era llegada la hora de las brutales revanchas y de saciar los apetitos, hasta entonces contenidos por la justicia más o menos tornadiza de la ley.

Finalmente ellos, los fracasados de todos los momentos, los poltrones, los engendros del despecho, escalaban las cumbres del poder, revestidos de la inmunidad para el crimen, cegando con sus puños apretados las bocas temibles de las armas, que un ayer no muy lejano, eran centinelas de la paz y la justicia; ahora ésta residía en la voluntad tornadiza de la masa, y no habría ya más ley que el dictamen ciego de la pasión y del instinto.



Rvdo. Sr. D. Enrique Canut, asesinado por los marxistas

Bien merecía el nacimiento de aquella aurora roja, precursora de la más estupenda conquista democrática, un anuncio luminoso de incendios que hiciese sentir a la Ciudad entera toda la grandeza monstruosa de sus nuevos gobernantes.

Se agitaban los más exaltados entre la chusma, voceando las consignas vomitadas por las radios madrileñas, y ponían toda la actividad febril de sus músculos en la requisa del líquido inflamable necesario para el macabro bautismo de fuego...

Horas después en el centro de la urbe se hacía el clamor de la jauría y un estertor de corazón enfermo, detenido en su marcha momentaneamente para volver a latir con desenfreno, ante el incendio de la Parroquia del Socorro; ante el templo en llamas, la multitud enardecida por la flama del siniestro, saciaba su ira desbordante en las imágenes, secuestradas a la paz del sagrado recinto; momentos después florecían las llamas en la osamenta de la techumbre simulando una rápida primavera de fuego, mientras que la humareda del incendio se tendía sobre las viviendas mudas del poblado, como un dosel encubridor de miserias e infortunios.

Avanzaba aquella fauna humana, enrojecida y trashumante, por las calles de la Ciudad, dejando a su paso un vaho nauseabundo y acre, y una palpitación de furia no saciada; desfilaba el cortejo incendiario ante la fachada impenetrable del Ayuntamiento, saludando con los puños de rigor a los jefes petulantes, que pagaban con sonrisas adúlteras la incondicional pleitesía tumultuosa y rendida de la plebe, alentada en su obra destructora por la actitud complacida y pasiva de los seres depravados que la hostigaron al crimen.

En el Colegio del Sagrado Corazón, acuciaban nuevas inquietudes pesimistas al contemplar el cariz eminentemente revoltoso de la nueva jornada; la voz del Director del Instituto amenazado se acongoja al lanzar a dos Hermanos a la correntada impetuosa de la Revolución armada, mientras su mano traza sobre los heroicos elegidos la más tierna de todas las bendiciones Marianas.

— ¡Id en nombre del Señor!...

Y el Rvdo. Sr. D. José M. Pérez y el Sr. D. Manuel M. Martín, se lanzan nuevamente al piélago de la Revolución en demanda de un poco de paz y garantías para los niños aspirantes.

Floreceían las calles de fusiles y gentes de miradas hostiles

arracimadas en grupos, custodiando todas las salidas de la ciudad con un aire asombrado de bisoños cazadores, temerosos de la fuga de la presa acorralada.

Confundidos entre la multitud manifestante, los ojos de los dos Religiosos buscaban con interés creciente la figura nerviosa y revolucionaria de un desequilibrado capitoste apellidado «El Catalá». Allí estaba, al fin, el jerifalte rojo, capitaneando a la multitud manifestante, casi escondido entre los pliegues lacios de una bandera roja que, en aquellos momentos de bochorno, caía desmayada sobre el palo del mástil.

—¡Garantías, garantías queremos para los hijos de los obreros!—repetían los dos esforzados paladines del segundo Mandamiento del Señor, ahuecando sus voces y poniendo en ellas un acento de inusitada energía capaz de impresionar al jefecillo; bajo el influjo necio de la propia autoridad halagada, los puños se crispan nuevamente y los labios de muchos formulan la promesa:

—¡A los niños del Castillo no les pasará nada; están garantizados!

Y las miradas de los más audaces se clavan como dardos ponzoñosos en las figuras de los dos emisarios de la paz.

En el aire alentaban las promesas del Señor, insensibles para las conciencias embotadas por el odio: «Caminaréis sobre el aspid y el basilisco, humillando la cerviz altiva del león y del dragón». Y en las almas de los dos Religiosos, por voluntad de Dios ilesos, se encendía aún más la llama de la caridad heroica, que todo lo sufre y lo soporta, predisponiéndolas para la realización de nuevas y abnegadas batallas en los caminos ásperos de la Providencia.

Seguía la multitud engrosando el número de sus desmanes, incoados al filo de la mañana, y las gargantas irritadas y exhaustas continuaban entonando como siniestro responso a un mundo antiguo en aparente agonía, las estrofas blasfemas de «La Internacional».

Aparecieron nuevos penachos, florecidos de llamas, bajo el riego funesto de la bencina, al paso de la chusma: Santo Domingo, sintió palpitar sus entrañas untuosas de incienso bajo la acción mórbida del fuego que se escapaba por los altos ventanales.

El Templo de las Esclavas, pulcro y riente, cedía al contacto del más terrible de los cauterios, convirtiéndose en



Rvdo. P. Miguel Molina de la Torre,
víctima de la Revolución Rondaña.

una antorcha ofuscada por la luz del planeta que todo lo ilumina.

Santa María, relicario de pasadas grandezas históricas, contemplaba la filigrana de sus cesterías doradas de siglos envueltas en las gasas traicioneras del siniestro; el Templo de las Claras y la Iglesia del Barrio, corrieron igual suerte; San Francisco, solitario y austero, ardía por todos los flancos, epilogando el número de las piras sagradas.

Desde las azoteas del Colegio del Sagrado Corazón, sus inquietos moradores contemplan la placidez de la Ciudad y sus Barrios coronados de humo y el círculo de fuego ciñendo el silencio de los casales dormidos en aquella hora en que en los pechos de todos palpita la impaciencia en espera de los ausentes.

LLEGADA DE LOS EMISARIOS

Componían la Comunidad del Colegio de Santa Teresa, como Director, el Rvdo P. Antonio Mohedano, formando el personal subalterno los Rvdos. PP. Juan Canavesio Albera y D. Pablo Caballero, el Clérigo D. Jesús Hernández y el Hermano Coadjutor D. Rodrigo Rubio; accidentalmente encontrábase también en dicho Centro el Rvdo. P. Tomás Gutiérrez, perteneciente al Colegio Salesiano de Utrera.

Cundía también la intranquilidad entre los miembros de esta Comunidad, aislados del contacto de los Religiosos de la Casa hermana, y todos se angustiaban ante la incertidumbre de la suerte y el cariz amenazante de la jornada.

Las palabras de aliento del Rvdo. P. José M. Pérez y de su acompañante, en eventual visita, atizaron la llama exangüe

de un optimismo fatalmente en agonía. Era la última entrevista que estos dos supervivientes de la tragedia Rondeña habían de tener con el personal completo de las Escuelas de Santa Teresa, el postrer contacto entre los dos Centros hermanados durante varias décadas por una comunión fecunda de ideales.

La llegada de los peregrinos de la paz al Colegio del Sagrado Corazón y la manifestación de las promesas de que eran portadores, disolvieron un tanto las brumas pesimistas que ensombrecían los espíritus.

El enemigo prometía respetar las vidas de los niños, sintiéndose, por otra parte, impotente para dominar a la plebe vocinglera que agitaba las armas amenazando de muerte a los servidores del Santuario.

Una medida de prudencia aconseja al personal a exhibirse en traje secular para no avivar el odio insatisfecho de la chusma: Momentos de dolor en que aquellos seres desposados con el santo hábito de todas las renunciadas, tienen que endosar, por voluntad de Dios, las vestes en otro tiempo despreciadas, del hombre secular: Fué la última cosecha de emociones hondas en un día plagado de inquietudes.

Iba atardeciendo lentamente. La multitud ahita de desmanes, se entrega a un reparador descanso que ha de infundirle el deseo malsano de nuevas tropelías; los Templos últimamente incendiados, han de prolongar el siniestro a las horas silenciosas de la noche para pintar en el lienzo oscuro de su cielo, toda la magnitud de la tragedia, con caracteres de fuego, mientras que en las hogueras ya extinguidas se irán enfriando los restos de las piedras labradas por la magia del arte y el tejido roto de las cresterías para contar a todas las generaciones la barbarie de la horda asiática y los frutos funestos de sus doctrinas desoladoras, en las risueñas tradiciones españolas.

Callaba la ciudad dormida en un silencio escalofriante, con sus iglesias destruidas por el odio ateo y las conciencias aterradas por el recuerdo de las profanaciones sacrílegas, sentían sobre sí como un anuncio de remordimientos imborrables la aparición de la luz desfallecida del crepúsculo alentando los primeros vahidos de la noche naciente.

Alumbro el sol del 21 iluminando las osamentas de los inmuebles quemados por el cautiverio de las llamas; aún

existían pavesas no extinguidas, incensarios siniestros en el montón ingente de ruinas.

Improvisados milicianos recorrían las calles en patrullas, requisando vehículos de todas las tracciones e implantando el despotismo de la propia voluntad, bajo el influjo de las noticias traídas por los vientos que llegan solapados de un mundo enemigo y cercano, a través de las emisoras facciosas.

Cunde el despecho entre la milicianada eufórica de ayer y los ojos espantados de los nuevos esbirros, contemplan en visión alucinante batallones quiméricos de la Quinta Columna que intentan derrocar el régimen implantado por el Pueblo, haciendo uso de las armas escondidas.

Patraña cien veces invocada contra la honrada ejecutoria del ciudadano derechista, que ante el estupor de la esposa y de los hijos es escoltado por la improvisada policía populachera para ir a ocupar los salones malolientes de las cárceles, libres éstas ya de malhechores.

Las victorias de los facciosos proclamadas durante todas las horas del día por las antenas al servicio de la Nueva Causa, iban señalando extensiones inquietantes en el Solar Patrio, cobijado bajo los pliegues de la bandera rojo y gualda, poniendo al descubierto la impotencia de los secuaces de Madrid.

Aumentaba la zozobra del improvisado Ejército del Pueblo; la memez miliciana veía surgir a través de la lente del miedo, como ingente monstruo de entrañas repletas de armas guerreras, la Fundación Salesiana del Sagrado Corazón; allá en los antros del clerical edificio adivinan los fetiches asustados, ingentes montones de variado armamento esperando para salir de su estado de reposo la voz aguerrida que los ponga en los brazos forzudos de los frailes y sus amigos, prontos al clarín de llamada de la Contrarrevolución.

Mediaba la tarde del 21 de Julio. Doce milicianos de andar cauteloso, empuñando las armas de su profesión improvisada, se personaban en el temido Centro en demanda de efectuar el alijo de las armas escondidas; poco después, desandaban cabizbajos idénticos caminos, con la nulidad de la pesquisa reflejada en el semblante...

En fechas sucesivas, las turbas miopes, encerradas en el mundo que la vista les ofrece, con los oídos sordos a los requerimientos de las armas auténticas de España, asaltaban los vehículos, paseando sus dominios inseguros al son de los

himnos comunistas; espectáculo horrendo: Racimos de seres humanos erizados de puños y trapos bermejos que aletean sobre las cabezas alocadas como pájaros siniestros precursores de sangre; voces que enronquecen vitoreando la libertad siniestra de los instintos; ojos encendidos en miradas de odio tratando de aniquilar con el incendio de sus brasas los últimos restos de una Religión perpetuamente escarnecida.

Por la noche corría la noticia alocada por las calles y plazas azotando los rostros encendidos de la canalla y poniendo en los labios un mutismo de espanto, que hacía

enmudecer a los vocingleros panegiristas de las patrias libertades: «Los moros en consorcio con los fascistas avanzaban sobre Ronda para libertar a la Ciudad de sus opresores.»

La infausta nueva, iluminada por la fantasía popular con multitud de escalofriantes y pintorescos detalles, hizo vibrar de rabia a la masa popular, y a la voz de los exacerbados jefecillos más de dos mil hombres pertrechados con armas de todos los tipos y calibres, poníanse en pie de guerra, dispuestos, antes de incoar la batalla, a poner en desvergonzada fuga a los encarnizados enemigos de la independencia rondeña.

Caía lenta la noche sobre la Ciudad en armas, sepultando en sus sombras la euforia otrora luminosa ceñida de lenguas esperanzas y promesas felices del mando comunista, engendrando en su seno al amparo criminal de siniestros cabildeos, horas futuras saturadas de venganzas.

Con la luz de la nueva alborada, se agiganta en la visión de las milicianas fantasías, el espectro del enemigo cercano,



El Rdo. P. José M. Pérez y el Sr. D. Manuel M. Martín, esforzados paladines en la defensa de los Aspirantes Salesianos hospedados en el Colegio del Sagrado Corazón de Ronda

alentando nuevos deseos de inconfesables crímenes y planes macabros contra aquel otro adversario de adentro que en cada latido del aire cree sentir las palpitaciones contundentes de las armas amigas, anunciando un arribo victorioso.

LOS MÁRTIRES

Los dos Centros Salesianos son las dos únicas presas que viven inmunes en el seno de la Ciudad comunista, atrayendo las iras adversas, avivadas por el despecho y la visión anticipada de la derrota.

Trescientos milicianos en formación correcta, equipados de relucientes tercerolas, avanzan en son de conquista hacia el edificio impenetrable del Sagrado Corazón, tomando militarmente todas las entradas e invadiendo los más, en forma de tumulto, todos los locales de la pacífica vivienda; el espectro de las armas escondidas se yergue nuevamente sobre la borregada hostil, clavando sus negros tentáculos en aquellas fantasma febricitantes de pavor y miedo.

¡Las armas, las armas escondidas!—gritan con voces veladas por la furia, acompañadas de blasfemias y denuestos, mientras se disponen a efectuar un nuevo registro.

Allí estaba la representación más genuina de la canalla hostil; la flor inmundada del arroyo con sus pétalos marchitos por la crápula; la carne del presidio aleccionada en la escuela de todos los crímenes; los degenerados de todas las horas y de todos los círculos sociales; hombrecillos petulantes que pretendían encarnar la representación del sano pueblo español, de ese pueblo noble y caballero que en idénticos momentos y en todas las latitudes del Solar Hispano, sometido al oprobio de los menos, invocaba la implantación inmediata de la paz prometida y la reivindicación de sus sagrados derechos ultrajados.

¡Las armas escondidas!—repetían decenas de bocas espumosas de rencor, insultando a los otros con la actitud provocadora del más fuerte ante el adversario indefenso, mientras la turba, hasta entonces contenida, irrumpía para saciar su sed inagotable de saqueo: Caen las puertas astilladas al golpe de las hachas y los cristales se quiebran simulando un quejido

de llanto irrefrenable, mientras los picos duros de las palanquetas iban oradando los pisos y deshaciendo la alineación simétrica de las losetas en busca de los antros tenebrosos del temido inmueble, que según opinión irreductible de los más tozudos guarda en su seno el terrible armamento.

En el patio, los niños de la Colonia Montillana, custodiados por un grupo armado, escuchan el estrépito de la turba invasora, mientras que el personal detenido en una de las dependencias de la entrada, aguarda el fatal desenlace de los hechos.

Prosigue la canalla su obra de saqueo, invadiendo el lugar Santo: Capilla riente del Colegio, terriblemente profanada, con sus imágenes por tierra y sus aras removidas, y su mantelería revuelta, recordando los días más lúgubres de la Liturgia Cristiana. Sólo la estatua apacible y clara de María Auxiliadora permanece incólume en su nicho azul moteado de estrellas, infundiendo en aquellas horas turbias de la vida roja, un aliento supremo de esperanza.

Entretanto el Rdo. Sr. Director D. Antonio Torrero Luque, encerrado por varios milicianos en una de las dependencias de la Casa era requerido por sus verdugos en tono amenazante para que descubriese el terrible secreto: ¡Las armas, el lugar del escondrijo de las armas!

Sonreía el Mártir en un supremo aliento de conmiseración y amor, reflejando en su rostro toda la serenidad augusta de su espíritu, sometido a una lenta y abrumadora agonía: Sus hijos, sus hijos eran presa de análogas torturas bajo la vigilancia de idénticos verdugos; e invocó contra éstos y en favor de los otros, su mejor patrimonio: ¡Disparad si queréis, pero tened en cuenta que asesináis a un inocente!

Caían desfallecidos los amenazantes brazos ante tanta entereza, y las pistolas deponían su actitud provocadora, apuntando confundidas hacia el suelo.

En otro lugar, el Rdo. P. D. Miguel Molina de la Torre, bajo la amenaza constante de las armas mortíferas era requerido con idénticas preguntas, mientras los victimarios simulaban repetidos actos de fusilamiento.

Y en los subterráneos del Colegio otra porción de la insaciable jauría abordaba mascullando amenazas al Rdo. Padre Enrique Canut, con la fútil demanda de las armas escondidas; la intervención del Sr. D. Manuel M. Martín libertó al semiciego y anciano sacerdote del cerco enemigo.

Mediaba la jornada: Dos personajes influyentes descendían del magnífico automóvil detenido a las puertas del Colegio; levantaban los otros los puños con aire de triunfo y camaradería, saludando el paso de los camaradas C..... y E.....; conmueven los intrusos con la fausta noticia de la visita, cesando en sus odiosas e inútiles pesquisas; y la servil milicianada dobla el espinazo ante los dos capitostes, tributándoles la más abyecta e incondicional pleitesía.

C..... era el intelectual comunistoide de barba puntiaguda, despechado de todos los partidos, exaltado a la dirección desenfrenada de las masas por la ignorancia de los más.

Era E..... un ambicioso insatisfecho, sin más merecimiento en la hora del reparto que el anticlericalismo acentuado de su alma atea, eterno codiciador del Colegio y sus enseres.

Los dirigentes tomaban posesión del Centro Salesiano en nombre de un Comité, despidiendo a las turbas y nombrando una Comisión de indeseables, encargados de hacer un nuevo y minucioso registro.

A las seis de la tarde, los extraños a la Casa Religiosa se retiraban, dejando en todos sus ámbitos una sensación brutal de atropello y unas horas de tregua a los espíritus de sus moradores.

Cerraba la noche: En la Capilla devastada, bajo la mirada impasible de María Auxiliadora y ante el desierto Tabernáculo, Salesianos y niños escuchaban las palabras santas de las últimas Buenas Noches: «Hoy hemos estado tocando con las puntas de los dedos las palmas del Martirio.»

Los primeros alientos del 24 de Julio, prostrera jornada de la vida del Colegio Salesiano del Sagrado Corazón iluminaron en la inmediata Plaza de Parcent unos centenares de milicianos decididos a consumir el atropello ideado por los jefes.

Ante las verjas del edificio, los cabecillas de la plebe armada intimaban el franqueo de las puertas y el inmediato desalojo del inmueble; los más avispados de los invasores, ganando la escalera principal, despertaban a los niños entregados al reposo, exigiendo una inmediata salida, mientras otros custodiaban al personal encerrado en algunas dependencias de la planta baja.

Poco después, los escolares acompañados de la fuerza armada, abandonaban su amada vivienda y a sus Padres tutelares entre incontentos sollozos, siendo conducidos como

temibles adversarios, a la Casa Ayuntamiento, para ser escrupulosamente cacheados.

Al camarada E.... le brillaban los ojos de emoción malsana al contemplar el desfile de aquellos diminutos adversarios; sentimiento inhumano hacía crisar sus puños ante el juguete inerme de las víctimas; pero aún quedaban los otros, los eternamente odiados, alojados todavía en el codiciado edificio, contra las máximas vigentes...

La acción demoledora de la cuadrilla del pavor seguía en su riego siniestro de escombros, levantando nubes de polvo y suciedad en todas las dependencias sometidas a la brutal requisita. ¡Ah si apareciese un solo vestigio del codiciado contrabando!... Los capitostes lanzarían los presos a las garras del populacho, sediento de sangre, para que consumase la justicia.

Mediaba la jornada fulgurante de sol, delineando con surcos abiertos en el paisaje, los tintes maravillosos de una vida exultante y en otro tiempo amable, filtrándose a raudales por todas las entradas y resquicios del Colegio, en pugna abierta con aquel ambiente desconocido y nuevo, plagado de zozobras y en el que los depósitos sagrados de la paz y la justicia se declaraban en ruína e inevitable quiebra; por fuera se cerraban los hogares como válvulas herméticas, ansiosos de guardar en las entrañas escondidas de la vivienda cristiana el caudal amargo de la pena, patrimonio de la hora presente.

En la plenitud estival del día nimbado de sol, se consumó la vergonzosa injusticia. En el centro del estrado del Salón de Visitas del Colegio, un nuevo camarada, el brigada T....., exaltado miembro del Cuerpo de Carabineros, celebraba un careo con las víctimas, dictando la sentencia inapelable: «¡Preparen las maletas y marchen donde quieran, el Colegio



*Rdo. Sr. D. Pablo Caballero López,
muerto por Dios y por España en la
Ciudad de Ronda*

no os pertenece!», y los labios del astroso uniformado se abrían dibujando una mueca irónica, mientras los armados centinelas cruzaban entre sí guiños de inteligencia.

Se hizo un silencio de angustia que agrandaba el desamparo de los reos, alterado por la voz del Director del Seminario Salesiano de Montilla: «¡Nosotros no podemos abandonar a los niños; los hemos recibido de sus padres con plena confianza y moriremos, si es preciso, junto a ellos, es nuestro deber!»

La abnegada protesta del pastor sacrificado, que piensa en el rebaño, es felizmente acogida, siendo segregados del resto de los presos el personal de la Colonia Montillana; unos y otros reuníanse después en postrero y acongojante ágape.

Los cuatro milicianos que montaban la guardia en el revuelto refectorio, insensibles ante el cuadro de dolor punzante, levantaban los puños vivando al Comunismo Libertario.

Circundando la mesa, reúnen los religiosos ligados por los lazos irrompibles; un silencio amargo, humedecido de lágrimas, se cierne como una losa gris sobre los comensales, mientras la sierpe traicionera de la congoja se enrosca en las gargantas condenándolas a un forzoso mutismo.

Breve fué la colación: El Rvdo. P. D. Antonio Torrero Luque, se levanta para formular una definitiva despedida; el dolor amordaza su lengua, que en supremo esfuerzo sólo puede modular contadas palabras: «¡Adiós, hijos míos, hasta el Cielol» Uno a uno se estrechan en apretado abrazo con el Pastor Amado, de los miembros de la Comunidad, prontos al definitivo sacrificio.

Rueda abundosa la emoción de las lágrimas, mientras que en el aire, como palomas asustadas, tiemblan palabras de supremo aliento: «¡Animo!, ¡Dios lo quiere!, ¡D. Bosco nos espera!...» Y la figura augusta y veneranda del Santo Fundador, pendiente de los muros del recinto, parece asociarse al dolor punzante de los hijos, susurrando en sus almas abatidas una silenciosa y sobrenatural promesa: ¡Pan, trabajo y Paraíso!

La brutal insistencia de los verdugos y su saña incontenible, interrumpe la patética escena y una voz imperiosa cercena los últimos abrazos: «¡Pronto, pronto, que es tarde!»

Desfilan los Mártires en su definitivo recorrido por las habitaciones desiertas del Colegio, con rumbo hacia lo desconocido. A la entrada, sentado en un diván y con el fusil terciado en las rodillas, el impassible E..... se dispone a contemplar el desfile oprobioso de sus víctimas. Sonríe

sarcásticamente el gerifalte ante aquel «film» de perfidia sangrante que impresiona sus pupilas, ofreciéndole la realidad acabada de sus sueños tenebrosos, mientras la milicianada saluda con aire de triunfo, cerrando el cortejo.

Atrás queda el Colegio, mudo entre las garras frías del Comunismo Libertario, contemplando el éxodo forzoso de sus legítimos poseedores, cuyos ojos humedecidos en el humor ardiente de las lágrimas, se vuelven para contemplar por última vez la silueta inolvidable de sus líneas rígidas.

Los RR. PP. D. Antonio Torrero y D. Florencio Sánchez, marchan zagueros en el desfile; maestro y discípulo, ambos revestidos con las responsabilidades directrices del cargo, se alientan mutuamente: «¡Tus niños, tus niños!», exclama don Antonio con angustia, mientras su hermano y discípulo asiente con tristeza. Y de nuevo el primero: «Si algo me ocurriese, nada comuniquen a mis padres, ¡son tan ancianitos!...» Y la voz se le quebraba en la garganta modulando un gemido, mientras ambos se unen por vez postrera en un último abrazo, rubricando el cumplimiento fiel de una última voluntad.

Cuatro milicianos interrumpen las efusiones de este postrer consuelo, mientras los labios del futuro mártir formulan la fatal y suprema despedida: «¡Hasta el Cielo! ¡Don Bosco nos aguarda! ¡Hasta el Cielo!» Un acento brutal cercena las palabras del valetudinario religioso; el funesto cortejo de hampones conduce la vacilante víctima a marchas forzadas a la casa del insigne amigo y Cooperador Salesiano y también futuro mártir, Sr. D. José Furest; entretanto, el Rvdo. Señor Don Florencio Sánchez, en consonancia con los acuerdos arrancados a los jefes, marcha a incorporarse al grupo de los niños de su amada Colonia Montillana, encerrándose así en un voluntario y temible cautiverio.

Los Centros Comunistas, antros de perfidia, quirófanos inmundos, donde el vaho del alcohol reemplaza el aliento de las drogas, siempre dispuestos a cercenar de un tajo los sentimientos grandes que ennoblecen la vida, vomitaban patrullas armadas y turbas vocingleras prontas al festín sarcástico que les brindaba la jornada.

«¡A la Farrugia! ¡A la Farrugia!», gritaban los unos con los ojos avivados por el fulgor del odio y las armas en alto, señalando el premeditado encierro para algunas de las víctimas.

Hacinábase la multitud impidiendo el paso de los detenidos, aguardando el desmán de uno solo contra aquellos seres indefensos, para iniciar y consumir un bárbaro linchamiento; los más tímidos saludaban el desfile lento de los milicianos y de los presos, levantando los puños en señal de reto.

Ante la actitud amenazante de los fusiles, la turba que acechaba al Rvdo. Sr. D. José M. Pérez y al Sr. D. Manuel M. Martín, se hacía atrás para dar paso a un automóvil enjaezado con gallardetes rojos, improvisada prisión celular en que estos dos detenidos, fueron llevados al Hotel denominado «La Farrugia».

Entretanto, los alumnos de la Colonia Montillana habían sido alojados en los Hoteles de la ciudad; en el Royal, el más nutrido grupo. Allí languidecían de tristeza, contemplando el paso lento de las horas muertas en perpetua añoranza por la ausencia del caro Director; y por gracia y voluntad divina la alegría se hizo nuevamente en los ojos infantiles y los rostros volvieron a brillar con emoción inusitada ante la vista del amado Padre.

Sí, no era ilusión fraguada por las ansias febricitantes del momento: Allí estaba el buen Pastor, enfundado en sus ropillas, con su rostro nimbado de serenidad y sufrimiento, apurando el nuevo cáliz que una Providencia Misteriosa acercaba a sus labios trémulos de dolor. Allí estaban para él los sudores de tantos años, la floración del jardín tan amorosamente cultivado ayer, languideciendo hoy junto a la flama enardecida y mordiente del momento corruptor, pronta a agostar los gérmenes de los más santos ideales; y la cabeza del Superior ardía en llamaradas de impotencia, mientras su pensamiento se tendía hacia las ovejas del rebujal ausente y los labios en contacto con Dios musitaban plegarias acatando sus designios: «¡Fiat voluntas tua!».

Sonreía el Padre ante la estupefacción alegre de los suyos, y éstos, ante su alegría inesperada, le palpaban las manos y haciéndole corona y mirándose los unos a los otros, se decían: ¡es él, es él!, y apretaban el cerco contando sus temores y esperanzas.

Y los extraños del Hotel clavaban sus ojos en el recién llegado, adivinando su sagrado carácter, mientras éste se encerraba en una de las dependencias de la nueva vivienda, para gustar a solas con Dios toda la emoción de la tragedia elaborada en el seno de los días sucesivos.

Avanzaba la tarde en un cielo de cobalto, alentando la vida de las horas propicias al crimen; en la vivienda de don José Furest alentaban momentos de angustia por la gravedad de los sucesos callejeros; junto al umbral, el Doctor Gutiérrez, en visita de ocasión, abrazaba a los dos Salesianos hospedados; el Rvdo. Sr. D. Antonio Torrero, presintiendo la tormenta próxima a estallar y al abrazar por vez postrera al incondicional amigo, exclama a sus oídos: «¡Apriete doctor, está abrazando a un mártir!»

Después se hizo un clamor en la calleja cercana y un griterío agrandado por la proximidad de las paredes; la comitiva armada golpeaba las puertas de la casa hospitalaria y una voz cavernosa requería desde el dintel abierto: «¡Los curas, que vengan con nosotros!», y los dos requeridos se entregaron mansamente, como quienes esperasen el momento de una cita convenida.

Avanzaba el macabro cortejo enfilando los caminos que conducen al Barrio de San Francisco; los dos sentenciados seguían en un andar forzoso, acuciados por los cañones fusileros de los verdugos, las sendas del suplicio; y las pupilas casi ciegas del Rvdo. Sr. D. Enrique Canut, se abrían en un ansia suprema y futil intento de disolver las tinieblas prematuras de la tarde avizorando el peligro. El Rvdo. Sr. D. Antonio Torrero, vacilaba en la brutal agonía de la marcha jadeante, anhelando el arribo, y ambos, a semejanza del Maestro, caen en la vía dolorosa de sus cruentos martirios, encontrando más adelante la silueta muda del Colegio que evoca recuerdos que hacen sangrar a los espíritus en aquella hora de desamparo.

Se diluía el paisaje bajo la caricia aún luminosa de la tarde en agonía; en los rostros sudorosos de los mártires embadurnados por el polvo del camino, se entreabrían los ojos enristrecidos y las pupilas vidriadas por el dolor; acariciaban aquel paisaje tan querido, y al contemplarlo pretendían aprisionarlo en un ansia suprema de vida.

Uno de los verdugos, el más osado, arrancó de la linde cercana un trozo de alambre erizado de púas con que ceñir los pulsos de los reos; y las manos de éstos se juntaron en ademán de plegaría como en el Santo Sacrificio, para no separarse en vida nunca más.

Sobre una de las eras cercanas, enorme pupila dilatada por el pavor, esperaban los dos Sacerdotes la consumación horrenda del delito.

Se agitaban las primeras sombras de la noche en fatal contubernio con los promotores del crimen; los mártires de pie, frente a las armas de sus verdugos, aguardaban orando la llamada suprema.

Escupen las armas todo su odio transformado en metralla



Ronda es la Ciudad de las lejanías coronadas de luz, que invitan al descanso...

y los dos cuerpos se doblan como flores agostadas por el abrazo helado de la muerte, humedeciendo la tierra con la púrpura roja de la sangre caliente, conservando juntas las manos en la prisión de la bárbara atadura, simulando un fecundo y generoso holocausto.

El pedazo de tierra, testigo de las pingües cosechas campesinas se extendía bajo el manto oscuro de la

noche dormida como una bandeja ingente que ofreciese al Dios invisible, los dos primeros mártires, frutos sazonados de las tierras rondeñas.

A los primeros resplandores de la luna naciente, se tendían por el campo solitario las figuras alargadas de los verdugos en huida.

Amanecía la jornada del Santo Patrón de los dominios españoles: en la tierra árida y reseca yacían las vidas truncadas por el odio, ofreciendo un festín inesperado a las fauces descarnadas de la muerte y su cortejo.

El rictus macabro iba deformando las facciones yertas, satinadas de un color amarillento; sobre los disfraces adheridos a la carne destrozada, florecían rosas cárdenas ennegrecidas por el coágulo de la sangre aprisionada en la malla caprichosa de las estrías; hasta el sol radiante del amanecer parecía palidecer de tristeza ante los cuerpos inertes, añorando las cortinas brumosas de las nubes encubridoras de la alegría extemporánea de sus rayos.

Con los primeros alientos de la nueva jornada, cundía la noticia por la Ciudad, sembrando el espanto en las conciencias honradas; un acento velado de tristeza emanaba de todos los pechos sentidamente humanos, condenando la vileza del crimen y la villanía de sus oprobiosos promotores.

El sol, como una antorcha funeraria, iluminaba el último sueño de los caídos; éstos reclinados suavemente sobre el regazo duro de la tierra caliente, recibían como postrer insulto el desfile procaz de la turba, babeante de odio y satisfechas amenazas aún en los mismos linderos sombríos y vedados de la muerte.

¡Protomártires rondeños!: Fué la vuestra, vida de oración y sacrificio; por eso os fuísteis de ella con las manos juntas; vuestra muerte, fué en forma de plegaria y aún después del sagrado tránsito, vuestros cuerpos truncados por los tajos cortantes de la hoz y por los golpes certeros del martillo, conservaron prodigiosamente ademán de súplica; y en las horas del postrer insulto, cuando el desfile de la chusma intentaba alterar vuestro reposo, sentísteis la gran congoja de vuestras manos atadas y la falta de aliento para poder trazar sobre los aires calientes la Cruz redentora, símbolo y promesa de todos los perdones.

Bajo la luz cenital de la jornada, el Dr. Gutiérrez pudo apreciar sobre los cuerpos abandonados de los Mártires, los zarpazos de las tercerolas que habían deshecho el gran corazón del Rdo. P. D. Antonio Torrero Luque, y la yugular del Rdo. P. D. Enrique Canut. Así pudo enmudecer la voz que tantas veces alentó en el Santo Sacramento de la Penitencia absolviendo a los fieles.

Las lágrimas de la amistad humedeciendo la plegaria cristiana del Sr. Gutiérrez, fueron los primeros tributos que la verdadera justicia rindió a los miembros benditos de los dos primeros Mártires de la Revolución Rondeña, que nimbados de una gloria sin fin, descansan en el regazo humilde de la tierra generosamente regada con la propia sangre, convirtiendo el Camposanto de San Lorenzo en relicario agosto.

NUEVOS MARTIRIOS

También la revolución tumultuosa se enrojeció de púrpura caliente y húmeda ensañándose en la vida tranquila de las Escuelas Salesianas de Santa Teresa.

Los albores del 18 de Julio en dicha Fundación fuéronse caldeando al compás nervioso de las horas con el ansia suprema de una esperanza de victoria inmediata.

Parecía a los tranquilos moradores del Religioso Hogar, el presente, un episodio más en la serie de revueltas vividas al compás de la República Española.

Continuaba en aquel día la labor emprendida en los comienzos del Curso Escolar, y el Personal Docente se disponía a rematar tan ardua empresa en fecha sucesiva, preparando el acto tradicional en que habían de ser premiados los alumnos más distinguidos por su conducta y por su aplicación a los estudios. Engalanábase aquel Hogar del niño con la polí cromía risueña de los gallardetes y las curvas graciosas de las guirnaldas ceñían en abrazo florido el recinto del recreo, para dar un adiós de despedida a los pequeños compañeros de todas las horas; agitábanse los Maestros en un ir y venir incansable, repasando Diplomas y cintas de seda; recontando medallas que en el reposo tranquilo de las cajas aguardaban la hora de lucir su cuño sobre el pecho emocionado de los vencedores.

Por la noche, bajo el manto oscuro de las sombras, el Colegio en pleno, con su aspecto riente, parecía diluirse en la foscura de las horas, aguardando la llegada de la fiesta inmediata.

En la Capilla suspendíase la Vigilia Nocturna incoada por los Socios de la Adoración Nocturna, ante los insistentes clamores de la clase proletaria en abierta rebeldía contra la autoridad constituida.

Amaneció la fecha en otro tiempo suspirada: En la fantasía de los niños, la imagen del Colegio se agrandaba envuelta en la luz viva y atrayente con que el espíritu matiza, sin saberlo, las jornadas festivas.

¡Cuántas ilusiones besaban las frentes de aquellos alumnos próximos a ser recompensados, ungiendo de amor y deseo la hora cercana del Reparto de Premios!...

La cuchilla tajante de la Revolución en marcha cortaba los hilos sutiles que en delicada malla urdían el tapiz de los ensueños infantiles.

Era el último Domingo de la Ronda Católica acorralada por los zarpazos de la fiera en acecho: Los primeros vahos del ateísmo frío, empezaban a toldar de nubarrones pesimistas el cielo claro y puro de otros días, amenazando con su carga de fuego, la tranquila existencia de los templos semidesiertos, enrosándose como trágicas mordazas, en los cuellos dorados de las torres, velando la voz de las campanas.

En las Escuelas Salesianas de Santa Teresa, los patios ceñidos de colores festivos, parecían agrandarse en una soledad angustiosa, aguardando con un ansia de esperanza marchita la



*Muy Rdo. Sr. D. Florencio Sánchez,
Director del Seminario Salesiano de
Montilla y actual Inspector de la
Provincia Bética*

llegada de los niños... En la Capilla se hacía un clamor pequeño y somnoliento de oraciones, acompañando en alarmante minoría las preces del Santo Sacrificio.

Mediaba el día. La vida del Colegio quedó definitivamente truncada por el ambiente rojo y los Salesianos se sintieron amenazados por los rumores de las turbas.

Por la noche los ojos atónitos de los Religiosos contemplaron con ansiedad creciente los resplandores de las piras sacrílegas alimentadas por los templos en llamas, resaltando en el seno dormido de la noche taladrada de astros.

En día sucesivo, para los sacerdotes se ofrece la obligada renuncia a los hábitos talaes y para todos el desenfreno de las masas allanando el edificio.

Ante el cinismo de los dueños de la calle, el Rdo. Padre D. Pablo Caballero y el Sr. Rodrigo Rubio conciben la idea de avivar el recuerdo de las desmemoriadas turbas, coronando la entrada del Colegio con un cartel en grandes caracteres

concebido y redactado en los siguientes términos: «Respetad este edificio que es la casa de nuestros hijos.»

Y los providencialmente aludidos desfilaban ante el descomunal letrado, levantando sus puños apretados que quizás se aflojaban amainando en la ira ante el recuerdo de un ayer endulzado de rezos y enseñanzas benditas.

Aislados en un mundo de sangre y de tumultos, los moradores de las Escuelas Salesianas de Santa Teresa aguardaban impacientes el desenlace de aquella vida plagada de congojas, entregados en los brazos de Dios, confiados en su amorosa Providencia, que al fin los alienta con la visita ya aludida de algunos hermanos del Castillo.

Entretanto los súbditos exaltados del Comunismo victorioso, han ungido sus manos fraticidas con sangre caliente, avivando la llama de los malos deseos.

Al contacto del crimen, las mentes obcecadas por los impulsos del instinto, iban fraguando nuevos planes luctuosos con que aumentar las torturas de la Ciudad prisionera de las hordas. Bajo la mordedura destructora de la tea y el trallazo de muerte de las armas, la vida de Ronda debatíase en espasmos de agonía, envuelta en las cenizas humeantes de sus templos, amasadas con la sangre de sus primeros Mártires.

En la fachada de las Escuelas de Santa Teresa, el letrado seguía lanzando un reto valiente y mudo de arenga, como un titán amparador de vidas inocentes; pero llegó un día en que los trazos silentes se borraron ante los ojos nublados por el odio y ante la conminación pacífica, no sostenida por el argumento de las armas, las fuerzas de los sicarios del momento invadieron el local, profanando los ámbitos ungidos por la inocencia y candor de sus propios hijos.

La Comunidad previamente encerrada en el Salón de Visitas, bajo la vigilancia férrea de un pistolero, escuchaba el rumor de la turba en su acción demoledora; manejaban los otros las llaves, torpemente, sin conseguir la ansiada apertura de los locales cerrados y en ayuda ofreciósele al punto uno de los nuestros, el Clérigo Sr. D. Luis Hernández: —«Si me permite acompañaré a su camarada para abrirle las puertas» —argüía nuestro Hermano— y el miserable que guardaba la entrada del improvisado encierro, apuntando con su negra pistola, conminando al oferente:—«¡Cállate, si no quieres morir!»

Se hizo un silencio enorme en el Salón, agrandado por las voces de los allanadores.

Sobre el pavimento del Salón de Visitas, y envuelto en unas mantas, el Rvdo. P. D. Tomás Gutiérrez soportaba la desazón de sus antiguas dolencias aumentadas por las inquietudes del momento.

Y el pistolero requería sobre el enfermo, respondiendo con premeditada saña a las afirmaciones de los nuestros:

—¡Pronto se pondrá bueno!— Y sus ojos señalaban el cañón de su pistola que como un índice negro seguía apuntando a sus encarcelados, ignorantes de la muerte de los otros Hermanos.

Venía de adentro un clamor de bandidaje y el ruido de los muebles y enseres que cedían a la acción demoledora de la turba: Ruidos metálicos y de cristal de los objetos del Culto, precipitados desde la paz de la hornacina a la desnudez del pavimento frío.

La plebe, al fin, irritada por la inocencia comprobada de sus víctimas, irrumpe en el local del encierro, conminando la salida.

Dispónense los nuestros al forzoso éxodo, bajo la implacable vigilancia de sus desalmados opresores que van escudriñando el menguado equipaje con avidez morbosa.

Hay un paréntesis en el lento suplicio. Momentos dulces enriquecidos de consuelos en que los distintos miembros de la Comunidad, obligados al abandono del querido Edificio, se sienten más unidos con vínculos de caridad y amor, más fuertes los unos en el aliento de los otros, bajo la promesa certera de una suprema esperanza.

Se abrazaban los Mártires, vislumbrando la aurora de un nuevo y eterno amanecer.

El Rvdo. P. D. Tomás Gutiérrez fué consignado por su estado precario de salud, al Hospital Municipal; el Sr. Rodrigo Rubio, alegando tener familia en el Barrio de San Francisco, fué puesto en libertad de incorporarse al seno de los suyos; los cinco Religiosos restantes; RR. PP. D. Antonio Mohedano, D. Juan Canavesio Albera, D. Pablo Caballero, el Subdiácono D. Honorio Hernández y el Clérigo D. Luis Hernández, fueron obligados a ingresar en el Hotel Progreso, quedando de este modo bajo las torvas y amenazantes miradas de un grupo de sicarios.

6

se hacía en la paz tranquila de los sepulcros con un sonido apocalíptico de trompeta final.

En el silencio augusto de la hora, descendieron los nuestros del vehículo, unidos por la bárbara atadura que había de hermanarlos en los momentos amargos del supremo tránsito.

Junto a las tapias, que cual tendido sudario protegen el sueño de los mortales, proyectábanse las sombras oscuras de las víctimas; éstas esperaban con el espíritu tenso por el fervor de la última plegaria, el beso frío e implacable de la muerte.

Sonaron algunos disparos, perforando el silencio profundo de la noche quieta y los cuerpos gloriosos de los héroes se doblaron como talos agostados por la furia del vendaval, regando con su sangre bermeja y caliente la indiferencia somnolienta de la tierra; sobre el pedazo blanco del muro trasero las dentelladas mordientes de las balas habían dejado como testimonio indeleble del crimen unas estrellas de puntas deformes impregnadas en el vaho caliente de la vida de los Mártires.

Poco después los promotores del horrendo delito volvían a emprender las sendas del regreso, despertando idénticos gáñidos, oteando la silueta de la Ciudad lejana, dormida de pavor.

Sobre el sueño postrero de los caídos se elevaba como una lámpara votiva suspendida en la bóveda inmensa del espacio

PERSONAL DEL COLEGIO SALESIANO DE SANTA TERESA. — De izquierda a derecha: Sr. D. Jesús Hernández, Rdo. P. Juan Canavesio Albera, salvado de la muerte por el Cónsul de Italia en Málaga; Rdo. Padre Antonio Mohedano, Director del Colegio; Rdo. P. Pablo Caballero; Sr. D. Rodrigo Rubio, superviviente de la tragedia y testigo del asesinato de sus hermanos



Pasan los días lentos, saturados de congojas, bajo la vigilancia de la guardia que escolta el Hotel, aguardando el momento tenebroso del crimen. Rezan los Mártires confortados con el ejemplo de los primeros caídos, paladeando en sus almas demolidas por la pena, toda la amargura de la fatal noticia: Allí está con ellos el Rvdo. P. D. Miguel Molina, que les informa con el corazón sangrante y la voz entrecortada por los sollozos de la muerte bárbara de los primeros fusilados.

En la noche lenta y larga del 28 de Julio, bajo el cielo espolvoreado de estrellas, duerme la Ciudad sintiendo en las arterias vacías de sus calles el zumbido lúgubre y entrecortado del macabro vehículo conductor de víctimas al horroroso sacrificio.

Es el «Drácula» que perfora el silencio nocturno poniendo en todos los pechos una celeridad de ritmo precursora de agonía, mientras las pupilas incandescentes del monstruo van trazando en la oscuridad dos conos luminosos, en la búsqueda de las amilanadas víctimas, deteniéndose al fin a las puertas del Hotel Progreso.

Saluda la pareja miliciana que vigila la entrada, levantando los puños, y sonríen los unos y los otros ante la perspectiva de sangre que ofrece la velada; los recién llegados escalan los pisos superiores, dejando en cada tramo un estrépito de armas y un rumor de tumulto. La irrupción frenética de los verdugos interrumpe a los Mártires, paralizando en sus labios trémulos, el acento común de la plegaria. Se abrazan los nuestros sollozando ante la intimación de la canalla armada, alentándose al supremo sacrificio: «¡Nuestros Hermanos nos esperan! ¡Por Dios y por España!» Y los RR. PP. D. Miguel Molina y D. Pablo Caballero, y los Sres. D. Honorio Hernández y D. Luis Hernández, vilmente maniatados, son conducidos como vulgares asesinos, al trágico vehículo que ahoga en sus antros oscuros las últimas esperanzas de las víctimas.

Relucían los bardales blancos de cal del triste Camposanto bajo los reflejos claros de la luna creciente; avanzaba el fúnebre automóvil levantando un clamor de ladridos en las puertas anchas de las heredades dormidas, mientras toda la fauna estival cesaba en su música de élitros y ruidos nimbando de silencio los senderos improvisados de la muerte; junto a las puertas del Cementerio se agrandaba la noche infundiendo un pavor desconocido ante el silencio remoto de ultra-

iluminado, el astro de la noche, mientras que el Drácula siniestro, seguía en su búsqueda de vidas que segar al filo de las armas sedientas de crímenes.

En la paz augusta de los campos, las praderas otrora cubiertas de flores y arrayanes se tendían como un inmenso altar, ungido por el dedo invisible de Dios con la sangre generosa de los Mártires.

Allí estaban los Caídos: Herencia de la Revolución del odio, horrendo amasijo de músculos deshilachados y negros coágulos de sangre a la vista de los hombres; a las luces misteriosas de la fe se metamorfoseaban en escuadras de atletas invictos, que revestidos de la inmortalidad se agitaban bajo el triste guiñapo de la naturaleza humana, empuñando las palmas del triunfo.

¡Hermanos! Vuestro recuerdo se hace en nosotros: Parpadean las estrellas sobre vuestro sueño místico y mortal en un guiño inmenso de inteligencia, celebrando un nuevo gozo escondido y celeste, mientras que al conjuro de vuestra sangre fecunda se extendía por el Patrio Solar la floración consoladora de las conquistas y en el Campo de nuestra Mies Salesiana y ubérrima, nuevas escuadrillas de segadores se alistaban en las horas duras de la brieda, alentados por el ejemplo austero y la enseñanza dura y clara de vuestro deber cumplido, sellado sobre la tierra áspera y desierta con las rúbricas sangrientas de vuestras vidas segadas en sazón. ¡Paz!

AUMENTAN LOS MÁRTIRES

Las pupilas sanguinolentas de los otros se sintieron burladas en el rastreo sañudo de las presas: Una, la más codiciada, se había deslizado por las asperezas desordenadas de la Revolución callejera, despistando el cobarde acecho del enemigo avizor.

El Rvdo. P. D. Antonio Mohedano, burlando la vigilancia de sus encarnizados enemigos, esquivo la prisión disimulada del Hotel Progreso, ocultándose en una vivienda cercana al Colegio; su larga permanencia en Ronda, única Ciudad donde ha ejercido el Apostolado fecundo de su celo durante

una doble década, le hacen de todos conocido; nuevamente delatado se siente obligado a abandonar su humilde escondite reincorporándose a la vida inquietante del Progreso; su presencia compromete a los Hermanos alojados en el Hotel y afrontando nuevamente los peligros de la calle, el buen Padre se lanza voluntario a la búsqueda de un nuevo refugio; recorre el atribulado sacerdote las puertas de los hogares más queridos mendigando un poco de calor y de cristiano amparo contra el frío ciego de la persecución insaciable, y ante sus ojos vidriados de lágrimas, se cierran, negando pavorosas el requerido auxilio.

Al fin una mujer fuerte, corazón de madre y aliento de cristiana, la señora Cabrera, ofrece el refugio de su hogar al perseguido; exquisiteces más que maternales alentaron los últimos días de vida de nuestro D. Antonio.

Alboreaba una mañana luminosa de Agosto; en la parte superior de la improvisada vivienda, el humilde sacerdote pasaba las horas lentas de su encierro, fortaleciendo su alma atribulada con el pan místico de la oración; sobre su espíritu llagado por la pena se hacía el dolor de ausencia de los Hermanos de ayer; la soledad terrible e incierta del momento era un cruento y terrible martirio para el atribulado Religioso que parecía sentir el pago de la turba ingrata.

Era la fecha segunda del mes de Agosto: Unos cuantos hampones armados, profanaban con sus voces los umbrales tranquilos de la vivienda Cabrera; el sacerdote adivinó los deseos de los verdugos y por no comprometer a sus encubridores ofrecióse a ellos generosamente; era la turba que osaba prenderle, conocedora de la personalidad del detenido.

Los ojos tranquilos del maestro se posaron sobre la faz alterada de los victimarios y sus labios se movieron para dar testimonio de algunos de los allí presentes: «¡Yo te he dado clase a tí!»—decía el sacerdote—y la mirada del aludido rehuía el fulgor de los ojos de la víctima, formulando la acusación ingrata: —«¡Eso ya pasó!»— Y el jovenzuelo, sumado al cortejo, ponía las manos sobre su antiguo bienhechor, trezando sobre los puños cruzados del Mártir, las ataduras cortantes y enmohecidas de los alambres.

Complaciáanse ellos en su bárbara acción, pregustando los tormentos de la nueva víctima, mientras ésta con los ojos entornados por la acción del dolor, evocaba en su defensa un pasado cercano: «¡Ah si estuviesen aquí mis colegas!»—



¡D. Antonio Torrero! Floración de paternal amor entre el candor de sus flores predilectas

exclamaba el sacerdote — y los otros se sonreían, mofándose, y un nuevo traidor amargaba la prisión del maestro, declarando con cinismo: «¡Yo fuí uno de ellos!» Las escenas de Gethsemaní se hacían en la mente atormentada del escarnecido religioso, mientras sus labios enmudecidos

de dolor se entreabrían a semejanza de los del Mártir del Calvario en un esfuerzo supremo para formular la santa y heroica plegaria: «¡Perdónalos que no saben lo que hacen!» Después se oyó un clamor de odios como en la noche del Huerto; acuciada por la impaciencia criminal de los verdugos, la maniatada víctima recorría las sendas del suplicio, y ante sus ojos agrandados por el terror de la muerte inminente, deslizábase aquel paisaje tan querido, fecundado por una labor continua de enseñanza y amor que al fin era recompensada con la gracia suprema del martirio.

En el lugar santificado y ungido con la sangre de los otros Hermanos, ante las tapias horadadas del solitario Camposanto, los verdugos, sin formación de causa, consumaron el bárbaro atropello, suprimiendo con la descarga mortífera de sus fusiles, la vida fecunda y joven del Rvdo. Sr. D. Antonio Mohedano.

Dóblase el cuerpo ante el plomo brutal, enrojeciéndose con el vaho caliente de la sangre, la amarillez caldeada de la tierra, epilogando al mismo tiempo el número de Mártires que la Ronda Salesiana había de ofrecer a la veneración postrera.

En la conciencia de los discípulos traidores resonaba un eco de trágica congoja ante los fríos despojos del maestro asesinado; y las manos que otrora empuñaran las armas homicidas, se crispaban en ademán de dolor y de remordimiento; y las voces que antes acusaran, condenaban luego el crimen perpetrado: «¡Criminales — decían —, hemos matado a D. Antonio!» Y los arrepentidos, abandonando el lugar del

delito, como sombras taimadas, perseguidas de cerca por la luz cegadora de la inocencia de su víctima, persistían en sus voces, mientras el cadaver dormía un sueño de alborozo, escuchando los cánticos sublimes de triunfo de aquella inmortalidad prometida a los que lavaron la estola blanca de la inocencia en la sangre generosa del Cordero.

LA MANO DE LA PROVIDENCIA

Entretanto los dos religiosos encerrados en la Farrugía, el Rvdo. Sr. D. Manuel Pérez y el Sr. D. Manuel M. Martín, vivían momentos de congojas acentuadas por las noticias sangrientas que desde las tapias del Cementerio y desde las eras de los Mártires llegaban al macabro retiro.

En las noches interminables agrandadas por el gran desamparo en que se vierón estos dos supervivientes de la tragedia rondeña, el motor del Drácula alentaba la vida del siniestro vehículo, arrancando vidas a la paz del hogar.

En la Ciudad otrora levítica fueron sucumbiendo bajo el golpe del sectarismo ateo, muchas personas afectas a las sanas creencias, arrancadas de sus escondites por las pupilas indagadoras del enemigo.

La dueña de la Farrugía lo sabía y temiendo por las vidas de los acogidos, les insinúa como único medio de salvación suprema, la huída a la vecina capital malacitana; se resisten los nuestros ante la imposibilidad y riesgo del viaje, ofreciéndose a Dios como víctimas de un nuevo y desconocido martirio; temen al mismo tiempo los dueños de la fonda por sus vidas y conminan de nuevo a los dos religiosos para que abandonen el local, poniéndose a salvo. Horas de angustia en que los dos perseguidos gustan las amarguras de un desamparo total ante la brutal revancha de los sin Dios; los corazones magnánimos de los dueños de la Farrugía cedieron ante el infortunio de los alojados, y con un doble rasgo de caridad y abnegación, aceptaron la convivencia con las víctimas y todas sus posibles consecuencias; sólo una condición aconsejada por la más elemental prudencia, confirma el aceptado trance: la destrucción inmediata de cuantos libros, imágenes y objetos puedan delatar la personalidad de los dos socorridos.

En la semioscuridad del cuarto: a la luz indecisa que se filtra por las rendijas de los ventanales cerrados, las manos trémulas de los dos religiosos, hurgan en las maletas sacando de su tranquilo reposo los recuerdos queridos de una vida eminentemente pía: Imágenes benditas esfumadas por el roce constante de los labios, libros litúrgicos de rezos que trascienden a perfume de incienso y a bálsamo de consagración sacerdotal; crónicas del alma perfumadas con las esencias de las flores de la infancia religiosa; todo va cediendo al impulso del momento hecho añicos.

Desde aquel día se acentúan para nuestros Hermanos las amarguras lentas de una vida de calvario vivida al borde de la tumba, con las antenas de la imaginación agrandadas por el pánico de todos los ruidos que a cada instante parecen prologar la llegada de los asesinos.

Los azares de la nueva existencia obliga a los dos religiosos a adoptar posturas insufribles en la vida normal, haciendo un sobrehumano esfuerzo para destruir sospechas. El más joven, a fuer de improvisado enfermo, pasa las jornadas de Agosto postrado en el lecho, en el ambiente sofocante de la habitación, cerrada a las miradas callejeras, y el otro simulando estudios concienzudos contará las horas lentas del día, enclavado en la mesa improvisada, atendiendo a una fingida labor intelectual, en espera del cumplimiento de los designios providentes de Dios.

Como un peligro más para ambos, los aparatos bombardeos de Franco, hienden los aires rojos de la Ciudad, castigando la tozudez de los marxistas con terribles y frecuentes bombardeos. El ánimo enemigo se exaspera ante el avance incontenible del adversario, y los ojos anhelantes de revancha, escudriñan todos los rincones de la Ciudad opresa, para engrosar el número de las víctimas inmoladas a la impotencia y al despecho.

En la Farrugia, dirigentes marxistas vivían a sus anchas controlando la vida del Hotel; un día a los dos Salesianos se les aconseja permanecer sentados en el estrecho reducto de la habitación, para que el ruido de los pasos no pueda levantar sospechas; por otra parte las reservas de dinero se han concluído, haciendo imposible la vida de los dos religiosos; planean éstos nuevas soluciones que aclaren el horizonte cercano de un vivir erizado de obstáculos: Es la víspera del 24 de Agosto, día especialmente consagrado a engrandecer el

culto y devoción a María Auxiliadora; la suavidad de los recuerdos en que se ofrece envuelta la jornada próxima, obrando el primer milagro, alienta las almas abatidas de los nuestros, y un pensamiento audaz pulsa en sus espíritus con llamadas de optimismo: Es el alcalde de la Ciudad, hijo, como ellos, de la noble y religiosa provincia salmantina; tal vez los alientos dormidos de ancestral cristianismo avivaron los primeros años del primate rojo dejando un sedimento de caridad compasiva y humana; y en sus divagaciones, los dos religiosos determinan ofrecerse al amparo del conocido marxista: las primeras plegarias murmuradas a la imagen cincelada en el alma, alienan la empresa.

Cruzan los nuestros las calles del tránsito que ofrecen las señales de las bombas; muchas veces los puños se elevan cerrados saludando a las patrullas comunistas; avanzan los dos religiosos con la inmunidad del brazalete rojo, ceñido a la blusa obrera; calzan esparteñas aviejas por el uso; en desorden el cabello descuidado, esquivando la vista delatora de algún sér ruín, pronto a la acusación...

En uno de los despachos del Municipio, recibe el Alcalde a los recién llegados; ellos mismos se presentan después de los saludos de rigor.

La figura enérgica y nerviosa del jefe causante de los crímenes del pueblo, se revuelve en la poltrona, clavando los dardos afilados de sus ojos en las figuras anónimas de los dos demandantes: «Somos dos estudiantes salmantinos—exclaman—; la pobreza de nuestra tierra nos hizo emigrar en busca de un poco de fortuna; dábamos clase en el Castillo...» Las pupilas del gerifalte se humedecen al recuerdo del rincón amado de la patria chica; tal vez idénticas razones le impulsaron a abandonar su hogar para vivir en tierras que agostaron el sacro



Días risueños de la paz, bajo el cielo querido de Ronda Salesiana

patrimonio de la fe... Pronto el interpelado se rehizo de su primer sentimiento de emoción: «Entonces, ¿son ustedes curas?» Y el que en verdad lo era se apresuró a confesar su sagrado carácter: «¡Yo lo soy! Mi compañero es estudiante solamente...» En la mente del jefe rojo pugnaban los más encontrados sentimientos y su voz se amansaba pretendiendo ahogar los gritos de su conciencia ennegrecida de crímenes. «La muerte de los otros pesa sobre mí—barbotó—, harto hago con encubriros...» Y ellos le porfiaban confiados: «¡Garantizad nuestras vidas con una firma vuestra...!»

Se hizo un silencio enojoso; la actitud valiente de los dos compatriotas halagaba al jefecillo que al fin otorgó la venia para que pudiesen invocar su nombre en caso de peligro.

Días después, ante la Farrugía, se hacinaba un cortejo de milicianos armados, requiriendo la entrega de los dos curas alojados en la Fonda; efectuóse el prendimiento entre la mofa y el lúdibrio de los escopeteros, y tras minucioso registro los detenidos fueron a engrosar el número de los sentenciados a muerte; el más joven invocó el nombre del alcalde inutilmente, compareciendo ambos, poco después, ante un Tribunal de Defensa que decretaba el temido encierro.

Pasa lenta la noche con el insomnio prendido en los ojos de las supuestas víctimas; rezuman humedad el piso y las paredes del lóbrego aposento, haciendo insoportables las horas precursoras del descanso.

El recuerdo querido de los Mártires conforta a los dos Religiosos, y sus almas caldeadas en la fragua santa de la oración, se ofrecen generosamente a Dios en fecundo y magnánimo holocausto.

Amanece lentamente. Un chirriar alarmante de cerrojos preludia la jornada del encierro; el Inspector de Policía y el alcalde se ofrecen a la vista de las resignadas víctimas, dictando las órdenes de la más amplia amnistía: «¡Están ustedes en libertad!»

La mano Divina, sirviéndose de instrumentos adversos, cumplía sus secretos designios. Minutos después un grupo de escopeteros requería inutilmente la entrega de los dos encarcelados para cumplir en ellos la sentencia de muerte.

Días más tarde el celestial Patrocinio se ofrecía nuevamente amparando las vidas de los recién arrebatados a la muerte y los mismos enemigos suministraban alimento a los dos Religiosos nuevamente reintegrados a la vida de la Farrugía.

Nuevos alientos vinieron a consolar el desamparo de nuestros héroes: Eran los primeros días de Septiembre; las tropas de Franco continúan apretando el cerco que ahoga a la otrora lozana Ciudad; los dardos certeros del general invicto van rescatando los pueblos comarcanos, ensanchando al mismo tiempo el área de la España redimida; a estas noticias propagadas por la voz anónima y verídica del pueblo, se añade la gran alegría que el 10 de Septiembre prueban nuestros Hermanos con la visita del Sr. D. Serafín García. Ruedan abundosas las lágrimas evocando el recuerdo querido de los que sucumbieron; la voz emocionada del visitante va enumerando uno a uno a los caídos en la Gran Cruzada por Dios y por España y su acento se aviva al relatar el salvamento de los Reverendos Padres Marcos Tognetti y D. Juan Canavesio Albera, por obra del Cónsul de Italia residente en Málaga; saben también de la vida azarosa de los Superiores y niños de la Colonia Montillana, amparados prodigiosamente por los diversos Comités que atienden en forma precaria la vida de la Ciudad.

Al fin se interrumpe el emocionante diálogo, bajo la promesa mútua de un recuerdo común en la plegaría que acorte las jornadas acerbadas de la lucha y haga brillar la aurora ansiada de una completa victoria.

El recuerdo de los Aspirantes Salesianos, salvados a costa del propio sacrificio, consuela a los dos refugiados en la Farrugia: Saben que el Rvdo. P. Florencio Sánchez ha completado la obra buscando albergue para cuarenta de sus subordinados; que un grupo, el de los mayores, permanece en el Hotel Royal; diez y ocho son atendidos en el Hotel Polo por el Reverendo Padre David Morán y por el Sr. D. Juan Cereceda, y los demás se hospedan con el visitante en el Hotel Castillo; son informados de las exquisiteces más que maternas que aminoran la anomalía de la vida; en el Royal la Sra. Julia se multiplica prodigando con solicitud de madre los más tiernos cuidados a los nuevos hijos que la Providencia le depara; y pasan los días plagados de zozobras, bajo las amenazas constantes de los conspiradores que atentan noche y día contra la seguridad de los religiosos disfrazados.

Varias veces los representantes del Comité de Abastos refrenan la varonil audacia del Sr. D. Serafín García, enfrentado con el enemigo en demanda de prendas de vestir y comestibles para los niños de la Colonia. Conocen detalles del martirio de los Hermanos y les consuela el saber que en los



*Y en la hora triste del prendimiento,
la voz emocionada del Reverendo
D. Antonio Mchedano*

días azarosos de los crímenes, los ángeles de la Colonia en el apartamento escondido de los Hoteles han plegado sus rodillas demandando al Cielo el don de fortaleza para los que murieron y viven arrojando el más duro trance de la prueba.

Hay un personaje en la vida de la tragedia Salesiana Rondeña que cual escondida violeta exhala sus perfumes de raras virtudes, embalsamando las horas hediondas de la persecución; su nombre Don Aniano Ortega; sus títulos: humilde Coadjutor de la Obra de San Juan Bosco. Religioso modelo, soporta desde largo tiempo sobre su juventud ansiosa de vida el duro peso de una traidora enfermedad; en el rostro pálido del buen Don Aniano el in-

fortunio de la cruel dolencia no ha logrado apagar la luz diáfana de la sonrisa.

La Revolución le sorprende en su humilde tarea: Como programa de su humilde vida se ha trazado la magna empresa de endulzar los pesares ajenos; el buen religioso ha aprendido en el crisol de la tribulación propia sonreír para los demás; junto a la cabecera de un enfermito de la Colonia Montillana, contempla el desfile de los perturbadores de la paz tranquila del Colegio; fué el buen coadjutor quien en las horas turbias del cruel atropello contra el inmueble consumió el Reservado de la Capilla, evitando una atroz y sacrílega profanación; junto al lecho del pequeño doliente le sorprenden los allanadores de las distintas dependencias de la Casa. Enmudecen éstos a la vista del abnegado religioso; huronean con perfidia en su pequeño equipaje, arrojando por tierra los objetos para él más

queridos: Santas Reglas, devocionarios íntimos, medalla idolatrada, distintivo de un sacro holocausto: Todos los objetos son levantados de la profanación del suelo tras un ardiente ósculo de reparación.

En la hora triste del mortal desalojo, olvidándose generosamente de sí mismo y de los pocos enseres que componen su ajuar, piensa en su único deber: en el enfermito, y acompañándolo, abandona el edificio, marchando en busca de la caridad compasiva del Hotel Royal; en la anormalidad de la vida en los Hoteles, D. Aniano con el alma enlutada por los sucesos que ensombrecen las horas de una orfandad terrible, consuela a los niños montillanos mezclándose en el alborozo inocente de sus juegos, atendiendo con solicitud fraterna a los que en tan difíciles momentos regentan la vida azarosa de la Colonia.

Un día el abnegado coadjutor se siente grandemente indispuesto; flaquean sus fuerzas en aquella titánica batalla de emociones. Un dolor agudo lo postra en la mesa del quirófano del Dr. Gutiérrez, y la ciencia quirúrgica, tras una laboriosa intervención, se declara impotente para salvar al operado.

* Entre los dolores de la fatal dolencia, entremézclanse las preces y anhelos del siervo bueno y fiel que al fin ve llegada su hora con la paz augusta de los elegidos pintada en el semblante. D. Aniano ante las perspectivas de la beatitud cercana, sonreía modulando un rictus de gloria.

Yace el cadáver sobre un ignoto lecho de Hospital, donde muchas existencias humildes rindieron su tributo a la muerte implacable; le amortaja el simple guardapolvo de trabajo, nimbándole de un resplandor suave de inocencia; los hermanos supervivientes lloraron la desaparición temprana del querido extinto, regando de plegarias su sencillo féretro; los Mártires salieron a acogerle a las puertas eternas de la inmortalidad.

Por la tarde desfilaba el cortejo en busca de la paz augusta de la tierra: Fué entierro laico el que profanó los despojos del buen D. Aniano, con ausencia de preces y de cruces; sobre el pobre ataúd se tendía como una mancha grande una bandera roja; al paso del reducido cortejo se elevaban los puños apretados de odio escoltando el tránsito de quien en vida supo vivir amando para morir en los brazos amorosos de Dios.

AURORA DE REDENCIÓN

Eran las primeras jornadas de Septiembre: Aparecía el paisaje en ténues jirones de nieblas sobre los picachos de las cresterías; volvían los enemigos, mohinos del combate después de dejar la pobre carne destrozada en las aristas cortantes

de las montañas pizarrosas; relucían los ojos espantados de la milicianada bajo el influjo de la fiebre destructora; muchos ante la vecindad del



Sentados de derecha a izquierda: R. P. Miguel Molina, R. P. D. Antonio Torrero, R. P. D. Marcos Tognetti. De pie: (x) Sr. D. Honorio Hernández.

peligro preferían la soledad negra de la altura, donde las piedras parecían fraguadas por el miedo; en la Ciudad

reinaba una vida asfixiante y nerviosa, próxima a extinguirse ante las armas de los muchachos del General Varela.

Tronaban los cañones en la lejanía, requemando los parajes con el cauterio de la metralla y los motores de la Aviación hispana oíanse broncos protegiendo el avance de una fauna metálica y guerrera y los pájaros por ellos alentados manchaban las tierras soleadas de sombras siniestras, haciendo vivir a la naturaleza momentos de dolor.

Entretanto, la voz anónima del pueblo, con su penetrante bisbiseo, propalaba noticias estupendas venidas desde el campo adverso.

Los pomposos leones rondeños sentían sus melenas cerce-

nadas por el miedo, a medida que el avance contrario acercaba hacia ellos el escenario de la guerra,

Tronaban ya de cerca los cañones, sembrando las laderas risueñas en otros días, de una floración de tallos invisibles, rematados por nubes semejantes a copos ingentes de algodón; caían los obuses levantando negros surtidores de humo en la tierra removida; funcionaban sin descanso las ametralladoras con su ruido de telar inmenso, tejiendo las sangrantes mortajas de la muerte, mientras que las armas del aire, como informes cetáceos de metal, se cernían sobre los hombres dejando caer las bombas patinadas de sol, que iban abriendo en el suelo nidos ingentes, enormes sepulturas.

Allí estaba un trozo de la pobre humanidad, trocada por la ambición pecaminosa de los más en un parque de fieras en que rugían las armas de mayor calibre y las otras devorando a distancia la pobre carne humana.

¡Oh laderas embrujadas de la Serranía! Habéis sentido sobre vuestro regazo duro, los saltos angustiosos de las cabezas revanadas por la hoz cortante de la guerra, dejando un reguero brutal de sangre moza.

En la ciudad ceñida de una ingente alambrada de puas, corona de espinas en el largo martirio, se hacía un silencio de muerte pregonero de próxima resurrección. Temblaban de emoción los casales con banderas blancas, averío de palomas sobre las azoteas, presagiando la hora del rescate; hacíase el enemigo a la huída abandonando el codiciado reducto y llevando tras sí un reguero de crímenes que empezaban a ser sancionados por la espada tajante de la Justicia Divina.

Cesaron las detonaciones; los hombres de Varela recorrían las calles de la ciudad entre las aclamaciones de los liberados; en el cielo redimido, los pájaros brillantes y amigos, ungidos de sol, se tendían con toda la grácil majestad de las águilas caudales protegiendo el gozo y el dolor de la Ronda liberada; en la plaza principal, el Hada vaporosa de la Gloria se cernía sobre la figura bizarra del General Varela agitando sus brazos de luz.

En el tumulto alegre de la calle, la Colonia Montillana aclamaba a los vencedores, prodigando al mismo tiempo pruebas inequívocas de cariño a sus amados superiores, milagrosamente en salvo tras el duro cautiverio rojo; emoción honda la de aquellos demacrados Salesianos nuevamente unidos por la voluntad providente de Dios. Allí estaban en

emocionado círculo el Rvdo. P. D. Florencio Sánchez, que desde su forzoso escondite supo encauzar la vida difícil de la amada Colonia; allí también los héroes denodados de la Farrugia, compartiendo con el Rvdo. Sr. D. David Morán y con los Sres. D. Serafín García y D. Juan Cereceda, alentadores de la vida angustiosa de los niños. Saben del Reverendo Sr. D. Tomás Gutiérrez, salvado en el Hospital Civil de la ciudad, y del religioso Coadjutor D. Rodrigo Rubio, que ha vivido emigrando de hogar en hogar, entre las malezas de las eras, acusado por sus propios alumnos, en continuo peligro hasta el momento de la Liberación... Contéplanse atónitos los supervivientes de la Revolución Ronderña, con los ojos cargados de fatal pesadilla y llevando en el corazón, cansado por la violencia de un dolor constante, el inmenso vacío causado por la ausencia de los Mártires.

Horas después, se recrudescen las heridas secretas con la vista del Superior amado, Rvdmo. Sr. D. Sebastián M. Pastor, Inspector de la Andalucía Salesiana. Apresúrase el buen Padre a visitar la ciudad redimida, haciendo el recuento de los suyos; tremenda cosecha de dolores le ofrece la jornada de gloria: La inmólación sangrienta de siete de sus queridos hijos... Comparten todos la mortal congoja, disponiéndose al abandono de la urbe que tantas lágrimas hiciera brotar en su querido seno.

Desfilaban las siluetas gigantes de las montañas en franca y aparente huída al compás jadeante de los motores; todo un pasado de lágrimas y sangre iba quedando prisionero en los límites de la Ronda redimida; enmudecían los viajeros evocando el recuerdo de las víctimas ausentes, que parecían elevarse en la gloria exultante de la tarde... Y los nombres de los Mártires fluían de labio en labio, dejando en los espíritus un agrídulce sabor de congoja y esperanza.

Rvdo. P. Antonio Torrero Luque: licenciado, alma de niño, cantor incansable de las glorias celestes de la Excelsa Madre: bien te pudiste aplicar las palabras del Genio en tu vida fecunda y paternal: «El amor engendra amor, y el que es amado gobierna fácilmente.»

Rvdo. P. Miguel Molina de la Torre: figura prócer, hijo preclaro de Montilla, orador elocuente y alma de poeta: tu existencia como pebetero escogido supo exhalar perfume de virtudes raciales embalsamando la vida de los que vivieron en tu compañía.



Rvdo. P. Antonio
Mohedano: Flor escondida
de la enseñanza Sale-

*La Colonia Montillana con su Director
Rvdo. Sr. D. Florencio Sánchez, después
de la liberación, y la Sra. Julia*

siana, embalsamadora de la existencia de millares de niños: Tú, como el Maestro, supistes defender el más preciado tesoro de los seres inocentes que contemplan el rostro del Padre Celestial.

Rvdo. P. Enrique Canut Isús: Regla viviente, Padre de conciencias: Centenares de almas lloran la orfandad en que las dejó sumida tu martirio y para consuelo de sus penas, llorándote te invocan.

Rvdo. P. Pablo Caballero: Sacerdote joven, entusiasta en la labor callada de las clases y en la alegría salesiana de las Fiestas: Las últimas concepciones de tu mente de artista fueron en favor de los niños que idolatrándote añoran tu presencia.

Sr. D. Honorio Hernández, subdiácono: Amigo: Tu vida fué vida de renunciadas y mortales sacrificios; aún te adivino bajo los cielos de una patria extranjera prodigando el trabajo fecundo de tu vida joven; la Madre España te recibe nuevamente para recompensar con el arribo a la meta anhelada del sacerdocio tu ejemplar tesón en la ascensión sagrada: Dios quiso recoger de las ramas tiernas del árbol de tu vida el fruto de oro de tu gran sacrificio a cambio de la Inmortalidad.

Sr. D. Luis Hernández Medina. Eras casi un niño: Tus ojos nimbados de inocencia se cerraron a las alegrías plácidas de una vida feliz, para continuar viviendo sin dolor en una existencia interminable.

Avanzaba la noche cubriendo de sombras la silueta de la ciudad; en las viviendas entornadas había un incontenible rumor de sollozos: Las únicas campanas salvadas de la horrenda tragedia se precipitaban locas en el cigoñal proclamando en un aliento supremo de consuelo la reciente victoria: Tocaban a gloria; a una gloria salida del sepulcro, untuosa de sangre y de Martirio.



Estampa Sexta

AQUEL paisaje palpita en las retinas de mis ojos; Arcos de la Frontera: la ciudad aparece con su talle estrangulado por el cinturón de las murallas y sus

*¡Cuántos cuidados y esfuerzos!
¡Qué tarea tan dura cultivar este terreno!*

MILTON

peñascos encorvados y amenazantes sobre las vidas que a sus plantas se deslizan y más alto el imperio audaz de sus torres erguidas desafiando la ira rompedora de los tiempos.

Abajo, la correntada humilde del río rodeando a la ciudad lejana en la altura, como una perezosa anguila de metal; arriba, la hostilidad ceñuda del Castillo, un tanto amansada por la caricia de los siglos que aún resbala por la superficie, limando a dentelladas la fiera adusta de las aristas, poniendo a descubierto el esqueleto del coloso.

Grande es la acción demoledora del cañón, tallando en piedra toda la Historia de una lucha sangrienta, pero aún se deja superar por los zarpazos fríos y brutales del negro sectarismo.

Ciudad de Arcos: Te adivino como galera inmensa, paseando la esbeltez de tus torres por el piélagó infinito del espacio, bajo la tutelar mirada de un Cristo que sabe bendecir...



Rvdo. P. Juan Bigatti y Olivero, preclaro discípulo de S. Juan Bosco

Lejos de tu regazo, en apartado Barrio, el Centro Salesiano vivía momentos de gozoso esplendor, aún en los albores de aquel nefasto Abril, primavera de fuego en el cielo estelar de la Iglesia Española.

Un día alegre de Mayo, cuando aún había flores y gencianas en los altares de la Virgen y estrofas y canciones Marianas en el recinto más sagrado del Colegio, la tranquilidad del Barrio blanco y rural vióse turbada por las intenciones agresivas de la chusma.

Se alarmaban los tranquilos vecinos con la palidez del suceso adverso pintada en los semblantes, mientras los fusiles encargados de la custodia del orden, permanecían en una tranquilidad impasible, amparando las conciencias delincuentes y sus obras.

El humilde Colegio Salesiano, recinto vetusto, con claustros sombríos que escucharon los rezos franciscanos de pasados siglos, sintióse violado por las voces profanas y blasfemas de un grupo de incendiarios; agrandábanse los gritos de los allanadores bajo las arcadas venerandas de los pórticos, mientras todas las puertas, destrozadas, caían, dejando al descubierto las órbi-

Y los negros cendales del siniestro empenachaban los cielos tranquilos de la tarde azul



tas vacías que antes clausuraran, tami-
zando la luz e impidiéndole
el paso...

En la espa-
ña tranqui-
la se hacía un
revuelo asus-
tado de cigüe-
ñas, mientras
la campana
anunciadora
de las alegrías
y tristezas del
Barrio, lanza-
ba en un soni-
do nervioso y
profano sus
últimos alien-
tos de acon-
gojante des-
pedida a los
vecinos tré-
mulos.

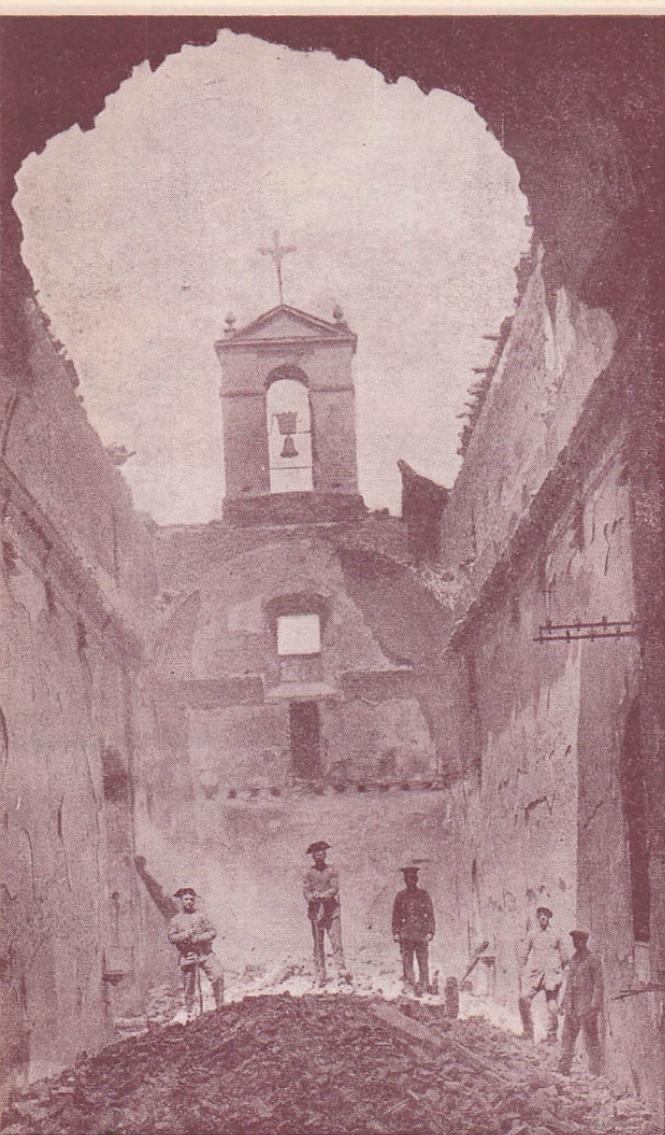
Y el templo
venerando,
con perfumes
de flores re-
cientes y volu-
tas de incien-
so no extingui-
das, comenzó a empenacharse de cendales
siniestros, bocanadas de humo, gases deshila-
chadas que al salir por los abiertos ventanales
parecían retorcerse en espasmos agónicos,
buscando la expansión azul de los espacios.

Pásmase el Barrio de terror ante la profanación
sacrílega del Hogar de todos, mientras sus
Religiosos moradores, cuatro indefensos
Salesianos, huyen despavoridos, llevando
impresas en las retinas el tremendo pecado de
la plebe ingrata.

Bajo el cielo obscuro de la noche tranquila y estelar,
cedía



En el lugar profanado del Santo Sacrificio, se extienden los escombros



Templo venerando, sin flores, sin gencianas, sin volutas de incienso

cielo, requerían reparación y venganza para el vergonzoso crimen.

Huérfanos de enseñanzas cristianas, lanzados a la fría correntada del laicismo, la población en masa tendía sus amorosos brazos a aquellos seres, incipientes peregrinos de la vida, implorando de los Hijos de San Juan Bosco un sentido perdón y un rápido regreso.

la techumbre del espacioso Templo, levantando haces de astros diminutos y errantes. Humeaban las pavesas, como negros incensarios del crimen entre las imágenes de miembros mutilados. En el lugar profanado del Santo Sacrificio, se elevaba por obra de los hombres un montón de ruínas.

Días después, la ciudad entera despertaba de su gran estupor: Ante su silueta brava yacían las ruínas del Centro Salesiano; centenares de niños con sus manos blancas de inocencia y sus ojos llorosos elevados al

Meses después, ante la rabia no disimulada de los obcecados promotores del siniestro, volvían con nuevas esperanzas los moradores del Centro destruído; bajo la dirección de un benemérito discípulo y coetáneo de San Juan Bosco, el Rvdo. P. Juan B. Bigatti y Olivero, volvían a reanudarse los actos de una vida truncada; en las aulas otrora desiertas se hacía un rumor de escolares y en la Capilla improvisada renacían las prácticas del Culto y a la vista de todos iba apareciendo nuevamente la silueta esbelta y remozada del templo demolido.

Piedras ensambladas por la piedad de un pueblo eminentemente cristiano y caballero.

La Fundación Salesiana de Arcos de la Frontera, como el Ave Fenix resurgía de sus propias cenizas; milagro viviente de una Amorosa Providencia que se place en burlar las intenciones aviesas de los hombres y sus planes siniestros.

Sonaron los clarines guerreros del 18 de Julio: En Arcos de la Frontera, los taimados enemigos de siempre se holgaban con la llegada del momento ansiado.



Por aquí pasó la horda, sembrando la destrucción y la ruina



*Y el material revuelto de las Clases,
lamenta su infortunio, en un
lenguaje mudo*

Dueños de los destinos de la Noble Ciudad, iban sembrando el pánico en todas las viviendas y en los pechos tranquilos.

El Rvdo. P. Juan B. Bigatti y Olivero, septuagenario y achacoso, fué conducido como un vulgar malhechor a los antros oscuros de la Cárcel; y

allí, en compañía de otros honrados caballeros, esperaba el prestigioso anciano la hora de proseguir el cumplimiento providente de su obra en favor de los hijos del pueblo.

La imposición decidida y valiente de un grupo de hombres, contra la brutal canalla, hizo abortar los tenebrosos planes de la Revolución naciente.

Huían los taimados jefecillos y sus tristes secuaces, como despavoridas alimañas ante el ojeo certero del cazador, dejando felizmente a sus espaldas un sin fin de insatisfechas venganzas.

Las puertas de la Prisión local se abrían para dar paso al desfile gozoso de los encarcelados, sacerdotes venerandos, patronos honrados, elegidos elementos derechistas; todos se reintegraban a la paz gozosa de los suyos recibiendo el homenaje clamoroso del pueblo, que a su vez se enrolaba en las filas de la España Imperial, por obra y gracia de sus Santos Protectores.

Hoy, a la sombra augusta del árbol de la Paz, la Fundación Salesiana de Arcos de la Frontera, florece a una nueva vida, perpetua juventud, esperando el momento fecundo de la recolección exuberante en frutos de vida cristiana.

Recientemente, una hermosa imagen de María Auxiliadora, adquirida por suscripción de sus devotos, recorría en triunfo las calles de la ciudad emocionada, entrando en el templo a Ella dedicado entre las aclamaciones de una multitud que al proclamarla Madre y Soberana, hacía descender sobre la población entera, las más fervorosas bendiciones. Desde el trono de su patrocinio la Virgen salesiana, olvidando el error de los profanadores de otro tiempo, ha vuelto a sonreír, perdonando el crimen y alentando a los hijos y devotos en la magna empresa.



Estampa

Séptima

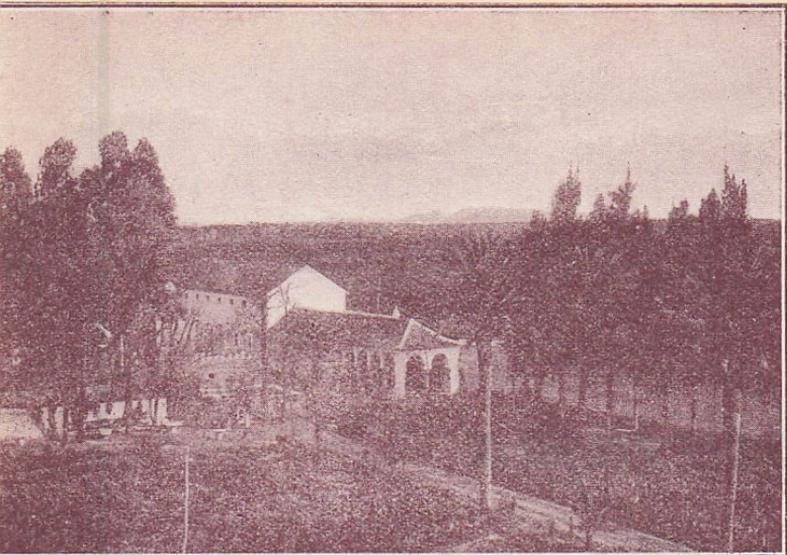
UTRERA, la Ciudad histórica coronada de torres; colonia predilecta de las legiones de César, se levanta sobre la riqueza arqueológica del subsuelo, contada a las generaciones por los acentos de Rodrigo Caro, su predilecto hijo.

Partís, es cierto, la razón lo pide; es grande mi tristeza y mis lágrimas corren.

BYRON

Presa arrebatada a la morisma por la conquistadora espada de Fernando III de su nombre, enriquecida de franquicias por los Monarcas Castellanos, brilla en el mapa de la provincia Bética entre las poblaciones de mayor relieve, ostentando en su escudo el Castillo rocoso, entre la paz del olivo y el pámpano fecundo; coronada la almena por matrona ceñida de diadema imperial, empuñando en la diestra el simbólico cetro... En la parte inferior del emblema se ofrecen las figuras del indomable utrero y el potro de sangre andaluza sobre el histórico puente de Salinas.

Ciudad de arte, encierra en su recinto valiosas joyas arquitectónicas: Templo de Santiago con su estilo grecorromano, combinación feliz de líneas clásicas, con haces de esbeltas



*UTRERA — Colegio de Ntra. Sra. del Carmen.
Jardines del mismo*

columnillas góticas y sus grandes ventanales historiados, por los que penetran los rayos de luz, formando en la oscuridad devota del recinto, dijes policromos y encajes de colores...

Y en la entrada se ofrece la puerta del Perdón, perforación del muro en que el arte ojival tiende su aguja coronada por la estatua ecuestre del Santo Protector; y más arriba valiosas cupulillas flotan en el azul encendidas por el brillo metálico y alegre del castizo azulejo...

Templo de Santa María: Milagro gótico cincelado en piedra, con su arco abocinado y atrevido de la entrada sosteniendo sobre el exorno, estilo Berruguete, la mole ingente y agobiadora de la torre ante la contemplación extática de sus querubines y ángeles alados, vivientes en la roca dura, realzando a su vez la amalgama risueña de los estilos ojival y plateresco.

Tumbas magníficas de preclaros varones, con estatuas yacentes realzando el interior de muros adornados con lienzos de las más esclarecidas escuelas sevillanas.

Lejos de la ciudad, entre las manchas verdinegras de los olivares, moteados de sol, yérguese el venerando Santuario de Consolación, de estilo grecorromano, centro de la devoción Mariana de los pueblos limítrofes, que se vuelcan en el sacro recinto en las festividades natalicias de la Gran Señora, sedientos de maternales bendiciones.

En el año de 1881, en vida del Santo Fundador San Juan Bosco, arribaban a la ciudad ilustre unos desconocidos Religiosos, hijos de la noble Italia, sin más caudal que su pobre bagaje y con un mote señero por divisa: ¡Da mihi animas caetera tolle!

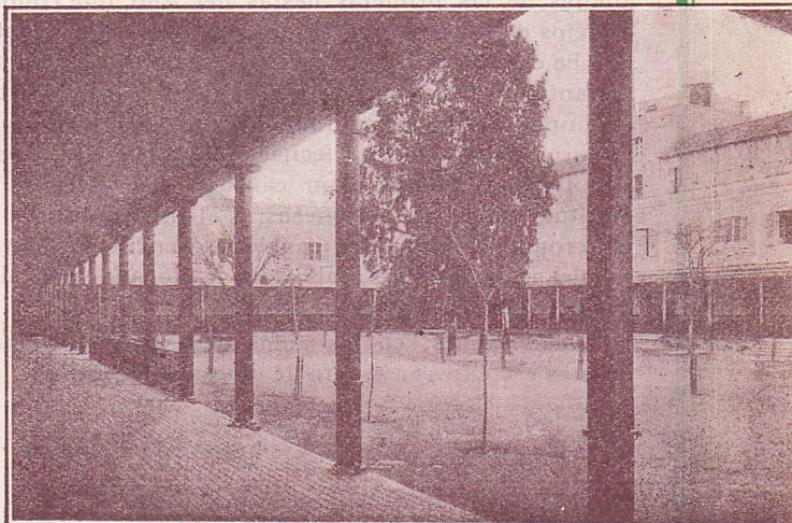
Discípulos directos del gran Apóstol de los tiempos, del humilde Don Bosco, asentábanse en la ciudad privilegiada por designio de Dios, ocupando el antiguo Convento de Nuestra Señora del Carmen; como amparo terreno sonaban los nombres del Emmo. Cardenal Spínola y el del preclaro Marqués de Casa Ulloa.

Al calor de las santas enseñanzas asimiladas junto al Padre ausente, los nuevos peregrinos de la Doctrina salvadora, desplegaban las velas de su celo, teniendo por Reina y Capitana la devoción taumaturga de María Auxiliadora.

Y el milagro se hizo: En el lago revuelto de las clases más necesitadas, tendían las redes de las santas enseñanzas, bajo la égida infalible del Maestro, captando tras rudo laborar, exhuberante recompensa.

Junto a la misión caritativa de los pobres, nacía a la vida del Colegio una nueva manifestación de extenso apostolado: El internado para hijos de familias pudientes; y al amparo de éste, la obra diminuta en sus comienzos, grano de mostaza, se fué trocando en árbol corpulento, y ante el cortejo inmutable de los años, la Fundación ¡humilde trocóse en Casa Solariega.

*UTRERA.—Colegio de Ntra. Sra. del Carmen.
Uno de los Patios de Juego de los alumnos*





UTRERA.—Colegio de Nuestra Sra. del Carmen.—Patio interior

Aparecían los patios inundados de luz y las aulas inmensas, enormes colmenas donde las vidas estudiantiles libaban las mieles del saber; y en la Iglesia se hacía un clamor de devociones nuevas, acompañadas de armonías de Órgano y rumoroso fecundo de oraciones...

El nombre hasta entonces casi desconocido del naciente Centro, se expandía por todos los caminos de la Patria, despertando recuerdos y ansias de un gozoso retorno, en el exalumno ausente. Caravanas innumerables de seres enrolados en la lucha de la vida, antiguos moradores del amado Colegio, volvían con las heridas sangrantes de la mortal refriega a colocar su ex

voto ante la Virgen sagrada de la Infancia.

Y ante el altar se hacía el desfile de todos los recuerdos queridos de las horas más serenas de la vida: Fiestas primaverales del Colegio, aleteos de voces y querubes sobre la devoción blanca y azul, encarnación del más sagrado de los privilegios; tañidos de zampoñas, panderetas alegres en consorcio con el tierno Villancico que reza del viento, de la nieve y del pobre presente camino del Portal; alegría risueña en los albores de las primeras fiestas del Año, que comienza con cortejos de Reyes cargados de presentes; días adustos de la prueba escolar humedecidos de lágrimas en el caso adverso y radiante de júbilo ante el fruto halagador; jornadas de asueto en horizontes risueños inundados de luz, consagración de imborrables recuerdos; fechas dedicadas a la paternidad adoptiva del Colegio, con cánticos que dicen de amor y gratitud y sentidas promesas; y al final, sobre la floración policroma de Mayo, las canciones sencillas y devotas que ensalzan la devoción salvadora epilogada por el triunfal desfile y paso de la Celeste Reina.

Días después, en las aulas desiertas se hacinaban los enseres escolares en espera de un nuevo despertar.

Cincuenta años de labor continuada nimbados de gloria y veneración la vida fecunda y serena del Colegio del Carmen y una pléyade inmensa de jóvenes formados en el recinto de sus muros, unguados de tradición española y cristiana, le formaron corona desde todas las esferas sociales y millares de seres agradecidos en las horas prósperas y adversas de la vida, volaron en alas del recuerdo a los acogedores muros de la Casa Solariega.

18 DE JULIO EN UTRERA

Detonaciones fratricidas enturbiaron el cielo purísimo de Julio en la gloriosa fecha, presagiando a la hermosa ciudad horas de inolvidable luto. Dueños de los destinos de la urbe, la chusma indeseable y ante el poder indeciso de las armas, iniciaba sus desmanes capturando como a viles acusados al mejor elemento; conatos de incendios acompañaron el inconfesable atropello.

En el Colegio del Carmen, el personal reunido en el disfrute de un racional descanso, aguardaba el rodar de las horas y su fatal desenlace.

Hízose una patrulla a las puertas del benemérito Centro; en ausencia del Director del mismo, sale a recibirles el Rvdo. P. Ignacio Pérez, Prefecto del Colegio; garantizan los otros las vidas y el inmueble, aconsejando en un mal disimulado miedo el cierre de las puertas y ventanas del tranquilo edificio; cumplen nuestros Hermanos la propuesta y el protegido Centro continúa una vida imperturbable, en medio del continuo alboroto de la plebe en armas.

La actitud expectante de la fuerza que guarnece la plaza desconcierta al medroso adversario, impi-

UTRERA. -- Colegio de Nuestra Sra. del Carmen. -- Gabinete de Ciencias Naturales



diendo los actos de saqueo; en días sucesivos las victorias cosechadas en la capital cercana, exasperan los ánimos de los más exaltados y sus instintos fieros, llegando a ensañarse en las vidas de los más preclaros hijos de la ciudad, regando con lágrimas y sangre los hogares modelos de aquellos utreranos, insignes bienhechores del Colegio, que en crecido número sucumbieron por Dios y por España, dejando una estela luminosa de ejemplos y virtudes.

Renacía el día 24 de Julio: En el recinto clausurado del Colegio, rumor de rezos ante la Virgen Milagrera imploraba auxilios en aquellos momentos decisivos. Atacaban las fuerzas aguerridas del General Queipo de Llano, a la ciudad ensangrentada por el crimen de los más depravados; las aves de la guerra, con el roncar de sus motores, alentaban su primer responso sobre los cuerpos calientes de las víctimas, intimando rendición y justicia.

Huía la canalla ante los zarpazos certeros de la guerra, con la conciencia ennegrecida en el crimen, hacia otros linderos en que saciar infundados enconos, mientras que en todos los balcones de la ciudad entristecida y gozosa al mismo tiempo, flameaban banderas de oro y grana, luz y esperanza de un nuevo resurgir.

Sobre los linderos del edificio intacto, el Angel Protector agitaba las alas en un batir supremo y jubiloso de misión cumplida: ¡Gloria a Dios!



Estampa

Octava

Perla del Mediterráneo; gaviota recostada sobre las espumas blancas del mar; Málaga la bella, florón de Andalucía; sabor a yodo y a

mariscos; perfume de los caldos generosos de sus vinos; turbulante e inquieta en los tiempos azarosos de la Historia; sangre mora en la Alcazaba y en los pueblos comarcanos; bruscas transiciones de piedad sentida en los largos desfiles nazarenos de la Gran Semana; balcón abierto sobre el mar Latino en saludo y acogida a los grandes navíos; torres macizas de la Catedral, con sus cúpulas brillantes como enormes burbujas glorificadas de cielo, mar y sol; azul tendido como paño precioso bordado de golondrinas y vencejos; y en la altura lejos de la costa blanda y reposada, casales en suspenso, nidos blancos entre la pastura fosca de la heredad y la arboleda moteada de frutos; pupilas de color, satinadas de brisa y enamoradas del mar...

Distancias vírgenes en horizontes de metal bruñido, donde se exhiben en gracioso desfile, las combas infladas de las velas latinas; horizontes de las mañanas claras y las tardes dormidas, extáticos bajo la luz cenital sensitiva y movible: Reflejos

*Venid y ved si hay un dolor
semejante a mi dolor.*

DE LOS TRENOS

embrujados de las aguas iluminadas por un sol roto y derretido...

Junto al milagro azul del mar, Málaga palpita en las arterias profundas de sus grandes Avenidas y en sus torres ungidas por la amargura de la sal y en sus piedras selladas con improntas de abolengo y en sus plazas radiantes por la alegría gozosa del turismo, y en su paisaje brusco: Playa y sierra, naos cinceladas de blancura y sol, esmeralda en la altura, sones de campanas y acentos de sirenas; paz e inquietud, sosiego y nerviosismo; aguas abiertas en rutas gloriosas acariciadas por un aliento de razas y una inquietud de pensamientos.

La ciudad sentía una sed inextinguible de innovaciones malsanas; como una copa inmensa aquel mar latino ungido de nobles empresas, se ofrecía a los labios de la eterna desposada, y el aleteo frío del viento adversario y libre venía de tierra adentro susurrando palabras de inquietud perdurable: por eso la urbe inquieta se enemistó con el mar: Naves ingentes, pedazos de otras tierras proseguían sus rutas sin arribar al costado caliente del puerto; y a los días trajineros, fecundos, con sonidos de gruas y flamear de banderas, sucedieron jornadas de mutismo, con cortejo de hambre y de motín...

Solamente enturbiaban la linde azul del mar, el barco de vela remoto y frágil y los Correos nacionales: Lazo de unión entre la vida turbulenta de la Metrópoli y las tierras africanas.

Un día, 18 de Julio, sobre el tranquilo Mare Nostrum se deslizaba el Correo de Melilla, llevando en su seno el corazón de la ciudad, dejando a la población entera sumida en un aliento suspendido de vida.

Avanzaba la nao entre la espuma hirviente y fresca, hacia las playas del litoral hermano, iluminadas ya por un sol de Imperio; y en la alegría de la meridiana claridad saltaban las olas impulsando el casco gris hacia la meta de sus nuevos destinos; el mar entero se elevaba como un clamor festivo escupiendo a la enseña abominable que detentaba aún las alturas del mástil.

Aquel barquito inerte era un trozo de la tierra oprimida: El corazón de Málaga la Mártir, que supo desertar de las filas oprobiosas del Marxismo, para reintegrarse a la vida cálida de la ciudad, en momentos de triunfo.

Eran las cinco de la tarde de la misma jornada; Málaga entera vibraba al conjuro de encontrados sentimientos; sobre las arterias del puerto heridas de muerte por las garfás inhumanas de un paro forzoso, una gran multitud se agitaba de impaciencia oteando todos los caminos del mar en espera del regreso de la Nave Correo. Esperanza inútil; la ausencia de la nao, heraldo mudo, lanzaba la noticia del

Glorioso Levantamiento de las tropas africanas; corrían los rumores dando cuerpo al tumulto y los puños comenzaban a

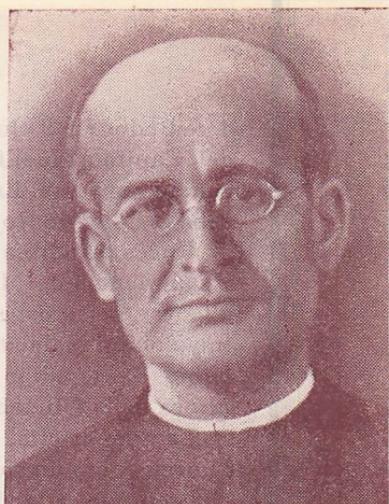
crisparse en ademán adverso contra aquel mar plagado de leyenda y bizarría, cara a un sol agonizante complacido en pintar sangre y oro los tules impalpables de su regio lecho.

Hervía la pasión malsana en los exacerbados pechos de la turba bermeja y un clamor ingente tendíase por aquel paisaje saturado de sol, turbando el reposo húmedo de los humildes adueros y el de las redes tendidas que añoraban la plata de la pesca y el de las sogas enrolladas, como grandes reptiles impregnados de brea a la espera de una nueva inmersión; tierra adentro, las montañas azules y frescas nadaban en la tarde redonda encendida de ocaso como un diorama infantil y gracioso, contemplando el reposo aparente de la ciudad dormida al borde de su lecho de espumas...

Y el clamor de la plebe se agrandaba en la tarde en ayes de protesta, ante la actitud expectante y medrosa de la urbe irresoluta.

Un grupo de dignos militares, representantes genuinos de la España bizarra, salían en ademán resuelto al encuentro del airado adversario: «¡Viva España!»—gritaban los heroicos voluntarios de la muerte en la desolación de las calles desiertas, y el acento patrio se agrandaba en el desamparo de la hora histórica, presagiando momentos de dolor y luto.

Se aprestaba la chusma a contestar al reto, agitando las armas en fatal contubernio con los vergonzantes desertores de los cuerpos armados y al amparo oprobioso del poder



Rvdo. P. Manuel Gómez, Director de las Escuelas Profesionales Salesianas de San Bartolomé, de Málaga, bárbaramente fusilado por el Marxismo, el día 24 de Septiembre del Primer Año Triunfal

detentado; en el choque violento y desigual, los muchachos del Capitán Huellín, caían ensangrentando el suelo de la ciudad convulsa. En la noche encendida de disparos, empujaba el Calvario Rojo de Málaga la inquieta, enemiga del mar.

Voces de harpía y acentos de sirena; proclamas solapadas y sangrientas de Martínez Barrios y de la Pasionaria, como alientos nefastos, soplando en el incendio incipiente de la Revolución Malacitana, incrementaron el voraz siniestro que había de sepultar entre sus fauces ardientes la floración airosa de la Ciudad.

La gran arteria, la Avenida Larios se tendía en el seno de la urbe como un río de fuego, exhibición de ondulantes antorchas en que cada vivienda aprisionada en los cendales de las llamas, cedía a la voracidad del cauterio iluminando la catástrofe; los chalets del Limonar desprovistos de sus frescas vestes de plantas trepadoras colgadas en el balcón central, eran destruidos por la acción devoradora del terrible elemento, sembrando de cenizas los jardines prematuramente agostados por la irrupción de la plebe.

A vista del monstruoso incendio, en los pueblos comarcanos se encendían los deseos funestos, alentados por odios similares y por la voz enronquecida de la Radio Local.

Ante la jornada devastadora y ardiente, turbia de humo y aventadas pavesas, se tendía el espectáculo tranquilo del mar como inmóvil pupila helada de dolor y de impotencia.

Corona de fuego y de saqueo ceñía las sienas de la Revolución triunfante, y el coro imponente de sus audaces prosélitos jaleaban el tránsito de la brutal milicianada, pronto al cobro de sangriento tributo.

Enmudecían en las torres sagradas las campanas, inaugurando las horas del ateísmo frío, y en las hornacinas desiertas, hacía un silencio y oquedad profana, y en los pavimentos segmentados por las tumbas de varones ilustres se hacinaban las masas, invadiendo las naves catedralicias, rebaños de miradas muertas por la indiferencia; entonces el rencor babeante, ciñendo el talle de la Ciudad condenada al secuestro, clavaba en sus órbitas de ensueño, junto al mar, el puñal hipnótico de su ardiente deseo, inaugurando la funesta hora de los crímenes impunes: Málaga quedaba sometida a los destinos macabros, presagiado por el astro de puntas impares y bermejas.

Amanecía el 20 de Julio, fecha eufórica para los secuaces

de Madrid: En las Escuelas Profesionales de Málaga, enclavadas en el barrio apartado y democrático de San Bartolomé, transcurría la vida en medio de una inquietud desoladora: Los alumnos internos eran retirados por sus familiares ante el avance incontenible del peligro; los escolares del floreciente externado disfrutaban a la sazón de las vacaciones veraniegas. Ante la marcha tumultuosa de los hechos, los miembros de la Comunidad Salesiana adoptaban oportunos disfraces; continuaba el desolador desfile de los alumnos hacia sus casas respectivas, quedando reducido el número de los que aún permanecían en el Colegio a algunas decenas de huérfanos. Superiores y niños se entregaban al descanso en la última jornada de vida del piadoso Centro, bajo el taimado amparo de la bandera roja, ondulante en el mástil del balcón central del edificio, por mandato del poder constituido.

Inicióse la jornada siniestra del 21, con preludios de voces amenazantes y taimados disparos; en las esquinas del Caritativo edificio se arracimaban los traidores centinelas del orden planeando sus proyectos de asalto.

Resonaron en la mañana luminosa y clara unos disparos, seguidos de voces y denuestos, increpando a los de adentro: «Por aquí han salido los disparos», gritaban, y los dedos de los simuladores del supuesto atentado, señalaban las ventanas del tranquilo edificio.

Encendíanse de odio los más crédulos, dando pábulo a la fatal noticia, mientras la multitud armada, rodeando el edificio, incoaba un nutrido tiroteo contra las cristaleras abiertas a la luz.

Huyen los sitiados burlando el efecto brutal de los impactos, encontrando refugio en el descanso de la escalera central del edificio, ante la amorosa imagen de la Virgen: Plegarias entrecortadas por el continuo resonar de los disparos, prolongaron aquel temido alborar, endulzando el trágico rosario de la muerte.

Treinta minutos eternizados por la mortal zozobra, alentaron los tiros incesantes de la chusma, que al final, ante la inutilidad del ataque, exigía la inmediata apertura del local.

Dirigía a la sazón el Centro Salesiano el Rvdo. P. Manuel Gómez, sexagenario sacerdote, dechado de paternal bondad y esclarecidos méritos; insinuaba el anciano Director acceder a los deseos de los contrarios, aduciendo la completa inocencia de sus subordinados y la imposibilidad de una defensa

sostenida. Cruzaban las ráfagas pregoneras de muerte todas las direcciones del patio de recreo, imposibilitando el cumplimiento de las ansias salvajes de la multitud agolpada en el dintel del edificio; uno de los empleados del mismo, bajo el nutrido fuego, arrastróse hasta el lugar de la entrada, franqueando el paso a una heterogénea concurrencia de tipos aviesos caprichosamente armados.

Flameaban las hoces con sus cuellos siniestros y encorvados y las espadas desprendidas de las nobles panoplias y el clásico trabuco patinado de herrumbre y de bandoleros recuerdos y el pistolón antiguo de tambor oxidado y la noble escopeta evocadora de regía cetrería y el mauser certero vejado en la paz de los cuarteles.

Salieron los nuestros al encuentro del tropel armado; temblaban los niños hurtando su presencia entre los cuerpos de sus Superiores y éstos se ofrecían a los sicarios llevando por escudo como única defensa, los despojos a ellos legados por la caridad y el abandono.

Adelantóse el más audaz del adversario grupo increpando a los nuestros:

«¡Canallas, habéis disparado contra los obreros, atentando a sus vidas!», decía, y su protesta simulada se agrandaba en un silencio de angustia alentando la rabia de los otros; y el taimado cortejo, enfurecido, hacía eco a la acusación coreando la fatal consigna: «¡Las armas, entregad las armas!», y sin esperar respuesta, uno del grupo requería a gritos: «¿Dónde está D. Francisco?», y en su deseo de

*Escuelas Profesionales
Salesianas de Málaga*



avistar pronto a la codiciada presa, importunaba impaciente al Director: «¡Como no aparezca, tú serás el responsable!»

Era el Rvdo. P. Francisco Míguez, el Encargado de las Escuelas Externas; trabajador celoso e incansable en la labor educativa y docente de las clases más menesterosas durante varios lustros; persona de relieve y especial influencia entre la Sociedad Malacitana en favor de los pobres; por eso las almas mezquinas de los otros, ofuscados por el brillo de sus preclaras dotes, lo habían señalado como víctima de sus odios mortales. El requerido se sumó al grupo, saciando los brutales anhelos de la chusma en armas.

La voz autorizada de un jefecillo cortó las protestas razonadas de los nuevos, y los fusiles enfilaron hacia las víctimas en ademán de disparar ante la protesta de los más, que preferían diferir la ejecución. Frente a uno de los muros del Colegio se alineaba con las manos en alto, esperando el momento funesto del exceso, la Comunidad en pleno.

El lamento de los niños aumentaba el dramatismo del momento, llorando la tragedia de una nueva orfandad.

Cesó el amago aplanador de los fusiles ante la imposición de los menos exaltados, mientras la plebe irrumpía por todos los locales sembrando la destrucción y la ruína ante la vista angustiada de los indefensos Religiosos.

Segregaron los verdugos el grupo de los niños, lanzándolos a la calle bajo la vigilancia de algunos Milicianos; el Sr. D. Antonio Ureña, Teólogo Salesiano, logró mezclarse entre los alumnos, burlando la brutal prisión a que los asaltantes del edificio tenían sometidos a los restantes Salesianos detenidos.

En las calles del tránsito se agolpaba una multitud abigarrada, pronta al insulto y al brutal atropello; desfilaban también los Religiosos tras los niños, recibiendo en sus rostros el flagelo procaz de la palabra hiriente y el trato soez de la



*Rvdo. P. D. Vicente Reyes,
fusilado por el Marxismo
el 31 de Agosto del Primer
Año Triunfal*

canalla armada. El Coadjutor D. Rafael Mesa, caminaba detrás, cerrando aquella vía dolorosa, y uno de los sayones hízole sentir sobre nariz y boca un golpe tremendo que le postró por tierra, bañándole en su propia sangre; el Reverendo P. Vicente Reyes, Prefecto del Colegio, mostraba días después el costado cárdeno como efecto de los golpes recibidos; idénticas señales del inhumano trato presentaba el Rvdo. P. Antonio Pancorbo, Catequista del mencionado Centro.

Pedía la multitud la sangre de los presos, para regodeo de sus malos instintos, y en el interminable tránsito simularon varias veces los fusiles el fatal asesinato. La llegada al Cuartel próximo y la intervención de algunos militares impidió el horroroso crimen; en el patio del edificio lloraban los niños, implorando perdón para las víctimas, que sin proceso ni miramiento alguno fueron encerradas en un oscuro y malsano calabozo.

Una voz ordenaba el reparto de los huérfanos entre sus familiares; el Sr. D. Antonio Ureña, acompañando a un muchacho enfermo, logró salir nuevamente a la calle seguido de cerca por los improvisados carceleros, que dudaban de la personalidad del evadido.

Triunfaban los proyectos del afortunado religioso, tocando los linderos de la ansiada libertad, cuando la intervención de un mal sujeto hizo virar el curso de la suerte; era el acusador un individuo de mirar solapado, exalumno del Colegio y conocedor perfecto de la inocencia de su víctima; vestía el desgraciado, el uniforme de cabo del Ejército y había frecuentado hasta últimos momentos, quizás con aviesa intención, las reuniones del Colegio; gritaba el traidorzuelo llamando al fugitivo: «¡Prendedlo, milicianos, que es de los canallas que dispararon contra nuestras vidas!» Y un grupo de hampones circundaba al aludido, privándole de la soñada libertad.

«Tal vez—se decía ingénuamente el capturado— el cabo simula un atropello para ponerme a salvo!»; pero aquél, redoblando los gritos de protesta, apostrofaba con audaz cinismo a su antiguo bienhechor: «¡Canallas, me querían asesinar, una bala pasó rozando mi cabeza!» Y los otros asentían con idénticas muecas de perfidia.

Estalló la indignación del detenido, afeando al delator la pérvida falsía de su aserto: «¡Parece mentira, cabo, que usted que nos ha tratado a fondo, y nos conoce, nos culpe de

ese modo; bien sabe que ni teníamos armas, ni hemos disparado!», y la mirada vaga del interpelado rehuía el valeroso reto del amigo de ayer.

Llegaba la pequeña escolta a la prisión improvisada del cuartel; el oficial de guardia, antiguo amigo y compañero del señor D. Antonio Ureña, dió muestras de gran contrariedad al contemplar la suerte adversa del detenido; insistía el cabo en la vil acusación ante los buenos deseos del militar: «Este es de los que dispararon desde las ventanas de San Bartolomé.»

Negaba el reo la culpabilidad del delito imputado, mientras el oficial se empeñaba en la defensa: «¿Y ahora dónde marcha usted?», preguntaba éste. «A acompañar a un enfermo», contestaba el requerido. «Puede usted retirarse», sentenció el militar amigo, amparando a la víctima.

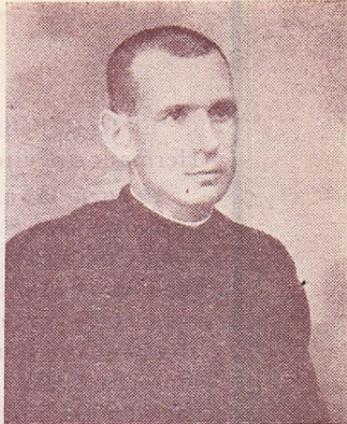
Revolvióse iracundo el taimado exalumno, lanzando una feroz protesta, coreada por las voces de todos los hampones de la escolta: «¡Este va al calabozo bajo mi responsabilidad!», y los ojos inyectados en sangre del menguado, parecían arder en el deseo de fulminar a la víctima y a su generoso amparador.

Ante la imposición brutal de la canalla armada, cedía el defensor, y el acusado entraba a reunirse con sus Hermanos y domésticos del Colegio, en el siniestro calabozo.

LA VIDA EN LA PRISION

En la semioscuridad del encierro, el recién llegado contempló las facciones de los preclaros reclusos, nimbados de dolor y sufrimiento, renaciendo al sosiego tranquilo de lo sobrenatural al impulso de una promesa celeste.

Reflexionaban los reos sobre la gravedad del momento agrandada por las voces de los guardias armados que desde el ventanuco abierto al exterior le anunciaban un próximo martirio: Había sonado la hora de preparar el supremo tránsito.



*Rdo. P. D. Francisco Miguez,
asesinado el 19 de Agosto de 1937*

El R. P. Félix Paco, confesor del Colegio, absolvía a sus Hermanos penitentes.

Renacía la calma en los amedrantados pechos, y los más animosos sonreían diciendo: «Nada, antes de morir diremos: Viva Cristo Rey, cuatro tiros y al Cielo derechos.» Y apuntaba otro; «Tanto suspirar por el Cielo y ahora que lo tenemos cerca vamos a entristecernos?» Y los más timoratos añadían: «¿Y si nos someten a un martirio lento?» «Lo sufriremos por Dios», replicaban los otros. Continuaba el diálogo sobre la hora probable del suplicio; suponían los más que éste sería al atardecer, pronunciándose otros en favor de las horas de la madrugada.

Entretanto un nuevo desfile de víctimas pasaba ante el abierto ventanillo, trazando en la pared opuesta una proyección ininterrumpida de sombras chinescas: Eran sacerdotes, seglares, Profesores del Seminario y Religiosos capturados por el enemigo implacable.

Se hizo un silencio grande en el menguado encierro y las puertas chirriaron dando paso a una bocanada de luz que vino a herir las retinas de los pobres reclusos, mientras en el dintel aparecía la figura del cabo.

Ante la vista de sus maestros abatidos, el infeliz osaba preguntar con fementida sonrisa: «¿Qué hay?», mientras sus ojos contemplaban los efectos de las negras inquietudes de los encarcelados, sin pensar que eran seres protegidos por la mano justiciera de Dios.

Adelantóse el Rvdo. P. Francisco Míguez al encuentro del traidor, indagando noticias sobre el domicilio del teniente coronel D. Pedro de las Heras.

Cortó el interpelado en su despecho las palabras de su antiguo maestro, respondiendo: «¡Aquí no hay teniente coronel que valga, ahora mandamos los cabos y sargentos!» Y la puerta volvió a girar sobre sus goznes, mientras los desamparados presos quedaban sepultados nuevamente en las sombras.

Eran dadas las cuatro de la tarde, cuando se abrió nuevamente la prisión para dar paso a un grasiendo sujeto, ranchero del cuartel, que colocó en el centro del encierro un ahumado perol, recipiente de una bazofia inmundada. Al comprobar que nadie se acercaba al malsano condumio, prorrumpió en airada frase, agitando los brazos en torno del caldero: «¿Qué,

no queréis comer?» «Pues esto es lo que hay; esta es la comida de los pobres.» «¡Bastante habéis vivido como regalados señoritos!» Y tras el indignado cocinero se cerraron las puertas, en espera de una nueva e importuna visita.

La noche se cernía sobre el antro obscuro, diluyendo el cuadro de la luz enmarcado en el alto ventanuco; de afuera venía el griterío apagado de la turba; lejano percibiase el bramido del mar, quebrándose en las aristas de los socavones de la costa.

Adivinaban los reclusos el paisaje, llorando en sus almas por la ciudad querida. El imperio de la plebe se asentaba en los Centros honorables con gozoso atropello, reduciendo a pavesas la flor y gananía de la urbe, condenando a un silencio perenne que agrandaba la tarde, los joviales campanarios de las torres; cerrando las puertas y grandes muestrarios de cristal tapizados de luz, donde se ofrece el oleaje revuelto de las telas; dejando en cruel desamparo a los almiáres cercanos, las colinas de faldas labradas, los rebaños, molinos, armandías: todo quedaba bajo el cobijo de un cielo medroso, ante los pliegues de la nueva enseña, floración siniestra sobre el volcán de la Revolución triunfante...

Y el pensamiento de los nuestros rehuía el recuerdo del Colegio brutalmente saqueado.

Recostados en el suelo duro, ante la espera zozobrante de una nueva y definitiva llamada, transcurre aquella noche lenta y larga del 21 de Julio, en que los labios y la lengua se resecan por el ardor de la estación y el aire se hace irrespirable en la estrechez del recinto.

Clareaba el 22, abriendo el corazón a una nueva esperanza; los Milicianos que montan la guardia en el patio contiguo cesan en sus voces insultantes, contemplando a los reclusos con esa compasión indiferente con que a veces se miran las reses condenadas a una muerte inevitable; interpretan los



*Rvdo. P. D. Antonio Pancorbo López,
víctima del Marxismo el 24 de
Septiembre del Primer Año Triunfal*

nuestros la expresión de los semblantes, deduciendo que en la noche precedente ha sido decretada contra ellos la sentencia capital.

Mediaba el día: Un sol de fuego descendía sobre la inquietud de la ciudad, ungiendo de luz y de belleza sus piedras venerables; de lejos venía el viento húmedo del mar, levantando remolinos de arena y espirales de polvo.

A la puerta del cuartel prisión se detienen algunos camiones de Guardias de Asalto, requiriendo la entrega de los detenidos; montan los nuestros en los vehículos entre los fusiles de los agentes armados; persigue la chusma el paso lento de los Religiosos; ante el Gobierno Civil hace alto la armada caravana, amparando los Guardias las vidas de los reclusos contra las iras populares.



Sr. D. Tomás Alonso, asesinado el 31 de Agosto del Primer Año Triunfal

En el gubernamental recinto, siniestros milicianos prolijamente armados, montan la guardia custodiando la seguridad de los improvisados jefes; a la entrada del local

aumenta el clamor de la turba vocinglera, pidiendo la muerte de sus supuestos enemigos.

En medio de la general algarada, una voz potente y adulona, con plebeyo ceceo, anuncia la llegada del señor Gobernador.

Detentaba el cargo a raíz del simulado y masónico triunfo frente-populista un sujeto conocido por el nombre de D. J., estilo Martínez Barrio.

Hácese un sepulcral silencio al paso del primate, mientras con voz de ambiguo sonido requiere la presencia del Superior de los Salesianos; ofrécese al menguado gobernante el Reverendo D. Vicente Reyes; el Director entretanto, anciano, enfermo y abatido, permanecía sentado en un rincón de la Sala de Audiencias.

Pregunta el nuevo Poncio afectando ignorancia sobre los hechos ocurridos en el Colegio; y el bondadoso sacerdote expone a grandes rasgos las escenas del brutal atropello, y el tal D. J., enarcando las cejas en un mal simulado gesto de inocente asombro, interrumpe el relato: «Es la primera noti-

cia que tengo». Y continúa en sus hipócritas demandas: «¿Es cierto que vosotros no os defendísteis ni hicísteis fuego?» Respondían los nuestros afirmativamente y sentenció el primate con voz campanuda: «¡Pues yo proclamo vuestra inculpa-bilidad!» «Pero como sería una temeridad dejaros libres, dado el estado de excitación en que se debate el pueblo en contra vuestra, pasaréis a la Cárcel, y mañana, al renacer la calma, cada cual quedará en libertad de esconderse donde pueda». Y añadió en tono de dignidad fingida: «Pues debéis tener en cuenta que la República no quiere desmanes ni arbitrariedades».

No sabía el iluso que en aquellos momentos el cuerpo escrofuloso y contrahecho de la infeliz criatura era triturado por las mismas turbas que a los pocos metros ululaba implantando en todas las esferas la ley de su capricho.

¿Adónde estaba la voluntad invulnerable de un poder en ruínas, revuelto en las escorias de su mortal fracaso al intentar oponerse al populacho armado? El innominado jefezuelo paseó sus ojos con mortal desdén sobre aquellos seres a quienes él declaraba inculpadados, mientras sus pisadas recias resonaban en el entarimado del piso, despertando un eco sordo y grave: ¡Parecía que el Gobernador de los tristes destinos caminase sobre su propia sepultura!

Proseguía la chusma agolpada a las puertas del Gobierno Civil impidiendo la salida de los nuestros; en el reloj del gubernamental edificio sonaban siete campanadas lentas y pesadas como si martilleasen las sienes de los detenidos recontando las horas escasas que les quedaban de vida; finalmente los Religiosos alcanzaron los camiones cargueros donde fueron hacinados al compás de las voces de la plebe bermeja; millares de seres brotados de los rincones más abyectos de la Ciudad marina, se agitaban rodeando los vehículos con ansias homicidas. Montan los de Asalto los fusiles, ahuyentando momentáneamente a la canalla, que al fin se resigna a contemplar gritando, el lento desfile de los nuestros camino de la Cárcel.



Revdo. D. Manuel Fernández Ferro, asesinado en Málaga por Dios y por España

Avanzaban los vehículos por las calles desiertas, dejando en las retinas la impresión de la congoja ciudadana. Tendíase la cortina del Muelle con sus aguas dormidas, traspasadas de sol, rizándose en pliegues hilvanados con rayos de luz indefinible; y la gran Alameda mostraba en los brazos de su curso las gasas negras del incendio como un luto reciente; y el puente enseñaba sus órbitas cegadas por las sombras que anidan casi a ras de agua, arrufando su lomo en brinco airoso aunando distancias; y las torres erguidas en un cielo que recibe el rumor de la vida de abajo, mostraban sus ventanales encendidos de reflejos y sus naves desiertas en forzoso abandono. Terminaba el desfile en las puertas de la flamante Cárcel Provincial. La población reclusa había abandonado los locales, sometiendo a los desmanes de sus garras los enseres que aminoran las penalidades de la vida de presidio. Seiscientos individuos condenados por delitos comunes habían sido lanzados a la calle tras previo rearme.

Penetran los nuestros en el saqueado edificio en espera del cumplimiento de las promesas gubernamentales. La Brigada Quinta les ofrece albergue y unas haldas de paja para el descanso austero.

Ciérranse las rejas de la vasta prisión, dejando entrever entre la malla de los gruesos barrotes la figura del triste carcelero levantando el puño y mascullando un augurio mordaz de buenas noches.

A cincuenta ascendían los reclusos: Sacerdotes del Seminario Conciliar y Religiosos Salesianos. El Rvdo. P. Vicente Reyes, colocó una estampa de María Auxiliadora en uno de los muros, y los ámbitos que en otros tiempos oyeran palabras soeces y blasfemias, se poblaron de acentos de plegarias devotas, musitadas por los advenedizos. Poder sublime de la oración cuyas alas se extendían en el lugar del crimen, convirtiéndolo en Templo antes de remontarse hacia el solio de Dios.

Despuntaba el 23, teñido con arreboles de esperanza. A las once del día cunde la orden del Gobernador y los Religiosos Salesianos quedan en libertad, aunque al arbitrio de la fiera en acecho. Como efecto de la macabra treta, logran salvarse los RR. PP. D. Francisco Míguez, D. Manuel Fernández Ferro y D. Serafín Rodríguez.

Preparaban los Salesianos restantes la salida con oportunos disfraces, cuando una contraorden del Gobernador les impide el acceso a la calle.

Antes de recibida la contraorden, logra ponerse en fuga el religioso Coadjutor D. Esteban García. Dirigiase el buen Salesiano a la ciudad cercana, cuando un grupo de armados se le opuso al paso. «¡Tú eres un cural», objetó uno de los rufianes, observando las facciones tranquilas del interpelado.

«¡No lo soy!», replicó el detenido. Y los otros le seguían porfiando: «¡Tu traje y tu porte nos dicen que eres cura!» Y el Coadjutor persistía en su gesto negativo. «¡Si no eres lo que digo, blasfema de Dios y de su Madre!», apuntó uno de ellos, y los otros gritaban sugiriendo las palabras blasfemas.

«¡Jamás, jamás!», protestaba el religioso.

«¡Te dejaremos libre!», prometían algunos.

Y D. Esteban continuaba en su heroica protesta: «Ese Dios no me ha hecho ningún daño para que yo lo maldiga.»

«¡Entonces te fusilaremos!», añadía el adversario.

«Aquí tenéis mi vida, repuso el Coadjutor, pero no blasfemo.»

«Sigue adelante», gritaban los verdugos.

Y el confesor de Cristo oía a sus espaldas un ruido de cerrojos fusileros simulando una muerte que, de llevarse a cabo, le habría abierto las puertas de una gloria inmortal.

Días después, cuando reintegrado por sus propios verdugos a la Prisión Provincial, el ejemplar Hermano compartía con los nuestros, ingenuamente confesaba que en el momento de ser amenazado por los asesinos, se arrepentía en su corazón de haber cogido unas almendras en un campo cercano para saciar el hambre.

NUEVOS DETENIDOS

Al compás de las horas aumentaban los nuevos inquilinos de la Brigada Quinta: Sacerdotes de la localidad y pueblos comarcanos eran encerrados hasta tal número, que la famosa Sala fué bautizada con el nombre de la «Brigada de los Curas». Entre los Religiosos que honraron con su presencia el injusto encierro, se encontraban los RR. PP. Franciscanos de Coín y el Sacerdote Jesuíta, Rvdo. P. García Alonso.

Comenzaba la vida de la Clerical Brigada con el ofrecimiento de obras y la oración mental cuyos puntos sugería el Padre de la Compañía de Jesús, terminando con el «Benedi-

camus Dómino»; seguíanse las refecciones alternadas con las horas de relativa libertad en los patios de la Cárcel, hasta el atardecer en que, a toque de corneta, subían los presos en perfecta formación al lugar del descanso, donde contestaban a la lista leída por el oficial de guardia, terminando la jornada con el rezo del Santo Rosario y una Lectura Doctrinal.

Entre los actos de la vida monótona del recluso, revoloteaban a veces, como ingentes mariposas, las noticias estupidas venidas del campo Nacional, ungidas de triunfos y esperanzas.

Entretanto el Rvdo. P. Manuel Gómez, yacía en el Salón de Enfermos, víctima de una infección intestinal; burlaban los Hijos la vigilancia austera de sus guardias, llevando al Padre el consuelo del amor y la promesa de la plegaria; desde el lecho del dolor el anciano sacerdote pudo absolver al señor D. Rafael Pérez Brián, en los momentos en que era conducido para ser ejecutado.

En los últimos días de Agosto el benemérito hijo de D. Bosco, restablecido de sus penosas dolencias, se incorporaba a la vida de sus queridos Salesianos, para no abandonarlos hasta el momento de morir.

LOS PRIMEROS MÁRTIRES

En aquellos días fué a aumentar el número de los detenidos, el Religioso D. Perfecto Guzmán, Superior de los Hermanos Maristas, huésped, hasta entonces, del Hotel Imperio.

Refería este señor a los afligidos Salesianos, haber convivido con los Religiosos de la misma Congregación Reverendos PP. Francisco Míguez y Manuel Fernández Ferro; según el nuevo recluso, en días pasados, un grupo de exaltados prendían al primero de los citados Religiosos, fusilándolo en la vía pública; sobre sus restos calcinados, cuando aún no había dejado de expirar, la horda asesina colocó un cartel concebido en los términos siguientes: «¡Este es D. Francisco Míguez!»

También aseguraba que el Rvdo. P. D. Manuel Fernández Ferro fué arrancado de dicho Hotel con el dueño del mismo y otros sacerdotes, para ser asesinados; la funesta noticia fué confirmada por la hija de una de las víctimas, asegurando haber sido fusilado dicho sacerdote el 24 de Agosto.

Horas antes de su violento martirio, el humilde Salesiano, hijo de la dulce Galicia, se despide de sus padres y allegados, en una esquila redactada en la forma siguiente:

Queridos Padres y Hermanos: Me parece que éstas serán mis últimas líneas.

Fuimos detenidos el 21 de Julio; con los brazos en alto fuimos conducidos al calabozo, y de allí a la cárcel; el día 23 salí de ésta, siendo nuevamente detenido con mucho peligro, pues faltó muy poco para que nuestros delatores dispararan las pistolas.

Desde el día 24 de Julio al 16 de Agosto los he pasado en el Hotel Imperio.

He pensado mucho en Vds. Madre estuvo inspirada al despedirse de mi con un beso y un abrazo, igualmente lo hago yo.

No tengáis pena por mí, muero contento por la Religión y por España.

Si pueden, manden decir por mí las treinta Misas de San Gregorio.

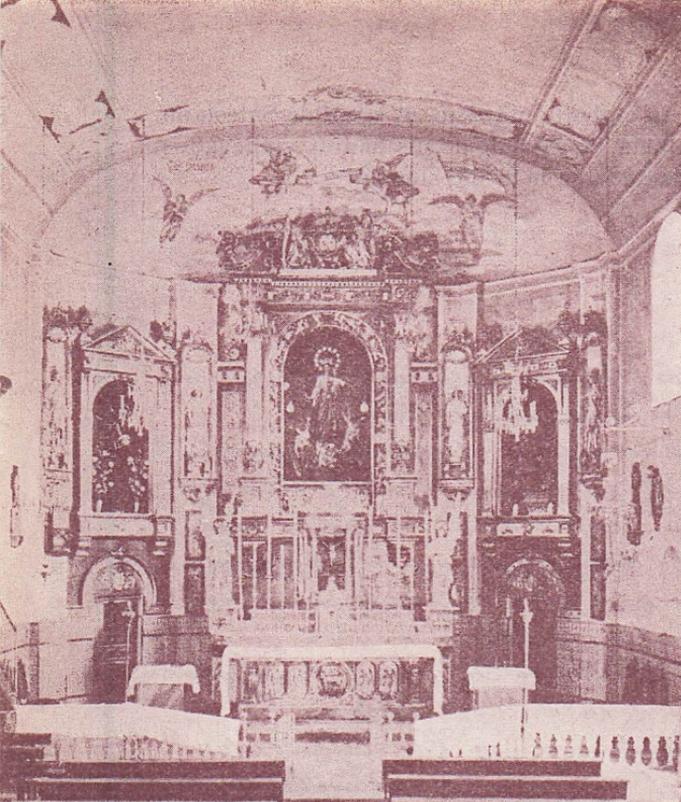
Adios. En el Cielo los espera

Manuel

Un fuerte abrazo a todos y agradecido por todo lo que han hecho por mí.

En el escrito del hijo amante de la hermosa tierra, había humedad de lágrimas y perfumes de santidad.

En las mentes de los Salesianos encarcelados se hacía el recuerdo de los primeros Mártires con un nimbo de sangre y



*Capilla del Colegio saqueada
por los Marxistas*

Estremecieron al paso de las naos del aire en un temblor convulso y suplicante; coronaban nuevamente las alturas los nuevos bombarderos, trazando círculos de muerte sobre los camuflados depósitos de la Campsa y el proyectil certero horadando los espacios, descendía vertiginoso encendiendo una hoguera de volcán inextinguible. Eran los primeros zarpazos del león hispano sobre el rostro de la ciudad dormida en los brazos del Marxismo.

Rugían de cólera las mesnadas bermejas, ideando planes siniestros de revancha.

Ululaba la plebe rondando los muros de la Cárcel Provincial, mientras los de Asalto y un grupo de asesinos a sueldo irrumpían en la prisión eligiendo víctimas en número de cincuenta para ser inmediatamente liquidadas. Sonaban en las proximidades del edificio las detonaciones homicidas como gritos agoreros que contasen el número de los crímenes.

un gozoso agitar de palmas diluïdos en promesas de triunfos nuevos y especial protección.

En la plenitud gozosa del 22 de Agosto, el cielo silente de la capital Malacitana glorificóse de alas nacionales; atisbando la presa, los pájaros brillantes reverberaban de sol descendiendo sobre las superficies líquidas del mar manchado de sombras

huidizas; también las torres se

Finalizaba el mes de Noviembre: Nuevamente los aparatos españoles en vuelos audaces sobre la ciudad amedrentada, dejaban caer su mortífera carga, encendiendo las iras del adversario. En el silencio de la noche, un tropel armado penetra en la Prisión, deseoso de sofocar con sangre los incendios provocados por las bombas enemigas. «¡A la Brigada de los Curas!» — gritaba una voz amenazante en las sombras ateridas; cedieron las puertas del encierro ante la brutal avalancha, formándose un nuevo cortejo de mártires ante la intimación caprichosa de la Milicianada; escogían los iracundos soldados populares víctimas a su sabor, preparando el festín abominable. Fué el primero en ser nombrado el Coadjutor Salesiano D. Tomás Alonso, seguido de quince sacerdotes, entre los que figuraban los RR. PP. Salesianos don Vicente Reyes y D. Félix Paco.

El Rvdo. P. D. Antonio Pancorbo fué sorprendido por uno de los milicianos con una medalla de la Virgen prendida del cuello: «¡Quítate eso!» — insinuó el descreído. Y el sacerdote, con gallarda entereza, respondía: «¡Dejad que muera con la medalla, no me la quitaré!» Y el otro insistía nuevamente, hasta que intervino un tercero: «Déjasela, ¡qué más da!» Y el obstinado miliciano, no cejando en su intento, arrancó de un tirón el bendito icono, arrojándolo a tierra.

El Sr. D. Antonio Ureña, aprovechando un descuido del airado verdugo, recogió nuevamente la medalla, entregándola a su dueño, que después de besarla, la volvió a colocar sobre su pecho.

Se afanaban entretanto los milicianos y sus secuaces en completar el número de víctimas proporcionado al daño ocasionado por las bombas adversarias; el Rvdo. P. D. Antonio Pancorbo fué señalado entre ellas; llevaba a la sazón el buen Padre un pantalón a media pierna que le hacía aparecer con figura un tanto grotesca, y antes de emprender la marcha hacia el lugar señalado, fué interrogado por un Guardia de Asalto: «¿Tú no tienes otro pantalón?». Y ante el interpelador le fué ordenado que mudase de prenda; entrando nuevamente en la Brigada el religioso, cumplía la orden

Rvdo. D. Serafin Rodríguez, superviviente de la Revolución Malacitana



recibida, cuando una voz gritó desde el dintel: «¡Ya hay bastantes; no salgan más; completos los setenta!» De esta manera, se salvó de ser fusilado en esta noche el afortunado sacerdote.

En el ambiente de concentrado pánico, algunos comentaban friamente. «¡A tal punto hemos llegado de barbarie; la vida de un hombre pendiente de unos pantalones!...»

Entre los señalados para el inmediato fusilamiento, encontrábase también el estudiante de Sagrada Teología, D. Antonio Ureña; rezaba la víctima elegida, preparándose al terrible sacrificio; apostrofaban los otros a los condenados con palabras blasfemas: «¡Rezad, rezad: a ver cual es el Dios que os salva de nuestras manos!...»

Y el milagro parcialmente se hizo. Un joven desconocido dirigióse al aludido Salesiano, preguntándole con marcada insistencia: «¿Tú también eres Salesiano?» «¡Lo soy!—contestó el interrogado». «¡Sacerdote quizás?—continuaba el otro». «No, Maestro solamente»—afirmaba el primero. «¡Pues sal de la fila!». Y el ademán autoritario del desconocido señalaba la puerta.

Esperaba formando en el cortejo el Religioso, cuando acercándose a él un joven también desconocido, platicaba con otro de la escolta siniestra: «Con este muchacho se iba a cometer una injusticia; él nada tiene que ver con los sucesos»; y dirigiéndose a su protegido, le insinuaba familiarmente: «Anda, márchate nuevamente a la Brigada». Se resistía el aludido, obsesionado por el pensamiento de morir por la fe, cuando intervino nuevamente el providencial salvador: «¿Tú no eres un huérfano de San Bartolomé?». «Huérfano, no lo soy; yo tengo padre y madre». «¿Pero te habrás criado desde niño en las Escuelas?». «Sí; desde niño he vivido con los Salesianos—afirmaba D. Antonio Ureña». «Es igual—añadía el desconocido, empeñado en salvarlo. Arréglate y vendrás con nosotros». Ante la fría indiferencia con que fué acogida la propuesta, el amigo obstinado porfiaba nuevamente: «Mañana volveremos por tí».

Entretanto, el cortejo de mártires avanzaba sereno hacia la muerte; en él formaban los antes mencionados Salesianos, que supieron perecer en la sangrienta pugna por Dios y por España.

En el amanecer de la fecha siguiente, el patio de la Cárcel se poblaba de desgarradores sollozos e incontinentes ayes.

Lloraban los padres la ausencia de los hijos; los hermanos evocaban el recuerdo de los hermanos y el buen Director de San Bartolomé lamentaba deshecho en llanto sobre un asiento duro la desoladora ausencia de sus Salesianos queridos.

La figura del venerable anciano parecía evocar en aquel mundo de lamentos y ruínas la imagen enlutada del Profeta de los Tronos: «Venid y ved si hay un dolor semejante a mi dolor».

Le consolaban haciéndole corona los supervivientes, alentando las horas de sus penas con pensamientos de esperanzas.

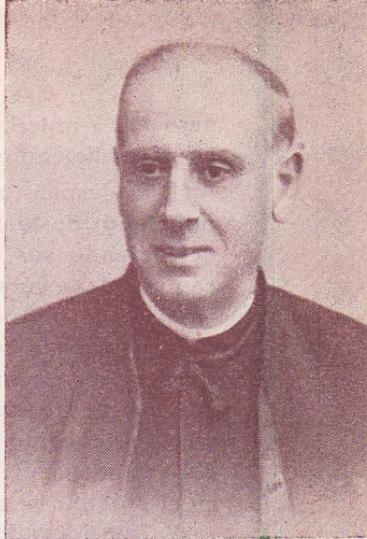
Una fiebre nerviosa agitaba a los pobres reclusos ante el cariz de los acontecimientos. Era la última lucha por conservar la vida, a dos pasos de las garras de acero de una muerte violenta; cruzábanse cartas entre los detenidos y las personas conocidas que pudiesen ejercer su influencia sobre las iras desatadas de la plebe; acudían los nuestros reiteradas veces al Real Cónsul de Italia, aduciendo el carácter de nuestra Obra y su origen extranjero; tras días de impacientes esperas, se deshacían los rosados sueños y la fe en la fuerza de los hombres, para entregarse decididamente en los brazos de Dios.

Don Antonio Ureña, averiguando el nombre de su desconocido protector, supo llamarse R. C. y ser un miembro destacado de la F. A. I.; el 3 de Septiembre personóse en la Cárcel el tal sujeto, acompañado de un grupo de anarquistas, preguntando por su joven protegido.

«Sé que eres inocente—dijo a éste—; voy a trabajar por ponerte en libertad; esta noche lo propondré a la reunión y veremos lo que acuerda la asamblea».

«Soy inocente—contestó el aludido—, pero también lo son los que vinieron de San Bartolomé conmigo; somos trabajadores como vosotros».

«Dame tu nombre, dijo C., sin conceder importancia a las últimas frases de su interlocutor; y éste agregó mientras aquél escribía: «¿Quieres también los nombres de mis compa-



Revdo. D. Joaquín Sierra, providencialmente salvado de las manos de sus verdugos

ñeros?». Y ante la insistencia generosa, el anarquista asentía en parte diciendo: «Con tal que no sean curas...»

Días después, al frente de un destacamento formado por milicianos de la F. A. I., R. C. caía en el frente de batalla defendiendo sus funestos ideales; antes de marchar a los campos de la guerra, el extraño revolucionario había conseguido para su protegido la ansiada libertad.

Alboreaba la fiesta de la Natividad de la Virgen María, sin toques de campanas; sin altares; mirábanse nuestros presos con aire de tristeza y confianza, evocando el recuerdo de un pasado henchido de ternura Mariana: «¿Qué regalo nos brindará en la fecha Nuestra Buena Madre?»—se decían pensando en el próximo martirio...

A las doce llegaba a la Cárcel un individuo apellidado P., con cuatro camaradas emisarios de la F. A. I., preguntando por un seminarista y por un joven llamado Antonio Ureña; presentáronse los otros ante el nuevo protector.

«En breve seréis puestos en libertad—les dijo—; para mayor seguridad de vuestras vidas tengo ordenado que se os traslade a una celda de protegidos por si hubiese nuevas sacas de presos para ser fusilados». Y encaminándose a la puerta se despidió hasta pronto.

Serían las dos de la tarde cuando nuestro Hermano y su compañero pasaban a ocupar la celda núm. 13.

Declinaba la tarde de la misma fecha y en la reja del mencionado encierro, una voz pronunciaba los nombres de los felices encerrados, subrayando el final con la fausta noticia: «¡En libertad!»

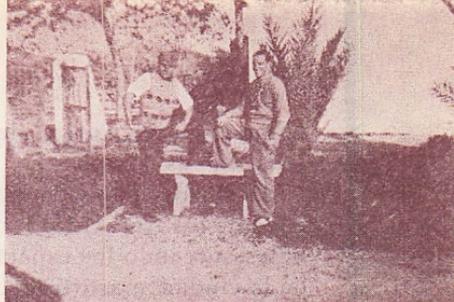
El mismo P. con otros compañeros venía a cumplir su promesa.

En la puerta de la Prisión aguardaban dos autos. Despedíase el afortunado Salesiano de los Hermanos que aún permanecerían en la Prisión, alentándoles con la gran esperanza de poder aliviar desde afuera su situación de angustia. Nuevamente la idea de recurrir al Real Cónsul Italiano reanimó los espíritus abatidos.

Sonaron los claxons de los autos en marcha, alejando a las víctimas de ayer, de las fauces oscuras de la muerte. Sonreían los dos libertados, sintiendo en el espíritu una nueva sensación de alivio; ante su vista se ofrecían las calles sucias y deshechas por el aleccionador bombardeo. Había desapare-

cido la euforia exultante de las masas y la alegría feroz había sido reemplazada por el miedo cerval, por el insomnio y por las dentelladas del hambre que

El Sr. D. Antonio Ureña en compañía de un "camarada"



volvían los rostros macilentos haciendo aparecer las calles orladas de interminables filas ansiosas de adquirir el mezquino condumio; en los atrios de las casas señoriales semidevastados por el fuego y el pillaje se hacinaba la multitud huída de los pueblos liberados: Niños famélicos de esqueléticas formas, con sus ojos informes y sus harapos miserables, agrandados por la luz del sol; ancianos de piernas hinchadas, sobando sus carroñas virulentas con las manos sarmentosas y temblonas; mujeres sucias, desgrefñadas, tendiendo los harapos húmedos en las verjas sublimadas ayer por la floración lozana de la madreSelva y de las campánulas reales.

En el Puerto, algunas embarcaciones con la proa hundida, mostraban parte de la quilla enmohecida de algas y líquines resecos.

Proseguían los vehículos su marcha, dejando atrás los barrios de la Ciudad entristecida. A lo lejos brillaba en un blanco sosiego de cal y horizontes tranquilos, la Colonia Obrera de Santa Inés, con sus casas prietas y simétricas, orladas de cornisas de colores, con sus ventanas diminutas e iguales, iluminadas de sol y tiestos florecidos; salían los vecinos agasajando a los recién llegados con el saludo pueblerino mil veces repetido. Algunas mujeres, recelosas, se agolpaban en el dintel semi abierto, comentando la noticia: «Son presos libertados por el P.; P. el Seminarista, el hijo de L. y un amigo, que es también de sotana.» Y la aludida señora abrazaba a su hijo, saludando con grandes extremos de cariño a D. Antonio Ureña y ofreciéndole su casa.

Venían también los componentes del Comité del Barrio, prometiendo, igualmente, su incondicional auxilio a los recién llegados...

P., entretanto, se ausentaba a cumplir los deberes que en su calidad de miembro del Tribunal Popular pesaban sobre él. En su arriesgado empleo, este extraviado personaje de sentimientos humanitarios y carácter servicial, se había impuesto la arriesgada carga de salvar a cuantas personas

compareciesen ante el iletrado Consejo. Centenares de veces fallaron sus deseos.

Deslizábase la vida en la Colonia, monótona y tranquila, lejos de los frecuentes bombardeos con que las armas nacionales, surcando los espacios, amenazaban la vida insostenible de la ciudad martirizada.

Se adentraba el invierno clavando sus fríos tentáculos en las carnes de la multitud aterrida; el avance incontenible de las armas españolas lanzaba sobre la población exhausta millares de seres de los pueblos comarcanos, impulsados por las brutales bayonetas del ejército rojo, a un torturante éxodo; hormigüean de gentes las calles de la ciudad y los portales de las casas: Hambre y andrajos bajo las alcantarillas húmedas, entre las ruínas de los palacios derruidos y en los Templos vacíos de imágenes y sobre el pavimento duro de la vía pública, sin más techo que un cielo gris cargado de densos nubarrones.

Un día del mes de los difuntos, el 17, P. sintió deseos de consolar las amarguras que su funesto cargo le proporcionara, compartiendo con las víctimas que su intervención arrebatara a la fría indiferencia de la muerte. Sonaba nervioso el teléfono de la Colonia, exigiendo de los recién alojados una rápida entrevista con el influyente revolucionario; encaminóse D. Antonio Ureña a la ciudad para dar cumplimiento a la forzosa cita; en sentido contrario se acercaba un joven que había permanecido en la Cárcel Provincial hasta fines de Septiembre; saludáronse los dos antiguos compañeros de infortunio con la alegría de la libertad recíproca y el Religioso indagó con ansiedad no disimulada, noticias sobre la suerte de sus Hermanos.

El Rvdo. P. D. Antonio Pancorbo fué fusilado el día 21 de Septiembre, anunciaba el nefasto mensajero; el Director y los Hermanos Coadjutores D. Esteban García y D. Rafael Mesa, fueron víctimas de las iras populares, encendidas por los continuos bombardeos. Más de mil quinientas personas, asaltando el edificio, arrancaban a sus desdichados moradores de la protección segura de la Cárcel, exigiendo un fusilamiento bárbaro e inmediato; esto ocurría el día 24 de Septiembre.

Contaba también el advenedizo, cómo el Hermano Coadjutor D. Adolfo Inarajo, logró escapar de la cruel carnicería, haciéndose pasar por preso por delitos comunes, siendo por

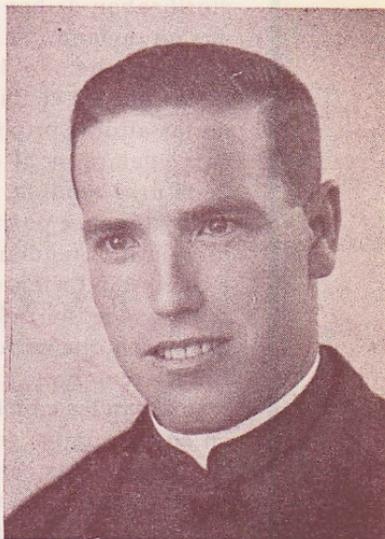
esto conducido al barco prisión fondeado en el muelle, de donde logró evadirse.

Despidiéronse los dos encontradizos expresidarios, augurándose nuevas y más risueñas aventuras.

En el ánimo acongojado del Salesiano superviviente, presionaba la losa fría del dolor, despertando en la mente recuerdos y reconstruyendo escenas de espeluznante martirio; como un sedante, la luz cegadora de la fe ahuyentaba las negras sombras de la tristeza, haciendo renacer alientos para futuros optimismos.

Las figuras queridas de los Mártires parecían elevarse en el cielo aterido de la ciudad esclava, interponiendo su intercepción valiosa ante el trono de Dios.

Penetraba el atribulado Salesiano en la ciudad. La muchedumbre de miradas muertas; la milicianada que paseaba el uniforme oprobioso de sus rojas meznadas mascullando derrotas; los grandes almacenes con sus estanterías alineadas y desiertas; las banderas vergonzosas florecidas de oprobiosos blasones; los carteles procaces con su tinte de colores chillones y sus figuras de atletas, últimas inyecciones a la moral guerrera envuelta ya en la red enmarañada del fracaso, todo se ofrecía a sus ojos en actitud hostil... Proseguía el desamparado Hermano buscando el lugar de la cita casi inconscientemente, rumiando la pena con que quiso brindarle la ciudad ingrata. En las puertas del Juzgado se arracimaba la multitud en espera de las próximas condenas. Algunos sacerdotes descendían por la escalera central, con la palidez de la mortífera sentencia pintada en el semblante. En el interior del edificio se encontraba P. con algunos individuos del Tribunal siniestro; juntóse D. Antonio a los improvisados jueces y en compañía fueron a almorzar al Hotel Vasconia. Compartía el extraño amigo con el Religioso planeando nuevos medios de defensa en favor de sus protegidos: «Te sacaré — decía — un Carnet de la U. G. T. para que te puedas colocar y vivir tranquilo», y cumplió su palabra; gracias a este providencial documento,



*Rvdo. Sr. Don
Antonio Ureña*

pudo nuestro Hermano entregarse a la tarea de enseñante a domicilio, haciendo frente de este modo a los gastos de una existencia económicamente difícil.

Entretanto, las grandes ciudades de la provincia malagueña se reintegraban al mapa nacional entre las explosiones del vibrante júbilo de sus pobladores: Antequera y Ronda se glorificaban de banderas nacionales y de clamores de campanas anunciando la llegada del imperio de la paz y la justicia.

Un día helado de Febrero, cuando los brotes amoratados de las lilas se cuajaban de frío, las armas españolas coronando las alturas próximas de la capital de la provincia, exigían como galardón al avance insostenible, la entrega inmediata de la urbe rendida.

Agitábanse gozosas las banderas a la vista del anchuroso mar latino, tendiendo sus fajas ondulantes al primer beso húmedo del viento marero; y los carros de guerra, estuches repletos de herramientas mortíferas, cerraban la línea del paisaje en una imponente exhibición de austeridad y valentía. En los caminos amarillentos y entre las arboledas oscuras resonaban las canciones nuevas y los relinchos de los corceles en cuyas pupilas gordas retratábase empequeñecida la vista de las primeras casas de los barrios cercanos. En las torres de la ciudad expectante las campanas aguardaban mudas de emoción, la hora de la conquista para lanzar a los espacios con sus lenguas de acero la magna proclama de la victoria.

El 8 de Febrero, Málaga se rendía a la espada victoriosa del General Queipo de Llano, volviendo al seno de la Patria común.

Tronaban los cañones en salvas de triunfo, dialogando con las gloriosas unidades marinas, y las naos del aire cruzaban los espacios trazando jubilosos signos, mientras las calles de la [ciudad desfigurada] florecían de banderas saludando el paso de los soldados de Franco. Málaga se arrojaba en brazos de sus libertadores, mientras las hordas tras-humanantes vomitadas por el país de la estrella solitaria, abandonaban el tapete riente de las playas malagueñas, empequeñeciéndose cada vez en las distancias.

Allí estaba, al fin, la urbe redimida, latiendo al compás de las tonadas marciales, purificada en su lento tributo de sangre y fuego, exultante de gozo en la jornada de la liberación y con el alma enlutada por el recuerdo de los seres ausentes.

Aquellas tierras fecundas y ubérrimas, trozo de la sin par Andalucía, rezumaban por todos sus tramos, sangre inocente sacrificada en los altares de Dios y de la Patria.

En una de las calles exultantes por el tránsito del marcial desfile, se avistaron los Salesianos supervivientes: El Rvdo. P. Seraffín Rodríguez aparecía a la luz gloriosa de la jornada después de haber permanecido oculto en un humilde tugurio durante todo el tiempo del dominio rojo; idéntico peligro había arrostrado el Rvdo. P. Joaquín Sierra, salvándose al fin, después de burlar la vigilancia, de los verdugos que le llevaban camino del suplicio.



Rvdo. P. D. Félix Paco

Se abrazaron los reaparecidos con los Sres. D. Adolfo Inarejos y con el Sr. D. Antonio Ureña, evocando a los Mártires:

Rvdo. P. Manuel Gómez, Director, figura bondadosa; su vida prolongada y fecunda supo ganar muchas almas para Cristo; a pesar de su edad avanzada, la Revolución le sorprende prodigando los tesoros de su larga experiencia a los huérfanos de las Escuelas de San Bartolomé; ante su vista las turbas aniquilan la Obra tan amorosamente cultivada: su Colegio; dos meses y seis días de cruel cautiverio purifican su alma en el fuego de la tribulación, hasta que el 24 de Septiembre, fecha consagrada a la Reina de todos sus amores, su espíritu cargado de santas y meritorias obras, se remonta al Cielo tras conseguir en su sangriento exceso, la palma del Martirio.

Rvdo. P. Vicente Reyes: Prefecto del mencionado Centro; alma de atleta y corazón de Apóstol; a semejanza del Maestro, pasó por las sendas de la vida, esmaltándolas de flores; cuantos le conocieron, ante las exquisiteces de su caridad, le proclamaron Padre. Un día de Agosto, el 31, el disparo homicida de las armas del Marxismo le franqueaban las puertas de la Gloria.

Rvdo. P. Antonio Pancorbo López: Catequista y Maestro; sacerdote humilde de preclaros talentos; su alma enamorada



*El obrero José García,
que prestó generosa
hospitalidad al señor
D. Antonio Ureña*

del mar prodigó al arrullo de diferentes litorales, los tesoros de su bondad exquisita. Hijo de Málaga, probó la inmensa pena de ser inmolado a la vista de la Ciudad que tanto idolatrara, por sus mismos paisanos. El 21 de Septiembre su alma se remontaba al Cielo.

Rvdo. P. Félix Paco: Confesor del Colegio. Bien se le pudo aplicar el dicho de Jesús: «Si no os hiciéseis como niños no entraréis en mi Gloria.»

En la labor paciente y santa de educador incansable, fué porción predilecta de sus tiernas delicias, las almas infantiles. Fué su glorioso tránsito el 31 de Agosto.

Rvdo. P. Francisco Míguez: Apóstol incansable de la niñez malacitana. Sus claros méritos le valieron de Dios un especial Martirio. Centenares de seres le lloran implorando su nombre. La fecha memorable de su inmortal triunfo corresponde al 1 de Agosto.

Rvdo. P. Manuel Fernández Ferro: Sacerdote ejemplar y humilde Religioso, vivió consagrado a la labor callada y fecunda del apostolado docente. En sus pupilas resignadas ante la actitud homicida de un grupo de asesinos, se reflejaban el recuerdo emotivo de su dulce tierra, el amor a sus padres y un pleno abandono en los brazos de Dios. El 24 de Agosto renacía para el Cielo.

Sr. D. Tomás Alonso: Hermano Coadjutor, ejemplar, laborioso; la senda iluminada con sus nobles ejemplos mereció el riego generoso de la propia sangre para abocar en las puertas de los Alcázares Celestes el 31 de Agosto.

Sr. D. Esteban García: Hermano Coadjutor, raro ejemplo de arraigadas virtudes; su alma elegida mereció ser contada entre los que sufren persecución por la Justicia; su recompensa fué el Reino de los Cielos. Asesinado el 24 de Agosto.

Sr. D. Rafael Mesa: Hermano Coadjutor. Su vocación santa y su vida abnegada fueron segadas en flor para convertirse en inmortal recompensa. El 24 de Septiembre fué su glorioso tránsito.

D. Alfonso Cárdenas: Familiar, piadoso, complaciente y amable. En pago de sus nobles servicios honróle el Señor entre sus elegidos. Moría en el sacrificio, por Dios y por España el 24 de Septiembre.

En las calles de la ciudad totalmente redimida aflábase el aire del mar sobre la multitud vibrante de entusiasmo, y las estrellas parecían abrirse en los espacios ante la vista de las aguas exaltadas de espumas; parpadeaban las luces de los vapores lejanos como luciérnagas prendidas en la floración oscura del horizonte, contemplando el milagro tranquilo de la tierra y su nuevo resurgir.

Volvía la antigua nao de las tierras marroquíes, cortando con su afilada proa el topacio glauco de las aguas inquietas. Con los mástiles enjovados de luces, la nave correo avanzaba hacia la ciudad incorporada a la vida de España, como un gran corazón.

Antes de partir los Salesianos supervivientes, quisieron visitar por vez postrera la Cárcel Provincial, mortaja de piedra, antesala de una gloria infinita, testigo mudo de congojas mortales...

Besaron los muros con la unción devota con que se rinde homenaje a un santo relicario. En las salas desiertas resonaron los sollozos con un eco silente y místico de templo vacío...

En la paz lejana e ignota, los cuerpos de nuestros Mártires duermen un sueño de gloria, amortajados y envueltos en la túnica sagrada tejida con hilos de su propia sangre...



Estampa Novena

EN un rincón sevillano,
anónimo y oscuro;
arrabal de callejas tor-
tuosas, envuelto en los
vahos de la panera y de
la cuba y del lienzo lava-
do iluminado de sol, se

levanta confundida entre las casas vecinas la Fundación Sale-
siana de San Benito de Calatrava ..

En el ambiente pueblerino del humilde barrio, el docente
edificio extiende con amor sus bienhechores muros, brindan-
do educación y cristiana enseñanza a la niñez que puebla sus
contornos.

En el recinto del antiguo Convento de la esclarecida Orden
de Calatrava, envuelto en dramáticas leyendas, se forjaron
modernamente bajo la dirección de los Hijos de San Juan
Bosco, centenares de alumnos que, convertidos en padres de
familia, hoy pugnan las rudas batallas de la vida.

Al sonar los clarines de la última jornada de Guerra y
Reconquista encendiendo de lucha todos los sectores de
la Ciudad del Betis, el Barrio pronuncióse en favor del
marxismo.

*... que las nubes sólo duran un
momento y que el sol es para
todos los días.*

R. TAGORE

Sonaban los disparos turbando la paz de las casas pequeñas, y los impactos de las armas, manejadas por manos extremistas, florecían en la fachada y en los muros del Centro Salesiano.

Pronto una turba de pistoleros invadían todas las entradas del pacífico hogar... Irrumpían los asaltantes por las diversas entradas del indefenso edificio...

Más de un centenar de hombres invadieron las aulas infantiles, destrozando los enseres escolares y prendiendo fuego en el mobiliaje... Entretanto otro grupo superior en número llegaba al patio central, franqueando la puerta de la calle Calatrava.

El Rvdo. D. Gregorio M. Ferro, Director del Colegio, benemérito y anciano sacerdote, ofrecióse al paso de los airados invasores; amagaban los cobardes al venerando Religioso, intimando al mismo tiempo el libre acceso a los diferentes locales del edificio; recorría la chusma las dependencias de la Casa, causando lamentables desperfectos y robando cuantos objetos hallaba de su agrado; al invadir la modesta despensa, uno de los más osados, blandiendo un enorme cuchillo, hizo ademán de agredir al sacerdote, y éste, con voz emocionada y serena, increpó al agresor: «¿Por cuál de las obras de bien que he hecho en este barrio pretendes quitarme la vida?». «He pasado mis mejores años haciendo el bien a vuestros hijos.» Y el arma amenazante depuso su fiereza...

Acrecía el rumor de la turba agolpada en la calle, y ante el ciego reclamo, los de adentro obligaron con brutales empujones y soeces insultos al Director y al Rvdo. P. Eduardo Villar, a salir fuera del edificio.

A la vista de las indefensas víctimas y de sus hábitos talares, rugía la multitud premeditando el crimen, mientras algunos que parecían gozar de especial influencia se pronunciaban en favor de los atribulados religiosos.

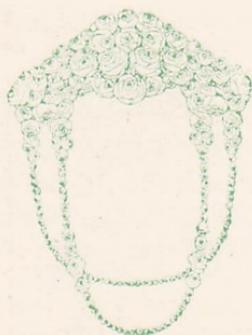
Se impuso, tras horrendas protestas, el criterio de los menos, y nuestros Hermanos, por una protección especial de lo Alto, pudieron reintegrarse a su amado Colegio.

Por la noche de aquel día continuaron los disparos enturbiando la serenidad de la conquista enclavada en el corazón de Sevilla.

Los dos Religiosos mencionados y el Rvdo. P. D. José Ferro, también miembro de la Comunidad de San Benito,

permanecieron en el aún inseguro edificio, confiados al amparo de la Celeste Madre María Auxiliadora.

En día sucesivo, tras la victoria del General Queipo de Llano, la paz y la esperanza volvían a renacer...



Estampa

Décima

A treinta y dos kilómetros de Jerez de la Frontera, florece San José del Valle, barrio apartado de la gran urbe gaditana, con sus casitas apiñadas en la falda de la montaña, que la piedad de un sacerdote venerando coronara con la Cruz.

¿Habláis de desierto? Pues mirad. ¿Decís qué es el desierto? Pues ahí tenéis el manantial y la palmera.

PAUL CLAUDEL

Allí, entre los naranjales cuajados de aromas y frutos sabrosos; entre el murmullo de ricos manantiales que discurren agrandando el silencio y la fertilidad del suelo, se eleva rodeado de jardines, el Noviciado y Estudiantado Filosófico de la Andalucía Salesiana.

Una generación entera recuerda en sus momentos de añoranzas, los días felices de aquella infancia religiosa, en que los jóvenes espíritus plagados de ilusiones, iban plasmando en la mente y en el corazón el Santo Modelo Salesiano, para lanzarse en fechas posteriores a la brava conquista.

Inolvidables son aquellas sendas florecidas de menta y de romero y la sombra tendida bajo la vegetación frondosa y las ascensiones coronadas de frutos agrestes y pájaros caudales, atalayas de pueblos lejanos y reflejos de mar...

En el desierto exuberante de aquel paraíso sin límites, disgregado del consorcio tumultuoso de los hombres, el Solariego Hogar plegaba sus puertas en el recogimiento habitual, guardando en su interior el tesoro inapreciable de sus venerandas tradiciones: Piedad sentida en la Capilla de imágenes risueñas, embalsamada por magnolias y jazmines y cánticos sagrados que emulan en las fiestas litúrgicas a las Grandes Abadías: Melodías de armonium y dialogar acompasado de salmodias, filtrándose por las ventanas monásticas para realzar con sus cadencias la serenidad del paisaje cercano.

Vida estudiosa y austera, deslizándose a toque de campana, en la marcha imperturbable del Curso Escolar.

Fiestas imborrables con himnos y canciones que evocan la figura patriarcal del Santo Abuelito y las rancias virtudes Salesianas.

Alegres despedidas periódicas, a las nuevas cuadrillas de operarios, que marchan, con el alma henchida de promesas, al campo de la Mies. Tal es en síntesis la vida del Solariego Hogar.

EL MOVIMIENTO SALVADOR EN SAN JOSE DEL VALLE

Eran las horas del verano; los frutales inmóviles y verdes tendían sus sombras, taladradas de sol, junto al Recinto tranquilo. Y el huerto grande como una heredad, surcado de acequias sinuosas y húmedas y de chopos erectos de hojas nerviosas, dormía ceñido por sus bordes de rosales al amparo de la sombra austera de los cipreses.

Una tarde sonaba un rumor de pisadas nuevas en el camino de las Acacias, y las puertas grandes del edificio se abrían para recibir, como brazos de cariñosa madre, a los hijos que volvían, desmenuzando memorias y marchitos recuerdos, florecidos bajo una de las arcadas del pórtico central. Todo el ambiente parecía rejuvenecerse con la llegada de aquellos peregrinos, prontos a templar sus armas en el troquel de los Santos Ejercicios Espirituales.

Y se hacía un silencio sobre toda aquella tierra santa, como si todos caminasen descalzos cumpliendo un precepto del Señor.

Aquel 18 de Julio, en el ambiente campesino del Noviciado Salesiano, deslizábanse las últimas horas de los Ejercicios Espirituales en una paz ungiada de prodigios...

Setenta Religiosos cumplían las jornadas del Santo Retiro, ignorando la suerte del personal de las Casas respectivas.

En días sucesivos habían de comprobar con el corazón sangrante, que muchos de los Hermanos compañeros de ayer, se encontraban envueltos en el torbellino de la Revolución, mientras otros comenzaban a nutrir las filas de los Mártires de la Religión y de la Patria.

Sevilla, Morón de la Frontera, Ronda y Málaga, iban pagando su tributo de sangre. mientras el personal parcial de las distintas Casas enclavadas en dichas ciudades encontraban una salvación providencial en la Casa Solariega de San José del Valle.

Muchos de los ejercitandos salvaron sus vidas por la providencial circunstancia de la ausencia en el Retiro... Juicios insondables de Dios, en cuyas manos se encuentra la existencia de los hombres y cuya Providencia no consiente que caiga un sólo cabello de la cabeza de sus elegidos sin su divina complacencia.

Días después, aquellos Hermanos reunidos en nombre del Señor, se vuelven a dispersar por los caminos de su arriesgada obediencia; muchos se encuentran disgregados del regazo de la Comunidad amada, porque los Centros religiosos que días antes les vieran partir, se encuentran ahora en la zona adversa.

Con el corazón transido de pena, aquellos Religiosos se ausentan de la Casa Matriz en espera de una segunda Redención.

Entretanto en el poblado rústico repercutían los ecos de la gran sublevación... Y la plata vieja del olivar, tendido en la vertiente, en un sueño de reposo; y el aliento de la brisa, recostada sobre el color de las flores campesinas; y la grama rubia que cubre el pastizal; y los casales inmóviles y desnudos cercados de piteras; y los ganados que muerden el verde tierno del bancal: se estremecen con el estrépito de ramas y árboles, cortados a cercén, mostrando la herida resinosa, húmeda de savia...

Yacen los troncos en la desierta carretera, arteria principal que une el poblado con la ciudad lejana, alentando la vida incipiente de aquel..., y los que detentan el poder, siembran la intranquilidad en el ameno villorrio, intentando interceptar el paso de las tropas Coloniales.

Al renacer la calma en la hermosa Capital Gaditana, el humilde poblado de San José del Valle se reintegra a la vida normal.

Las fuerzas de la Guardia Civil asumen el mando de la pequeña plaza, haciéndose cargo de la tranquilidad campesina.

Pasan los días alejados del tumulto patriótico; la falta de teléfono y la interrupción del Servicio de los Coches Correos hacen vivir a la Comunidad Salesiana momentos de mortal zozobra.

Redóblanse las preces y las Jornadas Eucarísticas, implorando la paz y la victoria de las armas de Franco.

Vientos siniestros que llegan de la Ciudad del Betis, traen en sus alas de luto, noticias narradas en estampas anteriores...

Doblan las campanas con su voz de sufragio, contando con sus lenguas afiladas el gran sacrificio de los Hermanos caídos... Y el tranquilo sosiego de otros tiempos se quiebra en un sollozo, adivinando toda la tragedia en que se halla envuelto el Solar Hispano.

Un día la Casa lisa y blanca, en el reposo de sus viejos pilares y en sus arcos cuajados de luz, siente al par del murmullo de rezos, el chocar de las armas y las voces de las guardias nocturnas, vigilando todos los caminos de la serranía...

Los frutales juveniles y los otros, las vides recubiertas de pámpanos encubridores de racimos jugosos, los perales con sus rosas de leche entreabiertas, contemplaban por primera vez el sosiego de la paz religiosa velado por las armas.

En la serranía, un grupo de insurrectos intentaba turbar la paz del poblado, practicando violentas incursiones.

Y los hombres de España se aprestaron a la lucha, amparando las vidas de los humildes y restableciendo con la acción decidida de las armas la tranquilidad perdida.

Entretanto, a la voz de llamada de la Patria, los hombres del campo, abandonando sus hogares, trocaban el fusil por la manquera y el sombrero de palmas por el airoso gorrillo militar...

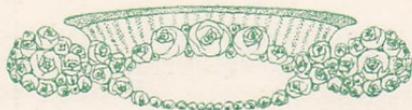
También el Noviciado Salesiano ofrecía su tributo de hombres, que marchan a empuñar las armas en defensa de los santos ideales, con la gran esperanza puesta en los que permanecen en la Casa solariega amparándoles con la plegaria cotidiana.

La vida Salesiana en San José del Valle, un día por voluntad de Dios retorna a los cauces de la normalidad...

Regresan los ausentes amparados por la Ley; en el área nacional, las provincias andaluzas del litoral van quedando zagueras; ya no se percibe ni el estruendo de los cruceros enemigos enviando su carga mortífera a la capital gaditana, ni cruzan aparatos adversos la limpidez del cielo...

Renace la paz, y la Casa Noviciado tiene una plegaria en su dolor para los Hijos que supieron sucumbir sellando con la propia sangre la realización del programa que al amparo de sus muros aprendieron. Al mismo tiempo, del sacro recinto se elevan preces de la más acendrada gratitud a la Providencia Divina.

Sobre el Monte yérguese una Cruz: Unas piedras yacen removidas en su base; mordedura ineficaz del ateísmo, en su intento de derrocar un triunfo milenario... Y al amparo de sus brazos extendidos, la Fundación ubérrima se eleva plétórica de vida; joven en los días de la prueba; reconocida y sumisa a los designios de Dios... porque otra vez los Hijos podrán acudir al amparo de sus muros, para evocar recuerdos de una infancia feliz y alentadora en los días del Santo Retiro...



Estampa Undécima

MUNDA romana;
árabe, Mondelia,
para ser bautizada por
Fernando el Santo con
el nombre sonoro de
Montilla.

Tierra de héroes y de
Santos. Bravura de Don Gonzalo, el Gran Capitán, conquis-
tador de reinos para el Rey su señor. Aleteos de querubes
sobre el sarcófago de Francisco Solano el Misionero, captador
de infieles para Dios...

Relicario de piedras labradas: Puerta de Aguiar, pupilas
morunas abiertas en la contemplación festiva de la calle...
Puerta de San Lorenzo: Sublime evocación arquitectónica...
Convento de las Claras: Amalgama de estilos; milagro cince-
lado en piedra... Y en el ambiente, la rancia solera Montillana
y el trájín de las fábricas, y los campos ubérrimos... y el
águila bicéfala campeando en el escudo, del mapa provincial,
sosteniendo sin cansancio la pesada corona de los reales
privilegios...

*¿De dónde me llegan tantos
hijos?, exclama la que suponían
ya estéril.*

PAUL CLAUDEL



Fachada del Seminario Salesiano de Montilla

MONTILLA SALESIANA

A la hermosa Ciudad, por voluntad de un insigne varón

titulado, arribaban los Hijos de San Juan Bosco, implantando bajo su cielo acogedor la insignia señera del Apostolado de las almas...

Bajo los auspicios del Excmo. Sr. Conde de la Cortina, las Escuelas Salesianas incipientes llegaban a alcanzar un preclaro renombre, y entre los alumnos que adquirieron en sus aulas los conocimientos de la Enseñanza Primaria, comenzaron a germinar vocaciones religiosas que en el futuro llegaron a formar parte de las filas Salesianas...

En el año de 1927, al plantearse el problema de la erección de un Seminario Salesiano para los Aspirantes de los distintos Colegios de Andalucía, los Superiores eligieron para tal fin, el Centro Salesiano de Montilla. La situación privilegiada del edificio, el ambiente material y moralmente propicio, hicieron que el Colegio en su nuevo aspecto rindiera los resultados apetecidos.

Introducidas en los últimos años ventajosas mejoras, cuenta el Aspirantado, actualmente, con locales magníficos, entre ellos el Salón de Estudio, de capacidad extraordinaria, y la Capilla amueblada con exquisito gusto; patios de recreo abiertos al sol y al aire y un conjunto de detalles que contribuyen al bienestar material y espiritual de los futuros obreros de la Viña Salesiana.

Junto al internado florece el externado: Verdadero semillero de vocaciones, ha contribuido y contribuye actualmente con su tributo de escogidos Aspirantes y Religiosos Salesianos.

Hoy, para gloria de la Urbe Montillana, hemos de hacer constar que en las filas Salesianas figuran Sacerdotes, Clérigos y Coadjutores nacidos en el seno de la benemérita ciudad. Dios quiso completar esta oferta, permitiendo que entre los Religiosos Montillanos Hijos de San Juan Bosco, figurase además un esclarecido mártir: El Rvdo. P. Miguel Molina de la Torre, cuyo cruento sacrificio hemos narrado al relatar los sucesos acaecidos en la capital Rondeña...

Los compañeros del esclarecido sacerdote, quisieron perpetuar la memoria del Mártir de Cristo, fijando una artística lápida en

Lápida dedicada por los Exalumnos de la Asociación Salesiana de Montilla al Rvdo. P. Miguel Molina de la Torre



las paredes del Colegio donde alentó sus primeros pasos hacia la meta del Altar, el virtuoso religioso. La ciudad por su parte, testimonió su afecto y su recuerdo al hijo inolado por la tiranía marxista, titulando una de sus calles con el nombre del caído por Dios y por España.

EL MOVIMIENTO SALVADOR EN MONTILLA

Al iniciarse el Movimiento Nacional, las fuerzas que guardaban la plaza de Montilla, integradas por individuos de la Benemérita, decidieron valientemente la suerte de la ciudad, incorporándola desde el primer momento a la zona liberada.

Montilla, vanguardista en la contienda, supo rendir su tributo de hombres y de serenidad a la Causa, al encontrarse ante un enemigo superior en número en los primeros momentos.

La ciudad entera castigada por los aparatos contrarios, con violento bautismo de fuego, supo asistir sin desmayo a la batalla que a pocos kilómetros libraban las tropas españolas, disputando al enemigo la posesión de Espejo.

Los montillanos, avezados a la lucha, supieron convertir sus calles y sus casas en Cuarteles permanentes, recibiendo

varias veces con inmenso júbilo la visita de nuestros invictos generales. El Centro Salesiano tuvo también sus horas de amarguras.

Pocos días antes de iniciarse el Glorioso Movimiento Salvador de España, el Rvdo. Sr. Director del Seminario Salesiano D. Florencio Sánchez y parte de la Comunidad, habían marchado con un grupo de Aspirantes a la ciudad de Ronda, con el fin de pasar una temporada de descanso.

Al quedar la capital de la Serranía Malagueña en poder del nefasto Gobierno de Madrid, los ausentes permanecieron aislados del Hogar Religioso de su procedencia y a merced de las eventualidades revolucionarias de que fué víctima la hermosa ciudad de Ronda.

En el Aspirantado redoblábanse las preces implorando la libertad de la urbe esclava y el regreso incólume del caro Superior y de sus acompañantes.

La oración persistente operó el milagro: Al quedar liberada la ciudad de Ronda, púdose comprobar que todo el personal perteneciente al Colegio Salesiano de Montilla, tras largas y complicadas vicisitudes, permanecía a salvo.

Prueba palpable de la protección Divina, que se complace, cuando así lo requieren sus secretos designios, en manifestar el poder irresistible de la oración continuada y fervorosa.



Estampa Duodécima

UNA Ciudad hubo en el mapa de la guerra andaluza, avanzada de Córdoba la fuerte, que supo sufrir en sus entrañas todo el peso de labarbarie moscovita.

Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia.

JESUCRISTO

En el centro del valle fecundo de Los Pedroches, se asienta Pozoblanco, capital de los pueblos circundantes, con sus campanarios joviales, testigos de una tradición cristiana de siglos, crecida en la paz eglógica y ubérrima de sus campos y de sus horizontes, forjadores de hijos robustos, sanos de cuerpo y alma.

Las corrientes sectáreas que invadieron las laderas floridas de nuestras creencias religiosas y españolas, sembrando por doquier la desolación y el caos, irrumpieron en la hermosa y pacífica urbe, enturbiando la paz de las conciencias y encendiendo los odios partidistas, contribuyendo también el nuevo estado de cosas y de régimen a desenmascarar a los fluctuantes y remisos, fortaleciendo en cambio para la lucha incubada en mítines y Prensa a aquellos varones esforzados que supieron arrostrar los embates de la persecución sistemática hasta el derramamiento de la propia sangre en pró de los ideales patrios y cristianos.

Desde principios de siglo, Pozoblanco, pueblo sentidamente cristiano que tuvo como timbre de gloria el haber dado a las filas de la Santa Madre Iglesia, celosos ministros del Culto y ejemplares Religiosos, pedía una Fundación en beneficio de las juventudes locales.

Siendo varios los Religiosos Salesianos nacidos en dicha ciudad, todas las aspiraciones coincidieron en que fuesen Religiosos de esta Congregación los que viniesen a la ciudad a implantar su fecundo sistema.

Un esclarecido Prelado, hijo de Pozoblanco, vino a colmar los deseos de todos, legando sus bienes de fortuna para que la ciudad pudiese contar con la anhelada Fundación.

En el año de 1930 surgía el Edificio y las aulas recibían en su seno a la niñez y juventud pozoblanqueñas, troquelando en las mentes educadas ya en el temor de Dios, la figura del futuro atleta de Cristo.

El júbilo que produjo en la urbe la aparición de la Obra de San Juan Bosco, puede ponerse en parangón con los férvidos deseos de las almas buenas que tanto anhelaron ver la obra culminada.

Al iniciarse el Movimiento Salvador de España, la Obra Salesiana contaba en Pozoblanco con unas Escuelas de Primera Enseñanza para alumnos externos; clases nocturnas para adultos y un extraordinario movimiento religioso en la hermosa y bien dotada Iglesia pública.

Componían el personal de la Casa Religiosa el 18 de Julio, cinco Salesianos: el Rvdo. Sr. D. Antonio do Muño, Director del Centro; los RR. PP. D. Baldomero Pagán, D. Juan Antonio Sánchez, D. Claudio Sánchez, procedente del Colegio de Utrera, y el Sr. Teólogo D. Luis Parrondo, personal del Estudiantado de Madrid.

Al proclamar la Radio de la capital Cordobesa el Estado de Guerra y su rebeldía contra el Gobierno Marxista de Madrid, el contingente de la Guardia Civil de Pozoblanco, en acto de valiente patriotismo e indomable bizarría, supo secundar la voz gloriosa de la Patria, tomando posesión de los edificios públicos y del mando de la ciudad.

La paz quedó asegurada durante las primeras jornadas del Glorioso Alzamiento, siendo turbada más tarde por la actitud de los pueblos vecinos.

Asediada por los mineros de Peñarroya la importante y cercana Ciudad de Hinojosa del Duque, el enemigo, alentado

en sus conquistas, intentó apoderarse de la capital de Los Pedroches, poniéndole un asfixiante cerco; pero aún hubo arrestos de valor y gallardía en la ciudad asediada. Una columna compuesta por números de la Guardia Civil y paisanos voluntarios, al grito de ¡Viva España!, ahuyentaron al enemigo cercano, acudiendo en auxilio de Hinojosa, llegando a reconquistarla para la buena Causa.

Entretanto el aislamiento y cerco en que las armas aéreas y terrestres del marxismo pusieron a la Ciudad de Córdoba, le imposibilitaron el acudir en auxilio de Pozoblanco.

Aumentaban los peligros para esta Ciudad por parte de las patrullas de sicarios que enturbiaron sus días.

El 24 de Julio, las bombas aéreas enemigas inician su bautismo de fuego contra el pueblo indefenso, haciendo más tangible el desamparo y patriotismo de sus hijos y de las fuerzas que guarnecen la Plaza.

La obstinación de Pozoblanco y su valiente actitud contra un enemigo superior, llegó a exasperar en tal forma a los jefecillos del Frente Popular que aún detentaban el Poder, que hicieron blanco de sus odios al indefenso poblado.

La multitud roja, estacionada en los andenes de la Capital de España, saludaba un día, puño en alto, a las tropas republicanas, que al mando del funesto General Miajas venía a conquistar el Norte del frente Cordobés, mientras las escuadrillas aéreas preparaban el camino lanzando hojillas volanderas. La Ciudad cercada de enemigos aceptaba el reto, y la aviación marxista respondía con nuevos bombardeos.

Los Religiosos, Salesianos ante el cariz de los acontecimientos y el agotamiento de las municiones que padecían los defensores, se vieron obligados en los primeros días de Agosto a abandonar el local de residencia, interrumpiendo su labor para vivir al amparo de algunas familias amigas.

Finalizaba la primera quincena de Agosto y las tropas de Madrid acampaban en las inmediaciones del poblado, enviando un capitán de sus mesnadas para capitular con los bravos asediados.

«¡Pozoblanco sucumbe, pero no se rinde!», fué la contestación del Jefe de la Plaza.

En su heroico abandono consumieron las fuerzas atacadas todas sus reservas, teniendo al fin que entregarse al enemigo, que en los primeros momentos de la lucha, al tener que

enfrentarse con españoles decididos a vender caras sus vidas, prometía falazmente respetar vidas y haciendas.

Con las primeras sombras del 14 de Agosto, caía sobre la Ciudad muda de espanto, la avalancha de las hordas hambrientas, saqueando los hogares y nimbando de luto aquellas jornadas que habían de dejar huellas perennes en la historia de la rica urbe.

La toma de un pueblo de relativa importancia y su caída en manos de un ejército de material moderno, bajo el amparo de la aviación, fué enaltecida por las Radios enemigas como una de las más esclarecidas victorias.

También en esta ocasión se consumó la más horrenda de las perfidias, engrosando el número de las que envilecieron nuestro suelo.

Fué una emboscada aquélla, digna de la más abyecta villanía. Los nuevos poderes revolucionarios declaraban ante el pueblo, que serían dejados en libertad de ausentarse de la población todos los ciudadanos que así lo prefiriesen, para cuyo fin serian puestos a disposición de los mismos, algunos trenes de la línea Levantina.

Quedaron prendidos muchos incautos en las redes insidiosas del enemigo; aquéllos en su afán de abandonar un ambiente contrario a sus ideas, asaltaban los vehículos buscando en el abandono del terreno natal un consuelo momentáneo. Los infelices, al ocupar los transportes que habían de conducirles a lejanas tierras, eran declarados presos políticos por la milicianada. Muchos, en el curso del viaje, fueron sacrificados para ahogar los gritos de la multitud, agolpada en los andenes del tránsito, siendo los restantes paseados por las calles de la Capital Levantina y encerrados en un barco prisión, de donde fueron sacados en grupos considerables para ser fusilados.

Imperaba el desenfreno de la soldadesca en el pueblo conquistado, continúa amenaza para las conciencias cristianas; las manifestaciones callejeras recorrían la ciudad, siendo forzados a formar en la misma aún las personas de credo diferente.

Los registros que empezaron a practicarse con diabólica saña en los domicilios particulares, hicieron peligrar la vida de nuestros Hermanos; a tal punto llegaban los desmanes de los nefastos dominadores, que el local de la Cárcel era considerado como refugio un tanto seguro contra la plebe en armas.

El 17 de Agosto los RR. PP. don Antonio do Muiño y D. Baldomero Pagán se personaban en el lugar de la Prisión haciendo constar su carácter de Religiosos Salesianos; idénticas normas seguían los restantes Salesianos el día 18, ante el aumento de fusilamientos impunes que se sucedían en el pueblo.

Comenzaba la vida en la Cárcel, para estos cinco Religiosos, con el interrogatorio que un Comité y dos testigos formulaban a cada uno de los detenidos sobre la tenencia de armas, dinero, joyas, etc., suspendiéndose la sentencia y quedando los procesados en reclusión, arrojando todas las penalidades a que de ordinario está sujeta la población enjuiciada.

La Ciudad entretanto comenzaba a ser blanco de los ataques de las tropas del Ejército del Sur acaudilladas por el General Queipo de Llano; los reveses de las armas afectas a Madrid y los bombardeos de aire y tierra con que nuestros soldados castigan al adversario, provocaron un asalto a la Cárcel, que fué seguido de escenas sangrientas.

Durante los primeros días del mes, el Rvdo. P. Antonio do Muiño, fué trasladado a la ciudad de Jaén con otras personas de orden para ser procesados; el 13 por la noche corrían la misma suerte los restantes Religiosos Salesianos; en las estaciones del tránsito algunos de los presos bajaron del tren que los conducía para apagar la sed, siendo fusilados a mansalva por los custodios del vehículo.

En la capital jaenense reinaba la más completa anarquía; grupos de campesinos luciendo el brazalete rojo y empuñando las armas patrullaban por las calles desiertas, en las que los incendios y los terribles bombardeos aéreos habían dejado sus desoladoras huellas; en vano la Radio local lanzaba al aire proclamas valentonas y canciones exóticas que renegaban de Dios y exaltaban la unión del proletariado Español; la población civil, bajo la férula del hambre y de la guerra, contemplaba los desfiles de aquellos moscovitas de miradas ateridas



El Rvdo. Sr. D. Claudio Sánchez, que al gozar de plena libertad pudo auxiliar a los Salesianos encarcelados

que marchaban a ser sacrificados en imponentes avalanchas a los campos del combate.

La ciudad del Santo Rostro volvía sus ojos llorosos a aquellos horizontes cargados de densas tormentas, en espera de que en un próximo cercano se hiciese la luz en la última de las capitales andaluzas irredenta.

Los resortes del poder se enmohecían en las manos húmedas de sangre de los más ineptos, mientras la justicia era escarnecida en los tribunales populares, cuya balanza era manejada al mismo tiempo por las conciencias torpes y embrutecidas de unos individuos que habían alzado criminal renombre en la obra nefasta de los asesinatos.

Ante uno de estos simulacros del tribunal judicial fueron conducidos nuestros Salesianos para ser interrogados por sus tenebrosos componentes.

El Superior Salesiano al comparecer ante sus verdugos, fué vilmente acusado por testigos a sueldo, sufriendo la condena de catorce años, ocho meses y un día de reclusión por haber celebrado la Santa Misa en Pozoblanco durante los días de la Revolución.

El Rvdo. Sr. D. Baldomero Pagán fué sancionado con la misma pena, por haber ayudado, según los componentes del Tribunal Popular, a los fines de la Revolución Fascista acaudillada por Franco.

Idéntica culpa se achacaba al joven sacerdote D. Juan Antonio Sánchez, aumentándose la pena hasta la cifra de los veintiocho años, por incurpársele también de haberse dedicado a hacer una propaganda activa en favor de los sublevados.

El Rvdo. Sr. D. Claudio Sánchez, licenciado en Ciencias Químicas, pudo ocultar su personalidad presentándose como Profesor y fortuito huésped de Pozoblanco; las razones aducidas por el interpelado y su destreza en deshacer las acusaciones de sus enemigos, acompañadas de una gran serenidad y sangre fría, hicieron que los jefecillos se enmarañasen en la trama sutil de la dialéctica, magistralmente manejada por el acusado, decretando al fin su libertad a cambio de servir durante un año en su profesión al Gobierno de la República. A tal fin se le impuso la obligación de asistir al Instituto Provincial de Higiene.

El más joven de los Religiosos: el Sr. D. Luis Parrondo, después de ser absuelto por este Tribunal se vió obligado a comparecer ante un Comité Antifascista.

Estaba formado éste por marxistas furibundos que intentaban vengar los fracasos de sus tristes camaradas, haciendo víctimas en las filas de la España auténtica con las sentencias dictadas por sus conciencias sectáreas.

Compareció el joven religioso ante sus acusadores, entablándose entre unos y otros el siguiente y pintoresco diálogo:

«¿Cómo se llama el procesado?»

«Luis Parrondo Martín».

«¿Profesión?»

«Estudiante».

Y los padres de la Justicia se miraban unos a otros en espera de la palabra vulnerable que había de ser fulminar la sentencia.

«¿Estudiante nada más?»

«Estudiante Salesiano»—respondía el interpelado, mientras los otros se miraban sin comprender el alcance de la nueva palabra.

«¿Sacerdote?»—insistían los jueces convertidos en acusadores.

«Estudiante de Sagrada Teología».

El procesado se escurría de entre las garras de sus enemigos explotando la ignorancia de los mismos.

Y para entrar en un terreno más apto en que hacerle incidir en sus propósitos, cambiaban el tema de las preguntas:

«¿Admite usted la Constitución vigente de la República?»

«Sí, señor».

«¿Con todos sus postulados y principios?»

«De ninguna manera».

«¿Por qué?»—interrumpían los marxistas preparando las garras.

«Como católico y como religioso no puedo admitir principios ateos como són la Enseñanza laica y la Ley del Divorcio».

Quizás aplaudían en su interior los adversarios la sinceridad valiente de la víctima.

«¿Luego usted no admite la Constitución?»

«Los postulados enunciados no puedo admitirlos; engañaría al Tribunal si dijese lo contrario».

«¿Usted ha enseñado Religión?»

«Sí, señor».

«Entonces ha obrado contra la Constitución de la República».

«Dispense el camarada Fiscal. Las leyes vigentes autorizan a los sacerdotes y religiosos a enseñar la Religión en sus Iglesias y Centros docentes».

«¿Dónde estaba usted al estallar la guerra?»

«En el Colegio Salesiano de Pozoblanco».

«¿Y durante las últimas elecciones?»

«En Carabanchel Alto».

«Por quién votó usted?»

«Por nadie.»

«¿Por qué?»

«Porque no tenía derecho al voto a causa de mi corta permanencia en dicha localidad».

«¿Dónde tenía usted derecho a votar?»

«En Alcalá de Guadaíra».

«¿Y fué a cumplir con este deber?»

«No, señor.»

«¿Por qué?»

«Porque mis superiores no me enviaron».

«¿No es más cierto que sus compañeros salieron a votar en masa el 16 de Febrero?»

«Ciertísimo».

«¿Está usted seguro de esto?»

«Tanto, que fuí apoderado de izquierdas en uno de los Colegios de Carabanchel Alto».

«¿Es cierto que vuestro Director hizo las listas del Censo con el alcalde radical-cedista?»

«No lo sé».

Al terminar este insulso interrogatorio, el fiscal pide para el procesado tres años de trabajos forzados y diez mil pesetas de multa.

El Presidente interroga nuevamente al Religioso:

«¿Tiene usted algo que alegar?»

«Sí, señor. Las diez mil pesetas no las puedo pagar porque no poseo ni un céntimo; por otra parte, acato la sentencia del Tribunal.»

Esta decía así: «Se condena a Luis Parrondo Martín a tres años de trabajo obligatorio por haberse negado a admitir, aun en el acto mismo del juicio, la Constitución vigente de la República.»

El 8 de Enero de 1937, después de un cautiverio de varios meses, se cumplía la sentencia de libertad dada en favor del Rvdo. P. Claudio Sánchez, que marchó a ocupar su destino

en el Instituto Provincial de Higiene, cargo que le permitió velar, con solicitud más que paternal, por los restantes Salesianos prisioneros.

El 7 de Marzo los encarcelados, a excepción del Sr. D. Luis Parrondo, fueron trasladados a Murcia, donde permanecieron en el Convento de San Juan Evangelista convertido en cárcel, pasando después de cuarenta y ocho días a la prisión de Totana.

Los sufrimientos padecidos por nuestros Hermanos, ocasionados por la escasez de la alimentación e insalubridad del local, son más para imaginados que para ser descritos; pero Dios que vela por los suyos suscitó la caridad de la señora D.^a Catalina Muñoz, que en ocasión de atender a su señor esposo, preso con los Salesianos, prodigó a éstos las exquisiteces de su gentileza, proporcionándoles periódicamente alimentos, que en ocasiones se hicieron indispensables para conservar las fuerzas físicas.

Por otra parte el Rvdo. P. D. Claudio Sánchez, aun en el ambiente de extraordinaria escasez en que vivía, se afanaba en atender a los Hermanos ausentes enviándoles alimentos, incluso piezas de pan, que a pesar de ser recibidas con muchos días de retraso, eran aceptadas con general alborozo.

Añádase a este cúmulo de padecimientos físicos los padecimientos morales al tener que vivir en un ambiente de ateísmo, completamente segregados de la realidad consoladora, engarzada ya en las puntas de las bayonetas hispanas; sin vislumbrar un fin próximo al terrible cautiverio y con la amenaza constante de la muerte.

Más duras fueron aún las jornadas para el Sr. D. Luis Parrondo Martín, pues a la penuria de la alimentación y demás penalidades anejas a la vida presidiaria tuvo que añadir el martirio de las horas del trabajo forzado, manejando herramientas propias del ramo de la construcción; añádase a esto el desamparo espiritual en lo referente a la recepción de los Santos Sacramentos, ausencia de libros piadosos, truncamientos de ideales sagrados, y podrá colegirse la gran asistencia de la protección divina para sostener la serenidad de espíritu necesaria para afrontar tales vicisitudes.

Un día el joven estudiante es conducido con otros presos para trabajar en la construcción de una carretera; cinco meses duró la ardua obra; segregado de los otros miembros de la Comunidad pasó este período del cautiverio en un aislamiento completo.

La dureza de la vida con todo su cortejo de miserias, hacen suspirar al buen D. Luis por el regreso a la Cárcel de Totana; por eso un día se decidió a intentar el logro de sus fines.

Eran las últimas jornadas de Noviembre; mes frío y lúgubre en que las hojas descienden sobre los campos yertos inundando todos los caminos; las tardes grises pesaban como losas de plomo sobre los espíritus deprimiendo el ánimo, haciendo más lenta y dura la vida del cautivo; la perspectiva de la próxima novena y fiesta de la Virgen Inmaculada, despiertan en la mente del improvisado obrero recuerdos queridos de otros días que pueden ser evocados un tanto en compañía de los otros Hermanos de Religión; la Providencia viene en socorro del atribulado: D. José Pedraza, recluso también y encargado de la parte sanitaria de la Brigada de Trabajos, sostiene con D. Luis el siguiente diálogo:

«¿Cómo estamos, D. Luis?»

«Bien, pero yo quisiera estar mal, Sr. Doctor. Se acercan los días de la novena de la Inmaculada y desearía pasarlos con mis compañeros de Comunidad».

Sonríe el médico con aire de comprensión compasiva y paterna.

«Quédese mañana en cama»— propone el Doctor, sonriendo al supuesto enfermo—, y al día siguiente el Sr. Pedraza certifica el estado grave de su asistido, comunicando al Jefe del Servicio la necesidad de que a aquél le sea concedida una temporada de reposo.

Entretanto en la Cárcel continuaba la vida monótona e igual, hasta que al desencadenarse la ofensiva Nacional en Levante, fueron trasladados los Salesianos a excepción del Rvdo. P. Baldomero Pagán, al Penal de San Miguel de los Reyes en Valencia; durante el viaje y antes de llegar a su destino el tren que conducía a los prisioneros. fué atacado por un hidro Español, afortunadamente sin lamentables consecuencias.

Siendo el Rvdo. P. Juan Antonio Sánchez y el Sr. D. Luis Parrondo, aptos para el trabajo, fueron destinados a una nueva Brigada y empleados en la construcción de una carretera destinada a la evacuación de Segorbe.

El Rvdo. P. Antonio do Muíño permaneció en el Penal de los Reyes hasta el 23 de Enero de 1939 en que fué trasladado a Orihuela.

En este lugar de privaciones y sufrimientos, Dios deparó a

nuestro Hermano el consuelo de ser socorrido por la señora D.^a Francisca Mulet, la cual le prodigó toda suerte de atenciones; igualmente es digna de ser recordada, en testimonio de gratitud, la caridad usada en favor de dicho sacerdote por la señora D.^a Carmen García.

En medio de tantas angustias no faltó a nuestros Hermanos el recuerdo cariñoso de nuestros Rvdmos. Superiores que, sirviéndose de todos los medios e influencias, acudieron en socorro de sus Hijos prisioneros, auxiliándoles con la aportación de medios materiales, amén de la correspondencia regular que contribuía poderosamente a mantener vivos los sentimientos de recíproco afecto.

Al avanzar las tropas del Generalísimo Franco por tierras levantinas, nuestros presos, dedicados a la labor de fortificación y construcción de caminos, tuvieron que correr la suerte arrostrada por las armas rojas, retrocediendo de población en población tras violentas jornadas de largo caminar y siempre bajo la amenaza constante de las armas victoriosas.

Así pasaron de Andillo a Pla Vallesa de Mandoff, donde fueron alojados en establos de animales, para continuar en días sucesivos la construcción de trincheras.

Durante este período y a la vista de los triunfos nacionales se mitigan las penas de los presos y la vigilancia es tan benigna, que permite se celebren a diario actos diferentes de Culto.

En 14 de Diciembre nuestros Hermanos son alojados en una Fábrica de Harinas.

Y entretanto alborea la última Nochebuena de la zona roja. Se concede a los presos el que puedan pasar en relativa libertad la evocadora jornada.

A las doce de la noche, hora en que todas las iglesias de España celebran el Sacrosanto Misterio de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios, pensando en los que aún viven bajo el yugo oprobioso del marxismo, nuestros dos Salesianos se reúnen con otros sacerdotes y religiosos en una pequeña cocina: sobre el fogón, una maleta recubierta por dos pañuelos sustituyen el altar; un cuadro que representa al Recien nacido y una lámpara de aceite y un pequeño Crucifijo, completan las exigencias de la humilde Liturgia; y allí aquellos Mártires de la Buena Causa asisten al Santo Sacrificio, renovando escenas de Catacumbas, recibiendo en sus pechos al Príncipe de la Paz, próximo a otorgarla a los hombres de buena voluntad.

En fechas posteriores el Rvdo. Sr. D. Claudio Sánchez, residente en Jaén, pedía la revisión de la causa del Sr. D. Luis Parrondo, ocasionando ésto el decreto de su inmediata libertad; el 26 de Marzo dicho religioso abandonaba la Brigada para vivir en Valencia en casa de D.^a Francisca Mulet, donde fué considerado y tratado por la generosa dama como verdadero hijo, hasta quince días después de la entrada de las tropas Nacionales en Valencia.

Al quedar completamente redimida España por las armas victoriosas de Franco, los Salesianos pertenecientes a la Casa de Pozoblanco, por especial protección de Dios, gustaban la inenarrable alegría de una nueva libertad.

Se esfumaban los recuerdos como una pesadilla aliviada por la promesa redentora: Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia.

Días después, la Iglesia Madre de la Casa Inspectorial de la Andalucía Salesiana, recibía a los Confesores de Cristo en medio del fervor de los Hermanos Salesianos, alumnos y amigos de la Obra.

Resonaban en el majestuoso Templo los acordes del órgano acompañando las estrofas del Te-Deum, y a la alegría de la victoria final se unía el recuerdo triste y glorioso de los que sucumbieron venciendo y aquel otro júbilo efecto de los desig-nios de Dios: Cinco Hijos arrancados de las garras del Marxismo, que a los pies de la Taumaturga Virgen de D. Bosco daban testimonio de la eficacia de la celestial advocación: María Auxilium Christianorum, Ora pro nobis.



Epílogo

EERAN los últimos años de la vida de San Juan Bosco.

La Magna Obra, semejante en sus comienzos al grano de mostaza, iba extendiendo bajo los amorosos cuidados del Santo Fundador, las ramas protectoras cargadas de promesas por todos los confines de los dos Hemisferios.

Venían gozosas las aves del cielo a cobijarse a la sombra del árbol bendito.

En España, la Obra Salesiana empezaba también a despuntar, irradiando la luz de su Sistema salvador.

Sarriá y Utrera eran los dos puntos neurálgicos de donde emanaban aquellas falanges Salesianas forjadas en la Escuela del humilde Pastorcillo de los Becchi, extendiéndose por el mapa nacional, multiplicando el número de las piadosas Fundaciones

Regentaba a la sazón la Obra incipiente en nuestra Patria, el Rvdmo. Sr. D. Felipe M. Rinaldi, más tarde sucesor del Santo en el gobierno de la Pía Sociedad.

Acudía el llorado D. Rinaldi a Turín, implorando del anciano Fundador consejos y consuelos: Normas seguras con que vigorizar los brotes jóvenes de la Obra Naciente.

La tierra está labrada, he aquí la hora de la siembra.

PAUL CLAUDEL



*Rvdo. Sr. D. Sebastián M.^o Pastor,
Inspector de la Provincia Bética
Salesiana durante el Glorioso
Movimiento Nacional*

Ante los ojos semiciegos de San Juan Bosco, la figura prócer del Inspector de la España Salesiana, se inclinaba recibiendo la más tierna de todas las bendiciones.

En aquel peregrinar continuo de Hijos que venían al regazo paterno, Don Bosco, nuevo Jacob, cargados de años y dolores, iba profetizando el porvenir de su Congregación amada. Se apagaban las pupilas abiertas en la carne, pero los ojos del espíritu se encendían como nuevas luminarias concedidas por Dios al Vidente prodigioso.

«¡ Señor Don Bosco, vengo de España!», decía D. Rinaldi besando aquella mano ungida de milagros y perdones.

Y el rostro del Padre se encendió de resplandores,

y sus labios se abrieron trémulos como en una oración:

«¡Oh, España, España! ¡Nación noble! Varias convulsiones guerreras asolarán el Solar Hispano y en la última se ha de verter mucha sangre y SANGRE SALESIANA».

Los ojos marchitos del Santo Fundador se cuajaban de lágrimas al conjuro de la visión de sus Hijos sacrificados por el nombre de Dios y su espíritu atribulado como el del Maestro en la Oración del Huerto aceptaba la amargura del cáliz pensando en el mote señero improntado en el frontispicio de su Obra: «¡Da mihi animas coetera tolle!»

Hoy la profecía trocóse en realidad sangrante: Formando corona, los 107 Salesianos sacrificados por la Revolución Marxista Española, dan testimonio de la Santidad del Padre y le hacen compañía participando de su Gloria.

Al contacto de la sangre vertida, la tierra labrada por la reja dura de la guerra, espera con ansia la semilla que en el seno fecundo del Solar Hispano, ha de germinar en ubérrima cosecha acelerando el Reinado de Cristo y el cumplimiento de su magna Promesa; «¡Reinaré en España!»

Alcalá de Guadaira y Mayo 1940.



RELIGIOSOS SALESIANOS

DE LAS INSPECTORÍAS TARRACONENSE Y CÉLTICA

MUERTOS POR DIOS Y POR ESPAÑA EN LA GLORIOSA

CRUZADA NACIONAL CONTRA EL COMUNISMO

INSPECTORÍA TARRACONENSE

Colegio de Alcoy (Alicante)

Rvdo. P. Alvaro Sanjuán

Rvdo. P. José Jiménez

Rvdo. P. José Otín

Colegio de Sarriá (Barcelona)

Muy Rvdo. P. José Calasanz, Inspector

Rvdo. P. Francisco Bandrés, Director

Rvdo. P. Sergio Cid

Rvdo. P. José Batalla

Rvdo. P. Eudaldo Comill

Sr. D. Zacarías Abadía, Clérigo

Sr. D. Antonio Beltrán, Coadjutor

Sr. D. Santiago Ortíz, Coadjutor

Sr. D. José Rabasa, Coadjutor

Sr. D. Angel Ramos, Coadjutor

Sr. D. Rodicio Gil, Coadjutor

Colegio de Rocafort (Barcelona)

Rvdo. P. José Bonet

Rvdo. P. Jaime Bonet

Colegio del Tibidabo (Barcelona)

Rvdo. P. José Castell

Rvdo. P. José Caselles

Colegio de Gerona

Rvdo. P. Julio Junyer

Sr. D. Joaquín Azor, Clérigo

Sr. D. Juan Roig, Clérigo

Sr. D. Salvador Solana, Clérigo

Sr. D. José Benach, Clérigo

Sr. D. Antonio Guix, Coadjutor

Sr. D. Juan Planas, Coadjutor

Colegio de Mataró (Barcelona)

Rvdo. P. Ponciano Blasco

Colegio de S. Vicens dels Horts

Sr. D. Eliseo García, Coadjutor

Sr. D. Alejandro Planas, Coadjutor

Colegio de Valencia

Rvdo. P. Antonio Martín, Director

Rvdo. P. Recaredo de los Ríos

Rvdo. P. Juan Martorell

Rvdo. P. Julián Rodríguez

Sr. D. Pedro Mesonero, Clérigo

Sr. D. Jaime Buch, Coadjutor

Sr. D. Agustín García, Coadjutor

Sr. D. Javier Bordas, Teólogo

Sr. D. Félix Vivet, Teólogo

INSPECTORÍA CÉLTICA

Colegio de Astudillo (Palencia)

Sr. D. Andrés Aparicio, Clérigo

Colegio de Extremadura (Madrid)

Rvdo. P. Germán Martín

Rvdo. P. José Villanova

Sr. D. Esteban Cobo, Clérigo

Sr. D. Francisco Edreira, Clérigo

Sr. D. Manuel Martín, Clérigo

Sr. D. Valentín Gil, Coadjutor

Colegio de Atocha (Madrid)

Rvdo. P. Ramón Goicoechea, Director

Sr. D. Justo Juanes, Clérigo

Sr. D. Francisco Martín, Clérigo

Sr. D. Ramón Eirín, Coadjutor

Sr. D. Mateo Garrulera, Coadjutor

Sr. D. Emilio Arce, Coadjutor

Sr. D. Anastasio Garzón, Coadjutor

Colegio de Carabanchel Alto (Madrid)

Rvdo. P. Enrique Sáiz, Director

Rvdo. P. Félix González

Sr. D. Virgilio Edreira, Clérigo

Sr. D. Domingo Míguez, Clérigo

Sr. D. Luis Soto, Clérigo

Sr. D. Vicente Rodríguez, Clérigo

Sr. D. Teodulo González, Clérigo

Sr. D. Juan Codera, Coadjutor

Sr. D. Pablo Gracia, Coadjutor

Colegio de Cuatro Caminos (Madrid)

Rvdo. P. Pío Conde

Rvdo. P. Sabino Hernández

Rvdo. P. Salvador Fernández

Sr. D. Nicolás de la Torre, Coadjutor

Colegio de Mohernando (Guadalajara)

Rvdo. P. Miguel Lasaga, Director

Rvdo. P. Andrés Jiménez

Sr. D. Victoriano Fernández, Clérigo

Sr. D. Juan Larragueta, Clérigo

Sr. D. Luis Martínez, Clérigo

Sr. D. Vicente Alonso, Clérigo

Sr. D. Florencio Rodríguez, Clérigo

Sr. D. Pascual de Castro, Clérigo

Sr. D. Heliodoro Ramos, Coadjutor

Sr. D. Esteban Vázquez, Coadjutor

Sr. D. Manuel García, Coadjutor

Sr. D. Miguel Septiem, Coadjutor

Sr. D. José Celaya, Coadjutor

Sr. D. Agustín Carabias, Coadjutor

Sr. D. David Martín, Coadjutor

Colegio de Orense

Sr. D. Antonio Velasco, Clérigo

Colegio de Salamanca

Sr. D. Manuel Borrajo, Clérigo

Sr. D. Pedro Artolozaga, Clérigo

Sr. D. José Iglesias, Clérigo

Sr. D. Amador Peña, Clérigo

Sr. D. Dionisio Ullivarri, Coadjutor

Colegio de Santander

Rvdo. P. Andrés Gómez

Sr. D. Antonio Cid, Coadjutor

Colegio de Vigo

Rvdo. P. Rafael Ojamguren

Indice

	PÁGINAS
Dedicatoria	7
Presentación	9
Lema	13
Lector	15
ESTAMPA PRIMERA	17
El despertar de Sevilla.—El Protomártir Salesiano.	
ESTAMPA SEGUNDA.	23
Aurora de sangre en Morón. — Preludios de martirio. — El martirio. — Epílogo.	
ESTAMPA TERCERA.	39
Albores de sangre.	
ESTAMPA CUARTA	49
ESTAMPA QUINTA	53
El 18 de Julio en Ronda.—Ronda Salesiana.—Primeras angus- tias. — Llegada de los emisarios. — Los mártires. — Nuevos martirios.— Aumentan los mártires. — La mano de la Provi- dencia.—Aurora de redención.	
ESTAMPA SEXTA	59
ESTAMPA SEPTIMA	107
El 18 de Julio en Utrera.	
ESTAMPA OCTAVA	113
La vida en la Prisión. — Nuevos detenidos. — Los primeros mártires.	
ESTAMPA NOVENA	143
ESTAMPA DÉCIMA	147
El Movimiento salvador en San José del Valle.	
ESTAMPA UNDECIMA	153
Montilla Salesiana.—El Movimiento salvador en Montilla.	
ESTAMPA DUODECIMA	157
Epílogo	169
Religiosos Salesianos de las Inspectorías Tarraconense y Céltica, muertos por Dios y por España en la Gloriosa Cruzada Nacional contra el Comunismo	173

P R E C I O

Ejemplar suelto :

OCHO PESETAS

PEDIDOS AL AUTOR :

PRENSA Y PROPAGANDA SALESIANA

María Auxiliadora, 18-SEVILLA



MADRID: Canarias, 24

CADIZ: Obispo Calvo
y Valero, 4